

GRUPO GERMINAL (en defensa del marxismo)

germinal_1917@yahoo.es



Edicions Internacionals Sedov

Los cuatro primeros congresos de la Tercera Internacional

**LOS CUATRO PRIMEROS
CONGRESOS DE LA
INTERNACIONAL
COMUNISTA**

VOLUMEN 1

Prólogo de los editores de la versión francesa de 1934

La recopilación que aquí presentamos incluye todos los manifiestos, tesis y resoluciones adoptadas por los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista, entre 1919 y 1923.

La enorme cantidad de hechos y de acontecimientos a los que se refieren estos textos habrían exigido evidentemente abundantes notas explicativas. Para las jóvenes generaciones, la tarea cumplida por la Internacional Comunista en vida de Lenin y con la participación activa de Trotsky, sigue siendo hoy completamente desconocida.

Que la socialdemocracia no haya tenido ningún interés en hacer conocer estos textos es bastante comprensible; a partir de ellos se puede aprender a batir el reformismo y a organizar con las grandes masas trabajadoras la insurrección proletaria.

En cuanto al silencio observado en las filas de la IC debe ser explicado de otra manera: ocurre que toda la experiencia de la IC entre 1919 y 1923 contradice enteramente el curso político seguido por ésta después de 1924 y que está caracterizado por la derrota en Alemania en 1923, en Bulgaria y en Estonia en 1924, el apoyo dado al reformismo inglés en 1926, el aplastamiento de la gran revolución china en 1926-1927, la impotencia en la revolución española y la capitulación ante el fascismo alemán en 1932-1933.

Sin embargo, hemos debido renunciar a las notas, pues no era posible ampliar aún más este volumen, ya de por sí voluminoso. Asimismo, debimos renunciar a incorporar una introducción general, que habría sido no obstante muy necesaria.

Nosotros, que pertenecemos a la Liga Comunista Internacional (antes llamada Oposición de Izquierda), consideramos que la inmensa experiencia de los movimientos revolucionarios de la guerra y de la posguerra, tal como está resumida, analizada, elaborada y hecha consciente por la IC entre 1919 y 1923, constituye la adquisición fundamental del marxismo contemporáneo.

Esta es la razón que nos impulsa a reeditar hoy estos documentos, como base del marxismo-leninismo contemporáneo.

Los manifiestos (en particular los del II Congreso) y las resoluciones generales, ofrecen un cuadro suficientemente preciso de la situación política y económica.

Un cierto número de tesis (sobre la cuestión nacional, sobre la cuestión agraria, sobre la democracia burguesa y la democracia proletaria), elaboradas por el Primero y el Segundo Congreso, permanecen como la base fundamental del marxismo en la época actual. Otras tesis ofrecen inapreciables lecciones de estrategia y de táctica.

Los textos han sido reproducidos según las traducciones hechas en la época, y que son a veces defectuosas. No nos fue posible hacer una revisión completa, ya que ello hubiese exigido un largo trabajo cuando nuestro propósito era el de poner tan rápidamente como fuera posible estos documentos en manos de los militantes. Algunos, que estaban inéditos en francés, debieron ser traducidos.

Agreguemos finalmente que los documentos del Quinto y Sexto Congreso de la IC (1925 y 1928) son de fácil acceso. Al lector le resultará útil consultar sobre el período que sigue a la muerte de Lenin en 1924 la *Crítica del proyecto de programa de la IC* [incluida en la obra de Trotsky *La Internacional Comunista después de Lenin* que el lector puede también bajarse desde esta página del Grupo Germinal], de León Trotsky, en la que toda la experiencia histórica y la actividad revolucionaria de los años 1923-1928 son examinados a la luz de los principios de los cuatro primeros Congresos.

Estamos convencidos de que esta recopilación tendrá una buena acogida en las filas de la joven generación, que encontrará en ella la orientación marxista y las ricas lecciones que necesita.

PRIMER CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Marzo 1919

INVITACION AL PARTIDO COMUNISTA ALEMAN (SPARTAKUSBUND) AL I CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

¡Queridos camaradas! Los partidos y organizaciones abajo firmantes consideran que la convocatoria del primer Congreso de la nueva Internacional revolucionaria es una necesidad imperiosa. En el curso de la guerra y de la revolución se puso de manifiesto no sólo el fracaso total de los viejos partidos socialistas y socialdemócratas a la vez que el de la II Internacional, no sólo la incapacidad de los elementos intermedios, de la vieja socialdemocracia (llamada “Centro”) para la acción revolucionaria efectiva sino que, actualmente, se esbozan ya los contornos de la verdadera Internacional Revolucionaria. El movimiento ascendente extremadamente rápido de la revolución mundial que plantea constantemente nuevos problemas, el peligro de aniquilamiento de esta revolución por medio de la alianza de los estados capitalistas unidos contra la revolución bajo la bandera hipócrita de la “Sociedad de las Naciones”, las tentativas de los partidos socialtraidores de unirse y ayudar nuevamente a sus gobiernos y a sus burguesías a traicionar a la clase obrera luego de ser acordada una “amnistía” recíproca, finalmente la experiencia revolucionaria tan rica y ya adquirida y la internacionalización de todo el movimiento revolucionario, *todas esas circunstancias nos obliga a tomar la iniciativa de incluir en el orden del día de la discusión la cuestión de la convocatoria de un Congreso Internacional de los partidos proletarios revolucionarios.*

I

LOS OBJETIVOS Y LA TÁCTICA

El reconocimiento de los siguientes puntos, establecidos aquí como programa y elaborados sobre la base de los programas del Spartakusbund en Alemania y del Partido Comunista (bolcheviques) en Rusia, debe, según nuestro criterio, servir de base a la nueva Internacional.

1.- El período actual es el de la descomposición y el hundimiento de todo el sistema capitalista mundial y será el del hundimiento de la civilización europea en general si no se destruye al capitalismo con sus contradicciones insolubles.

2.- La tarea del proletariado consiste en la actualidad en apoderarse del poder de estado. La toma del poder del estado de la burguesía y la organización de un nuevo aparato del poder proletario.

8.- El nuevo aparato del poder debe representar la dictadura de la clase obrera y, en determinados lugares, también la de los pequeños campesinos y obreros agrícolas, es decir que debe ser el instrumento de la subversión sistemática de la clase explotadora y el de su expropiación. No la falsa democracia burguesa (esa forma hipócrita de dominación de la oligarquía financiera) con su igualdad puramente formal, sino la democracia proletaria, con la posibilidad de realizar la liberación de las masas trabajadoras; no el parlamentarismo sino la autoadministración creada por las propias masas, con la participación real de esas masas en la administración del país y en la actividad de la construcción socialista, ese debe ser el modelo del estado proletario. El poder de los consejos obreros y de las organizaciones obreras es su forma concreta.

4.- La dictadura del proletariado debe ser el incentivo de la expropiación inmediata del capital, de la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción y de la transformación de esta propiedad en propiedad popular.

La socialización (por socialización entendemos aquí la abolición de la propiedad privada que pasa a manos del estado proletario y de la administración socialista de la clase obrera) de; la gran industria y de los bancos, sus centros de organización; la confiscación de las tierras de los grandes propietarios terratenientes y la socialización de la producción agrícola capitalista; la monopolización del comercio; la socialización de los grandes inmuebles en las ciudades y las grandes propiedades en el campo; la introducción de la administración obrera y la centralización de las funciones económicas en manos de organismos emanados de la dictadura proletaria, estos son los problemas esenciales en la actualidad.

5.- Para la seguridad de la revolución socialista, para su defensa contra enemigos interiores y exteriores, para la ayuda a las otras fracciones nacionales del proletariado en lucha, etc., es preciso proceder al desarme completo de la burguesía y de sus agentes, y el armamento general del proletariado.

6.- La situación mundial exige ahora el contacto más estrecho posible entre los diferentes sectores del proletariado revolucionario y la unión total de los países en los cuales la revolución socialista ha triunfado.

7.- El método fundamental de la lucha es la acción de masas del proletario, incluida la lucha abierta a mano armada contra el poder de estado del capital.

II

RELACIONES CON LOS PARTIDOS “SOCIALISTAS”

8.- La II Internacional se dividió en tres grupos principales: los social-patriotas declarados que, durante toda la guerra imperialista de los años 1914-1918 sostuvieron a su propia burguesía y transformaron a la clase obrera en verdugo de la revolución internacional; el “centro”, cuyo dirigente teórico es actualmente Kautsky y que representa a una organización de elementos constantemente oscilantes, incapaces de seguir una línea directriz determinada y que actúan muchas veces como verdaderos traidores; finalmente, el ala izquierda revolucionaria.

9.- En lo que respecta a los socialpatriotas, que en todas partes y en los momentos críticos se oponen con las armas en la mano a la revolución proletaria, sólo es posible la lucha implacable. En lo que hace al “centro”, se impone la táctica del debilitamiento de los elementos revolucionarios, la crítica despiadada y el desenmascaramiento de los jefes. En una cierta etapa del desarrollo, la separación organizativa de los militantes del centro es absolutamente necesaria.

10.- Por otra parte, es necesaria la alianza con esos elementos del movimiento revolucionario que, no habiendo pertenecido antes al partido socialista, se ubican ahora en su conjunto en el campo de la dictadura proletaria bajo la forma del poder soviético. Son, en primer lugar, los elementos sindicalistas del movimiento obrero.

11.- Finalmente, es necesario atraer a todos los grupos y organizaciones proletarias que, aunque no se han ubicado abiertamente en la corriente revolucionaria de izquierda, manifiestan sin embargo en su desarrollo una tendencia en esa dirección.

12.- Concretamente, proponemos que participen en el Congreso los representantes de los partidos, tendencias y grupos que se enumeran a continuación (los miembros con plenos derechos de la Tercera

Internacional serán otros partidos, aquellos que aprueben totalmente sus resoluciones)

1. El Spartakusbund (Alemania); 2. El Partido Comunista bolchevique (Rusia); 3. El Partido Comunista de la Austria alemana; 4. El de Hungría; 5. El de Finlandia; 6. El Partido Comunista Obrero polaco; 7. El Partido Comunista de Estonia; 8. El de Letonia; 9. El de Lituania; 10. El de Rusia Blanca; 11. El de Ucrania; 12. Los elementos revolucionarios del partido socialdemócrata checo; 13. El Partido socialdemócrata búlgaro; 14. El Partido socialdemócrata rumano; 15. El ala izquierda del partido socialdemócrata serbio; 16. La izquierda del partido socialdemócrata sueco; 17. El partido socialdemócrata noruego; 18. Por Dinamarca, el grupo *Klassenkampen* 19. El Partido Comunista holandés; 20. Los elementos revolucionarios del partido obrero belga; 21 a 22. Los grupos y organizaciones dentro del movimiento socialista y sindicalista francés que en su conjunto se solidarizan con Loriot; 23. La izquierda socialdemócrata de Suiza; 24. El partido socialista italiano; 25. Los elementos revolucionarios del P. S. español; 26. Los elementos de izquierda del partido socialista portugués; 27. Los partidos socialistas británicos (ante todo la corriente representada por Mac Lean); 28. S. L. P. (Inglaterra); 29. I. W. W. (Inglaterra); 30. I. W. of Great Britain; 31. Los elementos revolucionarios de las organizaciones obreras de Irlanda; 32. Los elementos revolucionarios de los shop stewards (Gran Bretaña); 33. S. L. P. (Norteamérica); 34. Los elementos de izquierda del P. S. de los EEUU. de Norteamérica (la tendencia representada por Debs y la Liga de Propaganda Socialista); 35. I. W. W. EEUU.; 36. I. W. W. (Australia); 37. Workers International Industrial Union (EEUU.); 38. Los grupos socialistas de Tokio y de Yokohama (representados por el camarada Katayama); 39. La Internacional Socialista de los Jóvenes (representada por el camarada Munzenberg).

III

EL PROBLEMA DE LA ORGANIZACIÓN Y EL NOMBRE DEL PARTIDO

13.- La base de la Tercera Internacional está dada por el hecho que en diferentes partes de Europa ya se han formado grupos y organizaciones de camaradas de ideas ubicados en una plataforma común y que emplean en general los mismos métodos tácticos. Estos son, en primer lugar, los espartakistas en Alemania y los partidos comunistas en muchos otros países.

14.- El Congreso debe publicar, de cara a una vinculación permanente y de una dirección metódica del movimiento, un órgano de lucha común, como

centro de la Internacional Comunista, subordinando los intereses del movimiento de cada país a los intereses comunes de la revolución a escala internacional. Las formas concretas de la organización, de la representación, etc., serán elaboradas por el Congreso.

15.- El Congreso deberá adoptar el nombre de “Primer Congreso de la Internacional Comunista”, convirtiéndose los diferentes partidos en sus secciones. Teóricamente, Marx y Engels ya habían considerado errónea la denominación de “socialdemócrata”. El derrumbe vergonzoso de la Internacional socialdemócrata exige, aquí también, una separación. Finalmente, el núcleo fundamental del gran movimiento ya está formado por una serie de partidos que han adoptado ese nombre.

Considerando lo que acabamos de decir, proponemos a todas las organizaciones y partidos hermanos incluir en el orden del día la cuestión de la convocatoria del Congreso Comunista Internacional.

Con nuestro saludo socialista

El Comité Central del Partido Comunista Ruso (Lenin Trotsky).

El Buró de relaciones internacionales del Partido Obrero Comunista de Polonia (Karsky).

El Buró de relaciones internacionales del Partido Obrero Comunista de Hungría (Rudniasky).

El Buró de relaciones internacionales del Partido Obrero Comunista de la Austria alemana (Duda).

El Buró ruso del Comité Central del Partido Comunista de Letonia (Rosing).

El Comité Central del Partido Comunista de Finlandia (Sirola).

El Comité Ejecutivo de la Federación Socialdemócrata Revolucionario Balcánico (Rakovsky).

Por el SLP (EEUU.) (Reinstein).

(Esta invitación convocaba a los comunistas de todos los países a una conferencia que debía iniciarse en Moscú el 15 de febrero de 1919. Las grandes dificultades de desplazamiento retrasaron la inauguración. Recién pudo llevarse a cabo el 2 de marzo. La conferencia se inició con un corto discurso de Lenin, a las seis de la tarde. Para los debates se adoptó la lengua alemana, hablándose además el ruso, el francés y el inglés.

Como presidentes del Congreso fueron elegidos por unanimidad los siguientes camaradas: Lenin (Rusia), Albert (Alemania), Platten (Suiza); el

cargo de cuarto presidente fue rotado entre los diferentes partidos. El Congreso eligió como secretario al camarada Klinger.

La Comisión de mandatos comprobó la participación de los siguientes partidos y distribuyó los votos:

PARTICIPANTES EN EL CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA DE MOSCÚ

(2 al 6 de marzo de 1919)

País, Partido y número de votos

1. Partido Comunista alemán, 5
2. Partido Comunista ruso, 5
3. Partido Comunista de la Austria alemana, 3
4. Partido Comunista húngaro, 3
5. S. D. de izquierda sueca, 3
6. PSD noruego, 3
7. PSD suizo, 3
8. SLP norteamericano, 5
9. Federación Revolucionaria Balcánica (Tchesniac búlgaro y Partido Comunista rumano), 3
10. Partido Comunista polaco, 3
11. Partido Comunista de Finlandia, 3
12. Partido Comunista ucranio, 3
13. Partido Comunista de Letonia, 1
14. Partido Comunista blanco-ruso y lituano, 1
15. Partido Comunista de Estonia, 1
16. Partido Comunista armenio, 1
17. Partido Comunista del Volga Alemán, 1
18. Grupo Unificado de los Pueblos de la Rusia Oriental, 1
19. Izquierda Zimmerwaldiana francesa, 5

Votos deliberativos:

20. Partido Comunista checo
21. Partido Comunista búlgaro
22. Partido Comunista de los países eslavos meridionales
23. Partido Comunista inglés
24. Partido Comunista francés
25. PSD holandés
26. Liga de la Propaganda Socialista de Norteamérica

Secciones del Buró Central de los Países Orientales

27. Comunistas suizos

28. Comunistas turquestanos
29. Turquía
30. Georgianos
31. Azerbayán
32. Persia
33. Partido Obrero Socialista chino
34. Unión Obrera de Corea
35. Comisión de Zimmerwald

TESIS SOBRE LA DEMOCRACIA BURGUESA Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

1.- El ascenso del movimiento revolucionario del proletariado en todos los países ha hecho que la burguesía, y sus agentes en las organizaciones obreras, desplieguen denodados esfuerzos con el fin de encontrar argumentos ideológicos y políticos para defender el dominio de los explotadores. Entre estos argumentos se destacan en particular la condena de la dictadura y la defensa de la democracia. La falsedad e hipocresía de este argumento, repetido de mil modos en la prensa capitalista y en la Conferencia de la Internacional amarilla celebrada en febrero de 1919 en Berna, son evidentes para todos los que no quieran traicionar las tesis fundamentales del socialismo.

2.- Ante todo, este argumento opera con el concepto de “democracia en general” y “dictadura en general”, sin tener en cuenta de qué clase social se trata. Este planteamiento de la cuestión al margen o por encima de las clases, supuestamente popular, equivale ni más ni menos que a un escarnio de la doctrina fundamental del socialismo, esto es, de la doctrina de la lucha de clases, que reconocen de palabra pero olvidan en los hechos los socialistas que se han pasado al lado de la burguesía. Pues en ningún país capitalista civilizado existe la “democracia en general”, sino que sólo existe una democracia burguesa, y no se trata de la “dictadura en general”, sino de la dictadura de la clase oprimida, es decir, del proletariado sobre los opresores y explotadores, o sea sobre la burguesía, con el fin de vencer la resistencia que oponen los explotadores en la lucha por su dominación.

3.- La historia enseña que ninguna clase oprimida ha implantado ni ha podido implantar jamás su dominación sin atravesar por un período de dictadura, es decir, de conquista del poder político y de represión violenta de la resistencia opuesta siempre por los explotadores, la más desesperada

y furiosa, una resistencia que no reparaba en crímenes. La burguesía, cuyo dominio defienden ahora los socialistas que hablan contra “la dictadura en general” y enaltecen la “democracia en general”, conquistó el poder en los países avanzados a costa de una serie de insurrecciones, guerras civiles y represión violenta contra los reyes, los feudales, los esclavistas, y contra sus intentos de restauración. Los socialistas de todos los países, en sus libros y folletos, en las resoluciones de sus congresos y en sus discursos de agitación, han explicado millones de veces al pueblo el carácter de clase de estas revoluciones burguesas y de esta dictadura burguesa. Por eso, la actual defensa de la democracia burguesa en forma de discursos sobre la “democracia en general”, y el actual vocerío y clamor contra la dictadura del proletariado en forma de gritos sobre la “dictadura en general”, son una traición directa al socialismo, el paso efectivo al lado de la burguesía, la negación del derecho del proletariado a su revolución proletaria, la defensa del reformismo burgués precisamente en un momento histórico en que este reformismo ha fracasado en todo el mundo y en que la guerra ha creado una situación revolucionaria.

4.- Todos los socialistas, al explicar el carácter de clase de la civilización burguesa, la democracia burguesa y el parlamentarismo burgués, expresaban la idea que habían formulado con la mayor exactitud científica Marx y Engels al decir que la república burguesa más democrática no es sino una máquina para la opresión de la clase obrera por la burguesía, para la opresión de las masas trabajadoras por un puñado de capitalistas. No hay un solo revolucionario, un solo marxista de los que hoy claman contra la dictadura y a favor de la democracia, que no jure y perjure ante los obreros que reconoce esta verdad fundamental del socialismo; y ahora, cuando el proletariado revolucionario atraviesa un estado de efervescencia y se pone en movimiento para destruir esta máquina de opresión y para conquistar la dictadura proletaria, estos traidores al socialismo presentan las cosas como si la burguesía regalase a los trabajadores una “democracia pura”, como si la burguesía renunciase a oponer resistencia y estuviese dispuesta a someterse a la mayoría de los trabajadores, como si no hubiese existido y no existiese ninguna máquina estatal para la opresión del trabajo por el capital en la república democrática.

5.- La Comuna de París, que ensalzan de palabras todos los que quieren pasar por socialistas, pues saben que las masas obreras simpatizan fervorosa y sinceramente con ella, mostró con particular nitidez la convencionalidad histórica y el valor limitado del parlamentarismo burgués y de la democracia burguesa, instituciones altamente progresistas en comparación con la Edad Media, pero que exigen, sin demora, una transformación radical en la época de la revolución proletaria.

Precisamente Marx, que fue quien mejor enjuició el significado histórico de la Comuna, cuando la analizó mostró el carácter explotador de la democracia burguesa y del parlamentarismo burgués, bajo los cuales las clases oprimidas obtienen el derecho a decidir una vez cada varios años qué miembros de la clase dominante “han de representar y aplastar” al pueblo en el parlamento. Precisamente ahora, cuando el movimiento soviético, que se extiende a todo el mundo, continúa a la vista de todos la causa de la Comuna, los traidores al socialismo olvidan la experiencia concreta y las lecciones concretas de la Comuna de París, repitiendo las consabidas antiguallas burguesas sobre la “democracia en general”. La Comuna no era una institución parlamentaria.

6.- El significado de la Comuna consiste, además, en que realizó el intento de desbaratar y destruir hasta sus cimientos el aparato estatal burgués, el aparato burocrático, judicial, militar y policiaco, sustituyéndolo por una organización de masas de autogobierno de los obreros, que no conocía la división en poder legislativo y ejecutivo. Todas las repúblicas democrático-burguesas de nuestros días, incluida la alemana, a la que los traidores al socialismo denominan proletaria burlándose de la verdad, mantienen este aparato estatal. Así, pues, se confirma una vez más con toda claridad que los clamores en defensa de la “democracia en general” constituyen en los hechos la defensa de la burguesía y de sus privilegios de clase explotadora.

7.- La “libertad de reunión” puede ser tomada como modelo de reivindicaciones de la “democracia pura”. Todo obrero consciente que no haya roto con su clase comprenderá al punto que sería absurdo prometer libertad de reunión a los explotadores en un período y en una situación en que éstos se resisten a ser derrocados y defienden sus privilegios. La burguesía, cuando era revolucionaria, ni en la Inglaterra de 1649 ni en la Francia de 1793 concedió “libertad de reunión” a los monárquicos y a los nobles, que llamaban en su ayuda a tropas extranjeras y “se reunían” para organizar intentonas de restauración. Si la actual burguesía, que se ha hecho reaccionaria hace ya mucho, exige del proletariado que éste garantice de antemano la “libertad de reunión” a los explotadores, a pesar de la resistencia que ofrezcan los capitalistas a su expropiación, los obreros no harán sino reírse del fariseísmo de la burguesía.

Por otra parte, los obreros saben muy bien que la “libertad de reunión”, incluso en la república burguesa más democrática, es una frase vacía, pues los ricos tienen a su disposición los mejores edificios públicos y privados, y suficiente tiempo libre para reuniones, protegidas por el aparato del poder burgués. Los proletarios de la ciudad y del campo, y los pequeños campesinos, es decir, la inmensa mayoría de la población, no tienen ni lo

primero ni lo segundo ni lo tercero. Mientras las cosas estén así, la “igualdad”, esto es, la “democracia pura”, es un engaño. A fin de conquistar la verdadera igualdad de hacer efectiva la democracia para los trabajadores, es preciso comenzar por desposeer a los explotadores de todos los edificios públicos y de todos los locales particulares de lujo, es preciso comenzar por conceder a los trabajadores horas de asueto, es preciso que protejan la libertad de sus reuniones obreros armados, y no señoritos de la nobleza u oficiales capitalistas valiéndose de soldados oprimidos.

Sólo después de este cambio se puede hablar de la libertad de reunión y de igualdad sin mofarse de los obreros, de los trabajadores, de los pobres. Pero sólo puede realizar este cambio la vanguardia de los trabajadores, el proletariado, derrotando a los explotadores, a la burguesía.

8.- La “libertad de prensa” es igualmente una de las principales consignas de la “democracia pura”. También en este sentido los obreros saben, y los socialistas de todos los países han reconocido millones de veces, que esta libertad es un engaño mientras las mejores imprentas y las mejores existencias de papel están acaparadas por los capitalistas, y mientras subsista el poder del capital sobre la prensa, poder que en todo el mundo es tanto más evidente, violento y cínico cuanto más desarrollados estén la democracia y el régimen republicano, como ocurre, por ejemplo, en Norteamérica. Al objeto de conquistar la igualdad efectiva y la verdadera democracia para los trabajadores, para los obreros y campesinos, es preciso comenzar por privar al capital de la posibilidad de alquilar escritores, de comprar editoriales y sobornar periódicos, pero para esto es necesario derrocar el yugo del capital, derrocar a los explotadores y vencer su resistencia. Los capitalistas han llamado siempre “libertad” a la libertad de los ricos para lucrarse y a la libertad de los obreros para morir de hambre. Los capitalistas denominan libertad de prensa a la libertad de soborno de la prensa por los ricos, a la libertad de utilizar riqueza para fabricar y falsear la llamada opinión pública. Los defensores de la “democracia pura” son una vez más, y en la práctica, defensores del más inmundo y venal sistema de dominio de los ricos sobre los medios de instrucción de las masas, no hacen sino engañar al pueblo, apartarlo con frases en apariencia plausibles y bellas, pero totalmente falsas, de la concreta tarea histórica de liberar a la prensa de su sujeción al capital. La verdadera libertad e igualdad sobrevendrán en el régimen que creen los comunistas, en el cual no existirá la posibilidad de enriquecerse a costa de otros, no existirá la posibilidad objetiva de subordinar, ni directa ni indirectamente, la prensa al poder del dinero, no habrá obstáculos para que todo trabajador (o grupo de trabajadores, cualquiera sea su número) tenga y disfrute del mismo derecho a utilizar las imprentas y el papel, que pertenecerán a la sociedad.

9.- La historia de los siglos XIX y XX nos mostró ya antes de la guerra qué es en la práctica la cacareada “democracia pura” bajo el capitalismo. Los marxistas han dicho siempre que cuanto más desarrollada y “pura” sea la democracia, tanto más abierta, ruda e implacable será la lucha de clases, tanto más “puras” serán la opresión del capital y la dictadura de la burguesía. El asunto Dreyfus en la Francia republicana, las sangrientas represiones de los destacamentos de mercenarios, armados por los capitalistas, contra los huelguistas en la libre y democrática república Norteamérica, estos miles y miles de otros hechos semejantes muestran la verdad que en vano trata de ocultar la burguesía: en las repúblicas más democráticas imperan en la práctica el terror y la dictadura de la burguesía, que se manifiestan abiertamente cada vez que los explotadores creen que se tambalea el poder del capital.

10.- La guerra imperialista de 1914-1918 ha puesto al desnudo definitivamente, incluso ante los obreros atrasados, este verdadero carácter de la democracia burguesa, hasta en las repúblicas más libres, como dictadura de la burguesía. A causa del enriquecimiento de un grupo alemán o inglés de millonarios o multimillonarios, sucumbieron decenas de millones de hombres, y en las repúblicas más libres se implantó la dictadura militar de la burguesía. Esta dictadura militar continúa en los países de la Entente después de la derrota de Alemania. Precisamente la guerra es la que más ha abierto los ojos a los trabajadores, la que ha arrancado las falsas flores de la democracia burguesa, la que ha mostrado al pueblo el pozo sin fondo de la especulación y del lucro durante la guerra y con motivo de ella. En nombre de la “libertad e igualdad” se enriquecieron escandalosamente los negociantes de la guerra. Ningún esfuerzo de la Internacional amarilla de Berna podrá ocultar a las masas el carácter explotador, hoy totalmente desenmascarado, de la libertad, de la igualdad y de la democracia burguesas.

11.- En Alemania, el país capitalista más desarrollado del continente europeo, los primeros meses de plena libertad republicana, traída por la derrota de la Alemania imperialista, han hecho ver a los obreros alemanes y a todo el mundo la verdadera naturaleza de clase de la república democrático-burguesa. El asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo es un hecho de alcance histórico mundial, no sólo porque han perecido trágicamente los mejores hombres y jefes de la verdadera Internacional proletaria, de la Internacional Comunista, sino porque se ha puesto definitivamente al desnudo la naturaleza de clase de un estado europeo avanzado (se puede decir sin exagerar: de un estado avanzado a escala mundial). Si unos detenidos, es decir, hombres tomados bajo la

protección de los poderes públicos, pueden ser asesinados con toda impunidad por unos oficiales y por los capitalistas, bajo un gobierno de socialpatriotas, se deduce de ello que una república democrática en la que pueden ocurrir tales cosas es una dictadura de la burguesía. Quienes expresan su indignación con motivo del asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, pero sin comprender esta verdad, no hacen sino poner de manifiesto su cerrazón mental o su fariseísmo. La “libertad” en una de las repúblicas más libres y avanzadas del mundo, en la república alemana, es la libertad de asesinar impunemente a los líderes arrestados del proletariado. Y no puede ser de otro modo mientras subsista el capitalismo, pues el desarrollo de la democracia no atenúa, sino que agudiza la lucha de clases, que, en virtud de todos los resultados y de todas las influencias de la guerra y de sus consecuencias, ha llegado a su punto de ebullición.

En todo el mundo civilizado se procede ahora a desterrar a los bolcheviques, a perseguirlos, a encarcelarlos, como por ejemplo en Suiza, una de las repúblicas burguesas más libres, a organizar pogromos contra los bolcheviques en Norteamérica, etcétera. Desde el punto de vista de la “democracia en general” o de la “democracia pura” es sencillamente ridículo que países avanzados, civilizados, democráticos, armados hasta los dientes, teman la presencia de varias decenas de personas de la Rusia atrasada, hambrienta y arruinada, a la que en decenas de millones de ejemplares de periódicos burgueses se califica de salvaje, criminal, etcétera. Está claro que una situación social que ha podido originar una contradicción tan patente, no es en la práctica sino una dictadura de la burguesía.

12.- Ante tal estado de cosas, la dictadura del proletariado no sólo es plenamente legítima como medio de derrocar a los explotadores y de vencer su resistencia, sino que es completamente necesaria para toda la masa trabajadora como única defensa contra la dictadura de la burguesía, que ha llevado a la guerra y prepara nuevas guerras.

Lo que principalmente no comprenden los socialistas y lo que indica su miopía teórica su sujeción a los prejuicios burgueses y su traición política al proletariado es que en la sociedad capitalista, en cuanto se agrava en alguna medida la lucha de clases que palpita en su seno, no puede haber término medio entre la dictadura de la burguesía y la del proletariado. Toda ilusión en cuanto a un tercer camino no es sino un suspiro reaccionario de pequeños burgueses. Así lo atestigua la experiencia de más, de un siglo de desarrollo de la democracia burguesa y del movimiento obrero en todos los países avanzados, y, en particular, la experiencia del último lustro. Así lo indica también toda la ciencia de la economía política, todo el contenido

del marxismo, que explica la inevitabilidad económica de la dictadura de la burguesía bajo toda economía mercantil, dictadura que sólo puede reemplazar la clase desarrollada, multiplicada, cohesionada y reforzada por el propio desarrollo del capitalismo, es decir, la clase proletaria.

13.- Otro error teórico y político de los socialistas consiste en no comprender que las formas de la democracia han ido cambiando inevitablemente a lo largo de milenios, comenzando por los embriones de la misma antigüedad, a medida que una clase dominante era sustituida por otra. En las antiguas repúblicas de Grecia, en las ciudades medievales y en los países capitalistas avanzados, la democracia reviste formas distintas y distinto grado de aplicación. Sería la mayor torpeza pensar que la revolución más profunda de la historia de la humanidad, el primer caso que se registra en el mundo de paso del poder de la minoría de explotadores a la mayoría de los explotados, puede sobrevenir dentro del viejo marco de la vieja democracia parlamentaria burguesa, puede sobrevenir sin introducir los cambios más radicales, sin crear nuevas formas de democracia, nuevas instituciones que encarnen las nuevas condiciones de su aplicación, etc.

14.- La dictadura del proletariado se parece a la dictadura de las demás clases porque ha sido suscitada por la necesidad, como le ocurre a toda dictadura, de aplastar con la violencia la resistencia de la clase que pierde el dominio político. La diferencia radical entre la dictadura del proletariado y la de otras clases (la dictadura de los terratenientes en la Edad Media y la de la burguesía en todos los países capitalistas civilizados) consiste en que la dictadura de los terratenientes y de la burguesía era la represión violenta de la resistencia de la inmensa mayoría de la población, esto es, de los trabajadores. Por el contrario, la dictadura del proletariado es la represión violenta de la resistencia de los explotadores, es decir, de una insignificante minoría de la población de los terratenientes y capitalistas.

De aquí se desprende, a su vez, que la dictadura del proletariado debe acarrear inevitablemente, no sólo el cambio de las formas e instituciones de la democracia, hablando en términos generales, sino un cambio que traiga consigo una ampliación inusitada de la utilización efectiva del democratismo por parte de los oprimidos por el capitalismo, por parte de las clases trabajadoras.

En efecto, la forma de la dictadura del proletariado lograda ya en la práctica, es decir, el poder soviético en Rusia, el *Räte-System* en Alemania, los *Shop Stewards Committees* y organismos análogos en otros países, todas estas instituciones significan y hacen efectivas precisamente para las clases trabajadoras, es decir, para la inmensa mayoría de la población, una

posibilidad real de utilizar los derechos y libertades democráticos, que jamás han existido con anterioridad, ni siquiera aproximadamente, en las mejores repúblicas democráticas burguesas.

La esencia del poder soviético consiste en que la base permanente y única de todo el poder y de todo el aparato del estado es la organización de masas de las clases que estaban oprimidas por el capitalismo, es decir, de los obreros y semiproletarios (de los campesinos que no explotan trabajo ajeno y recurren continuamente a la venta de una parte, al menos, de su trabajo). Ahora son incorporadas precisamente a la participación permanente e indefectible, y además decisiva, en la dirección democrática del estado, las masas que incluso en las repúblicas burguesas más democráticas, siendo iguales ante la ley, eran desplazadas en la práctica por miles de procedimientos y subterfugios de la intervención en la vida política y del disfrute de los derechos y libertades democráticos.

15. El poder soviético o dictadura del proletariado hace efectiva, inmediatamente y por completo, la igualdad de los ciudadanos, sin distinción de sexo, religión, raza y nacionalidad, que la democracia burguesa prometió siempre y en todas partes, pero que no realizó en ningún sitio ni podía realizar debido al dominio del capitalismo. El poder soviético hace efectiva esa igualdad, pues sólo puede realizarla el poder de los obreros, que no están interesados en la propiedad privada de los medios de producción y en la lucha por su reparto.

16.- La vieja democracia y el viejo parlamentarismo, es decir, la democracia y el parlamentarismo burgueses, estaban organizados de tal modo, que precisamente las masas trabajadoras eran las que más desplazadas se hallaban del aparato del gobierno. Por el contrario, el poder soviético, es decir, la dictadura del proletariado, está estructurado de tal forma, que acerca a las masas trabajadoras al aparato del gobierno. Esta misma finalidad cumple la unión del poder legislativo y ejecutivo en la organización soviética del estado, y la sustitución de las circunscripciones electorales territoriales por las unidades de producción, como son las fábricas y demás empresas.

17.- El ejército no sólo era un aparato de opresión bajo la monarquía. Sigue siéndolo en todas las repúblicas burguesas, incluso en las más democráticas. Sólo el poder soviético, como organización estatal permanente de las clases oprimidas por el capitalismo está en condiciones de acabar con la supeditación del ejército al mando burgués y de fusionar realmente al proletariado con el ejército, de llegar realmente al armamento

del proletariado y al desarme de la burguesía, sin lo cual es imposible la victoria del socialismo.

18.- La organización soviética del estado está adaptada al papel dirigente del proletariado, la clase más concentrada e instruida por el capitalismo. La experiencia de todas las revoluciones y de todos los movimientos de las clases oprimidas, la experiencia del movimiento socialista mundial, nos enseña que sólo el proletariado está en condiciones de unir y arrastrar tras de sí a las capas dispersas y atrasadas de la población trabajadora y explotada.

19.- Sólo la organización soviética del estado puede destruir realmente de golpe y acabar para siempre con el viejo aparato burocrático judicial, es decir, con el aparato burgués, que se ha mantenido y tiene que mantenerse de modo inevitable bajo el capitalismo, incluso en las repúblicas más democráticas, siendo en la práctica lo que más obstaculiza la aplicación de la democracia para los obreros y los trabajadores en general. La comuna de París dio el primer paso de alcance histórico universal por este camino: el poder soviético ha dado el segundo.

20.- La destrucción del poder estatal es el objetivo que se han propuesto todos los socialistas, con Marx a la cabeza. Si no se logra este objetivo no puede realizarse el verdadero democratismo, es decir, la igualdad y la libertad. A este objetivo conduce en la práctica únicamente la democracia soviética o proletaria, pues al atraer a la participación permanente e ineludible en la dirección del estado a las organizaciones de masas de los trabajadores, comienza enseguida a preparar la plena extinción de todo Estado.

21.- La plena bancarrota de los socialistas reunidos en Berna y su total incompreensión de la nueva democracia, es decir, de la democracia proletaria, se ve en particular por lo siguiente. El 10 de febrero de 1919 Branting clausuró en Berna la Conferencia de la Internacional amarilla. Al día siguiente, en Berlín, en el periódico *Die Freiheit*, redactado por elementos que participaron en dicha conferencia, se publicó el manifiesto del partido de los “independientes” dirigido al proletariado. En este manifiesto se reconoce el carácter burgués del gobierno Scheidemann, se le reprocha el deseo de disolver los soviets, que se llaman *Träger und Schutzer der Revolution* (portadores y custodios de la revolución) y se hace la propuesta de legalizarlos, de conferirles atribuciones de carácter estatal y de concederles el derecho de suspender las decisiones de la Asamblea Nacional y de someter los asuntos a plebiscito popular.

Semejante propuesta equivale a la plena bancarrota ideológica de los teóricos que han defendido la democracia y no han comprendido su carácter burgués. El ridículo intento de cohonestar el sistema de los soviets, es decir, la dictadura del proletariado con la Asamblea Nacional, es decir, con la dictadura de la burguesía, desenmascara por completo la indigencia mental de los socialistas y socialdemócratas amarillos, su reaccionarismo político de pequeños burgueses y sus cobardes concesiones a la fuerza de la nueva democracia, de la democracia proletaria que crece, incontenible.

22.- Al condenar el bolchevismo, la mayoría de la Internacional amarilla de Berna, que no se decidió a votar formalmente la correspondiente resolución por miedo a las masas obreras, ha procedido con corrección desde el punto de vista de clase. Esta mayoría se ha solidarizado por completo con los mencheviques y socialistas revolucionarios rusos, y con los Scheidemann de Alemania. Los mencheviques y socialistas revolucionarios rusos, al quejarse de las persecuciones de que son objeto por parte de los bolcheviques, intentan ocultar el hecho de que estas persecuciones han sido provocadas por la participación de los mencheviques y socialistas revolucionarios, en la guerra civil al lado de la burguesía contra el proletariado. De igual manera, los Scheidemann y su partido han demostrado ya en Alemania su participación en la guerra civil al lado de la burguesía, contra los obreros.

Es del todo natural, por lo mismo, que la mayoría de los miembros de la Internacional amarilla de Berna hayan condenado a los bolcheviques. En esto se ha expresado, no la defensa de la “democracia pura”, sino la autodefensa de gente que sabe y comprende que en la guerra civil están al lado de la burguesía contra el proletariado.

He aquí por qué, desde el punto de vista de clase, no se puede dejar de reconocer como correcta la decisión de la mayoría de la Internacional amarilla. El proletariado, lejos de temer a la verdad, debe mirarla a la cara y sacar las pertinentes conclusiones políticas.

Sobre la base de estas tesis, y en consideración a los informes de los delegados de los diferentes países, el Congreso de la Internacional Comunista declara que la tarea principal de los partidos comunistas, en las distintas regiones donde el poder de los soviets aún no se ha constituido, consiste en lo siguiente:

1º Esclarecer lo más ampliamente a las masas de la clase obrera sobre la significación histórica de la necesidad política y práctica de una nueva

democracia proletaria, que debe ocupar el lugar de la democracia burguesa y del parlamentarismo;

2° Difundir y organizar a los soviets en todos los dominios de la industria, en el ejército, en la flota, entre los obreros agrícolas y los campesinos pobres.

3° Conquistar, en el interior de los soviets, una mayoría comunista sólida y consciente.

DISCURSO DE LENIN SOBRE SUS TESIS

Camaradas:

Quiero agregar algunas palabras a los dos últimos puntos. Pienso que los camaradas que deben leer el informe sobre la conferencia de Berna se referirán a estos temas más detalladamente.

Durante toda la conferencia de Berna no se dijo ni una palabra sobre la significación del poder soviético. En Rusia, hace dos años que discutimos este problema. Ya en abril de 1917, en el congreso del partido, planteamos esta cuestión desde el punto de vista teórico y político: “¿Qué es el poder soviético, cuál es su sustancia, su significación histórica?” Pronto hará dos años que estudiamos este tema y en el congreso del partido adoptamos una resolución al respecto.

El 11 de febrero, *Freiheit* de Berlín publicó un llamamiento al proletariado alemán firmado no sólo por los jefes de los socialdemócratas independientes de Alemania sino también por todos los miembros de la fracción independiente. En agosto de 1918, el mayor teórico de los independientes, Kautsky, escribía en su folleto titulado *La dictadura del proletariado* que era partidario de la democracia y de los órganos soviéticos pero que los soviets sólo debían tener un carácter económico y no deberían ser reconocidos como organismos estatales. Kautsky repite esta afirmación en los números de *Freiheit* correspondientes al 11 de noviembre y 12 de enero. El 9 de febrero aparece un artículo de Rudolph Hilferding, que también es considerado como uno de los principales teóricos autorizados de la II Internacional. Propone fusionar jurídicamente, es decir por la vía legislativa, los dos sistemas, el de los soviets y el de la Asamblea Nacional. Era el 9 de febrero. Esta segunda propuesta es adoptada por todo el partido de los independientes y publicada en forma de llamamiento.

A pesar de que la Asamblea Nacional ya existe en los hechos, luego de la corporización de la “democracia pura”, luego de que los más grandes teóricos de los socialdemócratas independientes hayan explicado que las organizaciones soviéticas no podrán ser organismos de estado, después de todo eso aún existen vacilaciones. Ello prueba que esos señores no han comprendido nada del nuevo movimiento y de sus condiciones de lucha. Pero esto además evidencia que deben existir circunstancias, motivos, que determinan tales vacilaciones. Cuando luego de todos esos acontecimientos, después de casi dos años de revolución victoriosa en Rusia se nos propone resoluciones del tipo de las adoptadas en la conferencia de Berna, en las que no se dice nada sobre los soviets y su significación, tenemos todo el derecho de afirmar que todos esos señores, en cuanto que socialistas y teóricos, no existen para nosotros.

Pero en realidad, desde el punto de vista político, ese hecho prueba, camaradas, que se ha producido un gran progreso en las masas puesto que esos independientes, teóricamente y en principio adversarios de esas organizaciones de estado, nos proponen súbitamente una tontería tan grande como la fusión “pacífica” de la Asamblea Nacional con el sistema de los soviets, es decir la fusión de la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado. Es evidente que esas personas han fracasado y que una gran transformación se ha producido en las masas. Las masas atrasadas del proletariado alemán se dirigen a nosotros, mejor dicho, se han dirigido a nosotros. Por lo tanto, la significación del partido socialdemócrata independiente alemán, desde el punto de vista teórico y socialista, es nula. Sin embargo, conserva cierta importancia en el sentido de que esos elementos nos sirven de indicador del estado de ánimo del sector más atrasado del proletariado. Ese es, a mi criterio, la enorme importancia histórica de esta conferencia. Nosotros fuimos testigos de algo análogo durante nuestra revolución: nuestros mencheviques sufrieron paso a paso, por así decirlo, la misma evolución que los teóricos de los independientes en Alemania. Cuando tuvieron la mayoría en los soviets, defendían los soviets. En ese momento sólo se escuchaban los gritos de “¡Vivan los soviets!”, “Los soviets y la democracia revolucionaria”. Pero cuando nosotros los bolcheviques logramos la mayoría, entonaron otras consignas: “Los soviets, declararon, no deben existir simultáneamente con la Asamblea Constituyente”. Y ciertos teóricos mencheviques hasta propusieron algo similar a la fusión del sistema de los soviets con la Asamblea Constituyente y su inclusión en las organizaciones de estado. Una vez más quedó demostrado que el curso general de la revolución proletaria es idéntico en todo el mundo. Primeramente constitución espontánea, elemental de los soviets, después su ampliación y desarrollo,

luego la aparición en la práctica de la disyuntiva: soviets o Asamblea Nacional constituyente o bien parlamentarismo burgués, confusión total entre los jefes y finalmente revolución proletaria. Sin embargo, creo que luego de casi dos años de revolución no debemos plantear el problema de ese modo sino adoptar resoluciones concretas dado que la propagación del sistema de los soviets es para nosotros, y particularmente para la mayoría de los países de Europa occidental, la más esencial de las tareas. El extranjero que nunca oyó hablar del bolchevismo no puede formarse fácilmente una opinión sobre nuestras discusiones. Todo lo que los bolcheviques afirman es refutado por los mencheviques e inversamente. Es cierto que en medio de la lucha no puede ocurrir de otro modo. Por eso es muy importante que la última conferencia del partido menchevique, llevada a cabo en diciembre de 1918 haya adoptado una larga resolución detallada íntegramente publicada en el *Diario de los tipógrafos*, órgano menchevique. En esta resolución, los propios mencheviques exponen sucintamente la historia de la lucha de clases y de la guerra civil. Allí dicen que los mencheviques condenan a los grupos del partido aliados a las clases poseedoras en los Urales y en el sur, en Crimea y en Georgia, e indican con precisión todas esas regiones. Los grupos del partido menchevique que, aliados a las clases poseedoras, combatieron contra el poder soviético, ahora son condenados en esta resolución. Pero el último punto condena igualmente a los que se pasaron con los comunistas. De ahí se deduce que los mencheviques están obligados a reconocer que no hay unidad en su partido y que se inclinan o bien hacia el lado de la burguesía o bien hacia el del proletariado. Una gran parte de los mencheviques se pasó a las filas de la burguesía y luchó contra nosotros durante la guerra civil. Naturalmente nosotros perseguimos a los mencheviques, hasta los hacemos fusilar cuando en medio de la guerra combaten a nuestro ejército rojo y fusilan a nuestros oficiales. A la burguesía que nos declaró la guerra, hemos respondido con la guerra proletaria. No puede haber otra salida. Por eso, desde el punto de vista político, todo esto sólo es hipocresía menchevique. Desde el punto de vista histórico, es incomprensible que en la conferencia de Berna personas que no son oficialmente reconocidas como locos, hayan podido, por orden de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios, hablar de la lucha de los bolcheviques contra ellos silenciando su lucha en común con la burguesía contra el proletariado.

Todos nos atacan con encarnizamiento porque los perseguimos. Eso es exacto. Pero se cuidan muy bien de decir una sola palabra sobre su participación en la guerra civil. Pienso que es conveniente remitirse al texto completo de la resolución y solicito a los camaradas extranjeros que le presten mucha atención pues se trata de un documento histórico en el cual está perfectamente planteado el problema y que proporciona la mejor

documentación para la apreciación de la discusión entre las diversas tendencias “socialistas” en Rusia. Entre el proletariado y la burguesía existe una clase de personas que se inclinan tanto hacia un lado como hacia el otro. Eso ocurrió siempre y en todas las revoluciones, y es absolutamente imposible que en la sociedad capitalista, donde el proletariado y la burguesía constituyen dos campos enemigos opuestos, no existen sectores sociales intermedios. Históricamente, la existencia de esos elementos flotantes es inevitable. Desgraciadamente, esos elementos que no saben de qué lado combatirán al día siguiente existirán todavía durante cierto tiempo.

Deseo hacer una proposición concreta tendiente a la adopción de una resolución en la cual deben ser señalados particularmente tres puntos:

1.- Una de las tareas más importantes para los camaradas de los países de Europa Occidental consiste en explicar a las masas el significado, la importancia y la necesidad del sistema de los soviets. Desde este punto de vista hay una comprensión insuficiente. Si es cierto que Kautsky y Hilferding han fracasado como teóricos, los últimos artículos de *Freiheit* demuestran, sin embargo, que supieron expresar exactamente el estado de ánimo de los sectores atrasados del proletariado alemán. En nuestro país sucedió lo mismo: durante los ocho primeros meses de la revolución rusa fue muy discutido el problema de la organización soviética, y los obreros no veían muy claramente en qué consistía el nuevo sistema ni si se podía constituir el aparato de estado con los soviets. En nuestra revolución hemos progresado no en el sentido teórico sino en el camino práctico. Así, por ejemplo, antes nunca planteamos teóricamente la cuestión de la Asamblea Constituyente y nunca dijimos que no la reconocíamos. Sólo más tarde, cuando las instituciones soviéticas se expandieron a través de todo el país y conquistaron el poder político, decidimos disolver la Asamblea Constituyente. En la actualidad, vemos que el problema se plantea con mayor agudeza en Hungría y en Suiza. Por una parte, es excelente que eso ocurra; en ese hecho se apoya nuestra absoluta convicción de que la revolución avanza más rápidamente en los estados de Europa Occidental y que con ella obtendremos grandes victorias. Pero, por otra parte, existe el peligro de que la lucha sea tan encarnizada que la conciencia de las masas obreras no esté en condiciones de seguir ese ritmo. Incluso ahora el significado del sistema de los soviets no está claro para las grandes masas de obreros alemanes políticamente instruidos porque han sido educados en el espíritu del parlamentarismo y de los prejuicios burgueses.

2.- Punto relativo a la difusión del sistema soviético. Cuando vemos con qué rapidez se difunde en Alemania y hasta en Inglaterra la idea de los

soviets, podemos decir que esa es una prueba esencial de que la Revolución proletaria vencerá. Sólo se podría detener su curso por muy poco tiempo. Pero es muy distinto cuando los camaradas Albert y Platten nos declaran que en sus países no hay soviets en el campo, entre los trabajadores rurales y el pequeño campesinado. He leído en *Rote Fahne* un artículo contra los Soviets campesinos pero (y eso es absolutamente justo) referido a los soviets de trabajadores rurales y de campesinos pobres. La burguesía y sus lacayos, tales como Scheidemann y compañía ya lanzaron la consigna de soviets campesinos. Pero nosotros sólo queremos los Soviets de trabajadores rurales y de campesinos pobres. Desgraciadamente, de los informes de los camaradas Albert. Platten y otros, se deduce que a excepción de Hungría, se hace muy poco por la expansión del sistema soviético en el campo. Quizá esto constituya un peligro práctico bastante considerable para la obtención de la victoria por parte del proletariado alemán. En efecto, la victoria no podrá ser considerada como segura mientras no sean organizados no sólo los trabajadores de la ciudad sino también los proletarios rurales, y organizados no sólo antes en los sindicatos y cooperativas sino en los soviets. Nosotros obtuvimos la victoria más fácilmente porque en octubre de 1917 marchamos junto con todo el campesinado. En ese sentido nuestra revolución era entonces burguesa. El primer paso de nuestro gobierno proletario consistió en que las antiguas reivindicaciones de todo el campesinado, expresadas en la época de Kerensky por los soviets y las asambleas de campesinos, fueron concretadas por la ley dictada por nuestro gobierno el 26 de octubre de 1917, al día siguiente de la revolución. En esto consistió nuestra fuerza y por eso nos fue tan fácil conquistar las simpatías de la mayoría aplastante. En el campo, nuestra revolución continuó siendo burguesa, pero más tarde, seis meses después, nos vimos obligados a comenzar, en los marcos de la organización de estado, la lucha de clases en el campo, organizando en cada pueblo comités de pobreza, de semiproletarios y luchando sistemáticamente contra la burguesía rural. Esto era inevitable, pues Rusia es un país atrasado. Otra cosa ocurrirá en Europa Occidental y por eso debemos destacar la necesidad absoluta de la expansión del sistema de los Soviets también en la población rural.

3.- Debemos decir que la conquista de la mayoría comunista en los soviets constituye la principal tarea en todos los países donde el poder soviético aún no ha triunfado. Nuestra comisión resolutive estudió ayer esta cuestión. Quizá otros camaradas quieran expresar también su opinión pero desearía proponer que se adopte este tercer punto en forma de resolución especial. Es muy probable que en muchos estados de Europa Occidental, estalle muy próximamente la revolución. En todo caso, nosotros, en cuanto que fracción organizada de los obreros y del partido, tendemos y debemos

tender a obtener la mayoría en los soviets. Entonces nuestra victoria será segura y no existirá fuerza capaz de oponerse a la revolución comunista. De otro modo, la victoria será difícil de lograr y no durará mucho.

PLATAFORMA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Las contradicciones del sistema mundial, antes ocultas en su seno, se revelaron, con una fuerza inusitada en una formidable explosión: la gran guerra imperialista mundial.

El capitalismo intentó superar su propia anarquía mediante la organización de la producción. En lugar de las numerosas empresas competitivas, se organizaron grandes empresas capitalistas (sindicatos, carteles, trusts), el capital bancario se unió al capital industrial, toda la vida económica cayó bajo el poder de una oligarquía capitalista que, mediante una organización basada en ese poder, adquirió un dominio exclusivo. El monopolio suplanta a la libre competencia. El capitalista aislado se transforma en miembro de una asociación capitalista. La organización reemplaza a la anarquía insensata.

Pero en la misma medida en que, en Estados Unidos considerado separadamente, los procedimientos anárquicos de la producción capitalista eran reemplazados por la organización capitalista, las contradicciones, la competencia, la anarquía alcanzaban en la economía mundial una mayor acuidad. La lucha entre los mayores estados conquistadores conducía inflexiblemente a la monstruosa guerra imperialista. La sed de beneficios impulsaba al capitalismo mundial a la lucha por la conquista de nuevos mercados, de nuevas fuentes de materia bruta, de mano de obra barata de los esclavos coloniales. Los estados imperialistas que se repartieron todo el mundo, que transformaron a millones de proletarios y de campesinos de África, Asia, América, Australia en bestias de carga, debían poner en evidencia tarde o temprano en un gigantesco conflicto la naturaleza anárquica del capital. Así se produjo el más grande de los crímenes: la guerra del bandolerismo mundial.

El capitalismo intentó superar las contradicciones de su estructura social. La sociedad burguesa es una sociedad de clases. Pero el capital de los grandes estados “civilizados” se esforzó en ahogar las contradicciones

sociales. A expensas de los pueblos coloniales a los que destruía, el capital compraba a sus esclavos asalariados, creando una comunidad de intereses entre los explotadores y los explotados, comunidad de intereses dirigida contra las colonias oprimidas y los pueblos coloniales amarillos, negros o rojos. Encadenaba al obrero europeo o americano a la “patria” imperialista.

Pero este mismo método de continua corrupción, originado por el patriotismo de la clase obrera y su sujeción moral, produjo, gracias a la guerra, su propia antítesis. El exterminio, la sujeción total del proletariado, un monstruoso yugo, el empobrecimiento, la degeneración, el hambre en el mundo entero, ese fue el último precio de la paz social. Y esta paz fracasó. La guerra imperialista se transformó en guerra civil.

Una nueva época surge. Época de disgregación del capitalismo, de su hundimiento interior. Época de la revolución comunista del proletariado.

El sistema imperialista se desploma. Problemas en las colonias, agitación en las pequeñas naciones hasta ahora privadas de independencia, rebeliones del proletariado, revoluciones proletarias victoriosas en varios países, descomposición de los ejércitos imperialistas, incapacidad absoluta de las clases dirigentes para orientar en lo sucesivo los destinos de los pueblos: ese es el cuadro de la situación actual en el mundo entero.

La Humanidad, cuya cultura ha sido devastada totalmente, está amenazada de destrucción. Sólo hay una fuerza capaz de salvarla y esa fuerza es el proletariado. El antiguo “orden” capitalista ya no existe. No puede existir. El resultado final de los procedimientos capitalistas de producción es el caos, y ese caos sólo puede ser vencido por la mayor clase productora, la clase obrera. Ella es la que debe instituir el orden verdadero, el orden comunista. Debe quebrar la dominación del capital, imposibilitar las guerras, borrar las fronteras entre los estados, transformar el mundo en una vasta comunidad que trabaje para sí misma, realizar los principios de solidaridad fraternal y la liberación de los pueblos.

Mientras, el capital mundial se prepara para un último combate contra el proletariado. Bajo la cobertura de la Liga de las Naciones y de la charlatanería pacifista, hace sus últimos esfuerzos para reajustar las partes dispersas del sistema capitalista y dirigir sus fuerzas contra la revolución proletaria irresistiblemente desencadenada.

A este inmenso complot de las clases capitalistas, el proletariado debe responder con la conquista del poder político, girar ese poder contra sus propios enemigos, servirse de él como palanca para la transformación

económica de la sociedad. La victoria definitiva del proletariado mundial marcará el comienzo de la historia de la humanidad liberada.

LA CONQUISTA DEL PODER POLÍTICO

La conquista del poder político por parte del proletariado significa el aniquilamiento del poder político de la burguesía. El aparato gubernamental con su ejército capitalista, puesto bajo el mando de un cuerpo de oficiales burgueses y de junkers, con su policía y su gendarmería, sus carceleros y sus jueces, sus sacerdotes, sus funcionarios, etc., constituye en manos de la burguesía el más poderoso instrumento de gobierno. La conquista del poder gubernamental no puede reducirse a un cambio de personas en la constitución de los ministerios sino que debe significar el aniquilamiento de un aparato estatal extraño, la apropiación de la fuerza real, el desarme de la burguesía, del cuerpo de oficiales contrarrevolucionarios, de los guardias blancos, el armamento del proletariado, de los soldados revolucionarios y de la guardia roja obrera, la destitución de todos los jueces burgueses y la organización de los tribunales proletarios, la destrucción del funcionarismo reaccionario y la creación de nuevos órganos de administración proletarios. La victoria proletaria es asegurada por la desorganización del poder enemigo y la organización del poder proletario. Debe significar la ruina del aparato estatal burgués y la creación del aparato estatal proletario. Sólo luego de la victoria total, cuando el proletariado haya roto definitivamente la resistencia de la burguesía, podrá obligar a sus antiguos adversarios a servirlo útilmente, orientándolos progresivamente bajo su control, hacia la obra de construcción comunista.

DEMOCRACIA Y DICTADURA

Como todo estado, el estado proletario representa un aparato de coerción y este aparato está ahora dirigido contra los enemigos de la clase obrera. Su misión consiste en quebrar e imposibilitar la resistencia de los explotadores, empleando en su lucha desesperada todos los medios para ahogar en sangre la revolución. Por otra parte, la dictadura del proletariado, al hacer oficialmente de esta clase la clase gobernante, crea una situación transitoria.

En la medida en que se logre quebrar la resistencia de la burguesía, ésta será expropiada y se transformará en una masa trabajadora; la dictadura del proletariado desaparecerá, el estado fenecerá y las clases sociales desaparecerán junto con él.

La llamada democracia, es decir la democracia burguesa, no es otra cosa que la dictadura burguesa disfrazada. La tan mentada “voluntad popular” es

una ficción, al igual que la unidad del pueblo. En realidad, existen clases cuyos intereses contrarios son irreconciliables. Y como la burguesía sólo es una minoría insignificante, utiliza esta ficción, esta pretendida “voluntad popular”, con el fin de consolidar, en medio de bellas frases, su dominación sobre la clase obrera para imponerle la voluntad de su clase. Por el contrario, el proletariado, que constituye la gran mayoría de la población, utiliza abiertamente la fuerza de sus organizaciones de masas, de sus soviets, para aniquilar los privilegios de la burguesía y asegurar la transición hacia una sociedad comunista sin clases.

La esencia de la democracia burguesa reside en un reconocimiento puramente formal de los derechos y de las libertades, precisamente inaccesibles al proletariado y a los elementos semiproletarios, a causa de la carencia de recursos materiales, mientras que la burguesía tiene todas las posibilidades de sacar partido de sus recursos materiales, de su prensa y de su organización, para engañar al pueblo. Por el contrario, la esencia del sistema de los Soviets (de este nuevo tipo de poder gubernamental) consiste en que el proletariado obtiene la posibilidad de asegurar de hecho sus derechos y su libertad. El poder del soviet entrega al pueblo los más hermosos palacios, las casas, las tipografías, las reservas de papel, etc., para su prensa, sus reuniones, sus sindicatos. Sólo entonces es posible establecer la verdadera democracia proletaria.

Con su sistema parlamentario, la democracia burguesa sólo concede el poder a las masas de palabra, y sus organizaciones están totalmente aisladas del poder real y de la verdadera administración del país. En el sistema de los soviets, las organizaciones de las masas gobiernan y por medio de ellas gobiernan las propias masas, ya que los soviets llaman a formar parte de la administración del estado a un número cada vez mayor de obreros; y de esta forma todo el pueblo obrero poco a poco participa efectivamente en el gobierno del estado. El sistema de los soviets se apoya de este modo en todas las organizaciones de masas proletarias, representadas por los propios soviets, las uniones profesionales revolucionarias, las cooperativas, etcétera.

La democracia burguesa y el parlamentarismo, por medio de la división de los poderes legislativo y ejecutivo y la ausencia del derecho de revocación de los diputados, termina por separar a las masas del estado. Por el contrario, el sistema de los soviets, mediante el derecho de revocación, la reunión de los poderes legislativo y ejecutivo y, consecuentemente, mediante la capacidad de los soviets para constituir colectividades de trabajo, vincula a las masas con los órganos de las administraciones. Ese vínculo es también consolidado por el hecho de que, en el sistema de los

soviets, las elecciones no se realizan de acuerdo con las subdivisiones territoriales artificiales sino que coinciden con las unidades locales de la producción.

El sistema de los soviets asegura de tal modo la posibilidad de una verdadera democracia proletaria, democracia para el proletariado y en el proletariado, dirigida contra la burguesía. En ese sistema, se asegura una situación predominante al proletariado industrial, al que pertenece, debido a su mejor organización y su mayor desarrollo político, el papel de clase dirigente, cuya hegemonía permitirá al semiproletariado y a los campesinos pobres elevarse progresivamente. Esas superioridades momentáneas del proletariado industrial deben ser utilizadas para arrancar a las masas pobres de la pequeña burguesía campesina de la influencia de los grandes terratenientes y de la burguesía, para organizarlas y llamarlas a colaborar en la construcción comunista.

LA EXPROPIACIÓN DE LA BURGUESÍA Y LA SOCIALIZACIÓN DE LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN

La descomposición del sistema capitalista y de la disciplina capitalista del trabajo hace imposible (dadas las relaciones entre las clases) la reconstrucción de la producción sobre las antiguas bases. La lucha de los obreros por el aumento de los salarios, incluso en el caso de tener éxito, no implica el mejoramiento esperado de las condiciones de existencia, pues el aumento de los precios de los productos invalida inevitablemente ese éxito. La enérgica lucha de los obreros por el aumento de los salarios en los países que se encuentran en una situación evidentemente sin salida, hace imposibles los progresos de la producción capitalista debido al carácter impetuoso y apasionado de esta lucha y su tendencia a la generalización. El mejoramiento de la condición de los obreros sólo podrá alcanzarse cuando el propio proletariado se apodere de la producción. Para elevar las fuerzas productoras de la economía, para quebrar lo más rápidamente posible la resistencia de la burguesía, que prolonga la agonía de la vieja sociedad creando por ello mismo el peligro de una ruina completa de la vida económica, la dictadura proletaria debe realizar la expropiación de la alta burguesía y de la nobleza y hacer de los medios de producción y de transporte la propiedad colectiva del Estado proletario.

El comunismo surge ahora de los escombros de la sociedad capitalista; la historia no dejará otra salida a la humanidad. Los oportunistas, en su deseo de retrasar la socialización por su utópica reivindicación del restablecimiento de la economía capitalista, no hacen sino aplazar la solución de la crisis y crear la amenaza de una ruina total, mientras que la revolución comunista aparece para la verdadera fuerza productora de la

sociedad, es decir para el proletariado, y con él para toda la sociedad, como el mejor y más seguro medio de salvación.

La dictadura proletaria no significa ningún reparto de los medios de producción y de transporte. Por el contrario, su tarea es realizar una mayor centralización de los medios y la dirección de toda la producción de acuerdo con un plan único.

El primer paso hacia la socialización de toda la economía implica necesariamente las siguientes medidas: socialización de los grandes bancos que dirigen ahora la producción; posesión por parte del poder proletario de todos los órganos del estado capitalista que rigen la vida económica; posesión de todas las empresas comunales; socialización de las ramas de la industria que actúan sindicadas o como trusts; igualmente, socialización de las ramas de la industria cuyo grado de concentración hace técnicamente posible la socialización; socialización de las propiedades agrícolas y su transformación en empresas agrícolas dirigidas por la sociedad.

En cuanto a las empresas de menor importancia, el proletariado debe, teniendo en cuenta su grado de desarrollo, socializarlas poco a poco.

Es importante señalar aquí que la pequeña propiedad no debe ser expropiada y que los pequeños propietarios que no explotan el trabajo de otros no deben sufrir ningún tipo de violencia. Esta clase será poco a poco atraída a la esfera de la organización social, mediante el ejemplo y la práctica que demostrarán la superioridad de la nueva estructura social que liberará a la clase de los pequeños campesinos y la pequeña burguesía del yugo de los grandes capitalistas, de toda la nobleza, de los impuestos excesivos (principalmente como consecuencia de la anulación de las deudas del estado, etc.).

La tarea de la dictadura proletaria en el campo económico sólo es realizable en la medida en que el proletariado sepa crear órganos de dirección de la producción, centralizada y realizar la gestión por medio de los propios obreros. Con este objeto, se verá obligado a sacar partido de aquellas organizaciones de masas que estén vinculadas más estrechamente con el proceso de producción.

En el dominio del reparto, la dictadura proletaria debe realizar el reemplazo del comercio por un justo reparto de los productos. Entre las medidas indispensables para alcanzar este objetivo señalamos: la socialización de las grandes empresas comerciales, la transmisión al proletariado de todos los organismos de reparto del estado y de las municipalidades burguesas; el

control de las grandes uniones cooperativas cuyo aparato organizativo tendrá todavía durante el período de transición una importancia económica considerable, la centralización progresiva de todos esos organismos y su transformación en un todo único para el reparto nacional de los productos.

Del mismo modo que en el campo de la producción, en el del reparto es importante utilizar a todos los técnicos y especialistas calificados, tan pronto como su resistencia en el orden de lo político haya sido rota y estén en condiciones de servir, en lugar de al capital, al nuevo sistema de producción.

El proletariado no tiene intención de oprimirlos. Por el contrario, sólo él les dará la posibilidad de desarrollar la actividad creadora más potente. La dictadura proletaria reemplazará a la división del trabajo físico e intelectual, propio del capitalismo; mediante la unión del trabajo y la ciencia.

Simultáneamente con la expropiación de las fábricas, las minas, las propiedades, etc., el proletariado debe poner fin a la explotación de la población por parte de los capitalistas propietarios de inmuebles, pasar las grandes construcciones a los soviets obreros locales, instalar a la población obrera en las residencias burguesas, etc.

En el transcurso de esta gran transformación, el poder de los soviets debe por una parte, constituir un enorme aparato de gobierno cada vez más centralizado en su forma y además, debe convocar a un trabajo de dirección inmediata a sectores cada vez más vastos del pueblo trabajador.

EL CAMINO DE LA VICTORIA

El período revolucionario exige que el proletariado ponga en práctica un método de lucha que concentre toda su energía, es decir la acción directa de las masas, incluyendo todas sus consecuencias lógicas: el choque directo y la guerra declarada contra la maquinaria gubernamental burguesa. A este objetivo deben ser subordinados todos los demás medios, tales como por ejemplo, la utilización revolucionaria del parlamentarismo burgués.

Las condiciones preliminares indispensables para esta lucha victoriosa son: la ruptura no solamente con los lacayos directos del capital y los verdugos de la revolución comunista (cuyo papel asumen actualmente los socialdemócratas de derecha) sino también la ruptura con el “Centro” (grupo Kautsky) que, en un momento crítico, abandona al proletariado y se une a sus enemigos declarados.

Por otra parte, es necesario realizar un bloque con aquellos elementos del movimiento obrero revolucionario que, aunque no hayan pertenecido antes al partido socialista, se colocan ahora totalmente en el terreno de la dictadura proletaria bajo su forma soviética, es decir con los elementos correspondientes del sindicalismo.

El crecimiento del movimiento revolucionario en todos los países, el peligro para esta revolución de ser ahogada por la liga de los estados burgueses, las tentativas de unión de los partidos traidores al socialismo (formación de la Internacional amarilla en Berna) con el objetivo de servir bajamente a la Liga de Wilson, y finalmente la necesidad absoluta para el proletariado de coordinar sus esfuerzos, todo esto nos conduce inevitablemente a la creación de la Internacional Comunista, verdaderamente revolucionaria y verdaderamente proletaria.

La Internacional que se revele capaz de subordinar los intereses llamados nacionales a los intereses de la revolución mundial logrará, así, la cooperación de los proletarios de los diferentes países, mientras que sin esta ayuda económica mutua, el proletariado no estará en condiciones de construir una nueva sociedad. Por otra parte, en oposición a la Internacional Socialista amarilla, la Internacional Proletaria y Comunista sostendrá a los pueblos explotados de las colonias en su lucha contra el imperialismo, con el propósito de acelerar la caída final del sistema imperialista mundial.

Los malhechores del capitalismo afirmaban al comienzo de la guerra mundial que no hacían sino defender su patria. Pero el imperialismo alemán reveló su naturaleza bestial a través de una serie de sangrientos crímenes cometidos en Rusia, Ucrania, Finlandia. Y ahora se revelan a su vez, incluso a los ojos de los sectores más atrasados de la población, las potencias de la Entente que saquean al mundo entero y asesinan al proletariado. De acuerdo con la burguesía alemana y los socialpatriotas, con la palabra de paz en los labios, se esfuerzan en aplastar, con ayuda de tanques y tropas coloniales ignorantes y bárbaras, la revolución del proletariado europeo. El terror blanco de los burgueses caníbales ha sido indescriptiblemente feroz. Las víctimas en las filas de la clase obrera son innumerables. La clase obrera ha perdido a sus mejores campeones: Liebknecht, Rosa Luxemburgo.

El proletariado debe defenderse por todos los medios. La Internacional Comunista convoca al proletariado mundial a esta lucha decisiva. ¡Arma contra arma! ¡Fuerza contra fuerza! ¡Abajo la conspiración imperialista del capital! ¡Viva la República Internacional de los Soviets Proletarios!

TESIS SOBRE LA SITUACIÓN INTERNACIONAL Y LA POLITICA DE LA ENTENTE

Las experiencias de la guerra mundial desenmascararon la política imperialista de las “democracias” burguesas como la política de lucha de las grandes potencias tendiente al reparto del mundo y a la consolidación de la dictadura económica y política del capital financiero sobre las masas explotadas y oprimidas. La masacre de millones de vidas humanas, la pauperización del proletariado sometido a esclavitud, el enriquecimiento inusitado de los sectores superiores de la burguesía gracias a los suministros de guerra, a los empréstitos, etc., el triunfo de la reacción militar en todos los países, todo esto no tardará en destruir las ilusiones respecto a la defensa de la patria, la tregua y la “democracia”. La “política de paz” desenmascara las verdaderas aspiraciones de los imperialistas de todos los países hasta sus últimas consecuencias.

LA PAZ DE BREST-LITOVSK Y EL COMPROMISO DEL IMPERIO ALEMÁN

La paz de Brest-Litovsk y luego la de Bucarest revelaron el carácter rapaz y reaccionario del imperialismo de las potencias centrales. Los vencedores arrancaron a la Rusia indefensa, contribuciones y anexiones. Utilizaron el derecho de libre disposición de lo pueblos como pretexto para una política de anexiones, creando estados vasallos cuyos gobiernos reaccionarios favorecieron la política de rapiña y reprimieron el movimiento revolucionario de las masas trabajadoras. El imperialismo alemán, que en el combate internacional no había conseguido la victoria total, no podía en ese momento demostrar francamente sus verdaderas intenciones, y debió resignarse a vivir en una apariencia de paz con la Rusia soviética y a enmascarar su política rapaz y reaccionaria con frases hipócritas.

Sin embargo, las potencias de la Entente, tan pronto lograron la victoria mundial, dejaron caer sus máscaras y revelaron a los ojos de todo el mundo el verdadero rostro del imperialismo mundial.

LA VICTORIA DE LA ENTENTE Y EL REAGRUPAMIENTO DE LOS ESTADOS

La victoria de la Entente repartió en diferentes grupos a los países llamados civilizados del mundo. El primero de los grupos está constituido por las

potencias del mundo capitalista, las grandes potencias imperialistas victoriosas (Inglaterra, EEUU., Francia, Japón, Italia). Frente a ellas se yerguen los países del imperialismo vencido, arruinados por la guerra y conmovidos en su estructura por el comienzo de la revolución proletaria (Alemania, Austria-Hungría con sus vasallos de siempre). El tercer grupo está formado por los estados vasallos de las potencias de la Entente. Se compone de pequeños estados capitalistas que participaron en la guerra al lado de la Entente (Bélgica, Serbia, Portugal, etc.) y de las repúblicas “nacionales” y estados taponos creados recientemente (república checoslovaca, Polonia, repúblicas rusas contrarrevolucionarias, etc.) Los Estados neutrales se aproximan, según sea su situación, a los estados vasallos pero sufren una fuerte presión política y económica que algunas veces torna su situación semejante a la de los estados vencidos. La República socialista rusa es un estado obrero y campesino que se ubica al margen del mundo capitalista y representa para el imperialismo victorioso un gran peligro social, el peligro de que todos los resultados de la victoria se derrumben ante el asalto de la revolución mundial.

LA “POLÍTICA DE PAZ” DE LA ENTENTE O EL IMPERIALISMO SE DESENMASCARA A SÍ MISMO

La “política de paz” de las cinco potencias mundiales, cuando las consideramos en su conjunto, era y sigue siendo una política que se desenmascara constantemente a sí misma.

Pese a todas las frases sobre su “política exterior democrática” constituye el triunfo total de la diplomacia secreta que, de espaldas y a expensas de los millones de obreros de todos los países, decide la suerte del mundo por la vía de arreglos entre los apoderados de los trusts financieros. Todos los problemas esenciales son tratados sin excepción a puerta cerrada por el comité parisino de las cinco grandes potencias, en ausencia de los representantes de los países vencidos, neutrales y de los mismos estados vasallos.

Los discursos de Lloyd George, de Clemenceau, de Sonnino, etc., proclaman y tratan de motivar abiertamente la necesidad de las *anexiones* y de las *contribuciones*.

Pese a las frases falsas sobre “la guerra por el desarme general”, se proclama la necesidad de *armarse todavía* y ante todo de mantener el poderío marítimo británico en vistas de la llamada “protección de la libertad de los mares”.

El derecho de libre disposición de los pueblos por sí mismos, proclamado por la Entente, es manifiestamente pisoteado y remplazado por el reparto de los dominios cuestionados entre los estados poderosos y sus vasallos.

Sin consultar a la población, Alsacia-Lorena fue incorporada a Francia; Irlanda, Egipto e India, no tienen el derecho a disponer de sí mismas; el estado eslavo meridional y la República Checoslovaca fueron creados por la fuerza de las armas; se negocia desvergonzadamente el reparto de la Turquía europea y asiática, el reparto de las colonias alemanas ya ha comenzado, etc...

La política de las *contribuciones* ha sido llevada a un grado de pillaje total de los vencidos. No solamente se presenta a los vencidos cuentas que ascienden a miles de millones, no sólo se les priva de todos los medios de guerra, sino que los países de la Entente les quitan también las locomotoras, los ferrocarriles, los barcos, los instrumentos agrícolas, las reservas de oro, etc., etc. Además, los prisioneros de guerra deben convertirse en los esclavos de los vencedores. Se discuten proposiciones sobre el trabajo forzado de los obreros alemanes. Las potencias aliadas tienen la intención de hacer de ellos esclavos miserables y hambrientos del capital de la Entente.

La política de *excitación nacional* llevada al extremo tiene su expresión en la constante incitación contra las naciones vencidas en la prensa de la Entente y las administraciones de la ocupación, así como en el bloqueo por hambre, condenando a los pueblos de Alemania y Austria al exterminio. Esta política tiende a crear pogromos contra los alemanes organizados por los sostenedores de la Entente, los elementos chovinistas checos y polacos, y pogromos contra los judíos que superan los peores actos del zarismo ruso.

Los estados “democráticos” de la Entente prosiguen una política de *reacción extrema*.

La reacción triunfa tanto en el seno de los países de la Entente (entre los cuales Francia ha retrocedido a las peores épocas de Napoleón III) como en todo el mundo capitalista, que se halla bajo la influencia de la Entente. Los aliados ahogan la revolución en los países ocupados de Alemania, Hungría, Bulgaria, etc., excitan a los gobiernos oportunistas-burgueses de los países vencidos contra los obreros revolucionarios amenazándolos con suprimirles los víveres. Los aliados han declarado que hundirán todos los navíos alemanes que se atrevan a izar la bandera roja de la revolución, se han negado a reconocer a los consejos alemanes y en las regiones alemanas ocupadas han abolido la jornada de ocho horas. Además de apoyar la

política reaccionaria en los países neutrales y promover en los estados vasallos (el régimen de Paderevsky en Polonia), los aliados han excitado a los elementos reaccionarios de esos países (en Finlandia, Polonia, Suecia, etc.) contra la Rusia revolucionaria, y exigen la intervención de las fuerzas armadas alemanas.

CONTRADICCIONES ENTRE LOS ESTADOS DE LA ENTENTE

Pese a la identidad de las líneas fundamentales de su política imperialista, una serie de profundas contradicciones se manifiestan en el seno de las grandes potencias que dominan el mundo.

Esas contradicciones se concentran sobre todo alrededor del programa de paz del capital financiero norteamericano (el llamado programa Wilson). Los puntos más importantes de ese programa son los siguientes: “Libertad de los mares”, “Sociedad de las Naciones” e “Internacionalismo de las colonias”. La consigna de “libertad de los mares” (una vez privada de su máscara hipócrita) significa en realidad la abolición del predominio militar naval de determinadas grandes potencias (en primer lugar de Inglaterra) y la apertura de todas las vías marítimas al comercio norteamericano. La “Sociedad de las Naciones” significa que el derecho a la anexión inmediata de los Estados y de los pueblos débiles será negado a las grandes potencias europeas (en primer lugar a Francia). La “internacionalización de las colonias” fija la misma regla con relación a los dominios coloniales.

Ese programa está condicionado por los siguientes hechos: el capital norteamericano no posee la mayor flota del mundo; ya no tiene la posibilidad de proceder a anexiones directas en Europa y por ello apunta a la explotación de los estados y de los pueblos débiles por medio de las relaciones comerciales y de las inversiones de capitales. Por eso quiere obligar a las otras potencias a formar un sindicato de los trusts de estados, a repartir “lealmente” entre sí la explotación mundial y a transformar la lucha entre los trusts de estados en una lucha puramente económica. En el dominio de la explotación económica, el capital financiero norteamericano altamente desarrollado obtendrá una hegemonía efectiva que le asegurará el predominio económico y político en el mundo.

La “libertad de los mares” se enfrenta agudamente con los intereses de Inglaterra, Japón y en parte también de Italia (en el Adriático). La “Sociedad de las Naciones” y la “internacionalización de las colonias” están en franca contradicción con los intereses de Francia y del Japón, y en menor medida con los intereses de todas las otras potencias imperialistas. La política de los imperialistas de Francia, donde el capital financiero posee una forma particularmente usurera, donde la industria está

débilmente desarrollada y donde la guerra arruinó totalmente las fuerzas productivas, trata por medios desesperados de mantener el régimen capitalista. Estos medios son el pillaje bárbaro de Alemania, la sumisión directa y la explotación rapaz de los estados vasallos (proyectos de una Unión Danubiana, de estados eslavos meridionales) y la extorsión por medio de la violencia de las deudas contraídas por el zarismo ruso ante el Shylock francés. Francia, Italia y en forma alternada también el Japón, en cuanto que países continentales, también son capaces de llevar a cabo una política de anexiones directas.

Además de estar en contradicción con los intereses de EEUU, las grandes potencias tienen intereses que se oponen recíprocamente entre sí. Inglaterra teme el fortalecimiento de Francia en el continente, pues tiene en Asia Menor y en África intereses que se oponen a los de Francia. Los intereses de Italia en los Balcanes y en el Tirol son contrarios a los intereses de Francia. Japón disputa a la Australia inglesa las islas situadas en el Océano Pacífico.

AGRUPAMIENTOS Y TENDENCIAS EN EL SENO DE LA ENTENTE

Esas contradicciones entre las grandes potencias originan diversos agrupamientos en el seno de la Entente. Hasta ahora se han esbozado los combinaciones principales: la combinación franco-anglo-japonesa, que está dirigida contra Norteamérica e Italia y la anglo-norteamericana que se opone a las otras grandes potencias.

La primera de esas combinaciones predominaba hasta comienzos de enero de 1919, en tanto que el presidente Wilson aún no había renunciado a exigir la abolición de la dominación marítima inglesa. El desarrollo del movimiento revolucionario de los obreros y de los soldados en Inglaterra, que condujo a una entente entre los imperialistas de diferentes países para terminar con la aventura rusa y para acelerar la conclusión de la paz, ha fortalecido la propensión de Inglaterra hacia esta combinación, que alcanza el predominio a partir de enero de 1919. El bloque anglo-norteamericano se opone a la prioridad de Francia en el pillaje de Alemania y a la intensidad exagerada de ese pillaje. Plantea ciertos límites a las exigencias anexionistas exageradas de Francia, Italia y Japón. Impide que los estados vasallos creados recientemente les estén sometidos directamente. En lo que concierne al problema ruso, la combinación anglo-norteamericana tiene intenciones pacíficas: quiere conservar las manos libres a fin de poder realizar el reparto del mundo, de ahogar la revolución europea y luego también la revolución rusa.

A esas dos combinaciones de las potencias corresponden dos tendencias en el seno de las grandes potencias: una ultra-anexionista y otra moderada, la segunda de las cuales apoya la combinación Wilson-Lloyd George.

LA “SOCIEDAD DE NACIONES”

Vistas las contradicciones irreconciliables que surgieron en el seno mismo de la Entente, la Sociedad de Naciones (aun cuando se realizaba sobre el papel) sólo desempeñaría, sin embargo, el papel de una santa alianza de los capitalistas para reprimir la revolución obrera. La propagación de la “Sociedad de las Naciones” es el mejor medio para perturbar la conciencia revolucionaria de la clase obrera. En lugar de la consigna de una Internacional de las repúblicas obreras revolucionarias, se lanza la de una asociación internacional de pretendidas democracias que debe ser formada por una coalición del proletariado y de las clases burguesas.

La “Sociedad de las Naciones” es una consigna tramposa mediante la cual los socialtraidores a las órdenes del capital internacional dividen a las fuerzas proletarias y favorecen la contrarrevolución imperialista.

Los proletarios revolucionarios de todos los países del mundo deben llevar a cabo una lucha implacable contra las ideas de la Sociedad de las Naciones de Wilson y protestar contra la participación en esta sociedad del robo, la explotación y la contrarrevolución imperialista.

LA POLÍTICA EXTERIOR E INTERIOR DE LOS PAÍSES VENCIDOS

La derrota militar y el deterioro interno del imperialismo austriaco y alemán condujeron, en los estados centrales y durante el primer período de la revolución, a la dominación del régimen burgués social-oportunista. Con el pretexto de la democracia y del socialismo, los socialtraidores alemanes protegen y reconstruyen el predominio económico y la dictadura política de la burguesía. En su política exterior, apuntan al restablecimiento del imperialismo alemán exigiendo la restitución de las colonias y la admisión de Alemania en la Sociedad de la rapiña. A medida que se fortalecen en Alemania las bandas de guardias blancos y que avanza el proceso de descomposición en el campo de la Entente, las veleidades de la burguesía y de los socialtraidores de convertirse en una gran potencia también aumentan. Al mismo tiempo, el gobierno burgués social-oportunista debilita también la solidaridad internacional del proletariado y separa a los obreros alemanes de sus hermanos de clase, cumpliendo así las órdenes contrarrevolucionarias de los aliados y sobretodo excitando a los obreros alemanes contra la revolución rusa proletaria para complacer a la Entente. La política de la burguesía y de los social-oportunistas en Austria y en

Hungría es la repetición de la política del bloque burgués oportunista de Alemania bajo una forma atenuada.

LOS ESTADOS VASALLOS DE LA ENTENTE

En los estados vasallos y en las repúblicas que la Entente acaba de crear (Checoslovaquia, países eslavos meridionales, a los que hay que agregar Polonia, Finlandia, etc.), la política de la Entente, apoyada en las clases dominantes y los social-nacionalistas, apunta a erigir centros de un movimiento nacional contrarrevolucionario. Ese movimiento debe estar dirigido contra los pueblos vencidos, debe mantener en equilibrio a las fuerzas de los estados nuevos y someterlos a la Entente, debe frenar los movimientos revolucionarios que surgen en las nuevas repúblicas “nacionales” y finalmente proporcionar guardias blancos para la lucha contra la revolución internacional y sobre todo contra la revolución rusa.

En lo que se refiere a Bélgica, Portugal, Grecia y otros pequeños países aliados a la Entente, su política está totalmente determinada por la de los grandes bandoleros, a los que están sometidos y cuya ayuda solicitan para obtener pequeñas anexiones e indemnizaciones de guerra.

LOS ESTADOS NEUTRALES

Los estados neutrales están en la situación de vasallos no favorecidos del imperialismo de la Entente, con los cuales ésta emplea, en forma atenuada, los mismos métodos que con respecto a los países vencidos. Los estados neutrales favorecidos formulan diversas reivindicaciones a los enemigos de la Entente (las pretensiones de Dinamarca con respecto a Flensburgo, la proposición suiza de la internacionalización del Rin, etc.). Al mismo tiempo, ejecutan las órdenes contrarrevolucionarias de la Entente (expulsión del embajador ruso, enrolamiento de los guardias blancos en los países escandinavos etc.). Otros estados están expuestos al peligro de un desmembramiento territorial (proyecto de incorporación de la provincia de Linburgo a Bélgica y de la internacionalización de la desembocadura del Escaut).

LA ENTENTE Y LA RUSIA SOVIÉTICA

El carácter rapaz antihumanitario y reaccionario del imperialismo de la Entente se manifiesta más netamente en la posición que sustenta frente a la Rusia soviética. Desde el comienzo de la Revolución de Octubre, las potencias de la Entente apoyaron a los partidos y los gobiernos contrarrevolucionarios de Rusia. Con la ayuda de los contrarrevolucionarios burgueses anexaron Siberia, los Urales, las costas de la Rusia europea, el Cáucaso y una parte del Turquestán. De esas comarcas anexadas sustraen materias primas (madera, petróleo, manganeso, etc.).

Con la ayuda de las pandillas checoslovacas a sueldo, robaron las reservas de oro de Rusia. Bajo la dirección del diplomático inglés Lockhart, espías ingleses y franceses hicieron saltar puentes y destruyeron vías férreas intentando obstaculizar el aprovisionamiento de víveres. La Entente sostuvo con fondos, armas y ayuda militar a generales reaccionarios tales como Denikin, Koltchak y Krasnov, que fusilaron y colgaron a millares de obreros y campesinos en Rostov, Jusovka, Novorosik, Omsk, etc. Con los discursos de Clemenceau y de Pichon, la Entente proclama abiertamente el principio del “cerco económico”, es decir que se quiere condenar al hambre y a la destrucción a la República de los obreros y de los campesinos revolucionarios. Se promete “ayuda técnica” a las bandas de Denikin, Koltchak y Krasnov. Por otra parte, la Entente rechazó en diversas oportunidades las proposiciones de paz de la potencia soviética.

El 23 de enero de 1919 las potencias de la Entente, en las que predominaban momentáneamente las tendencias moderadas, dirigieron a todos los gobiernos rusos la proposición de enviar delegados a la Isla de los Príncipes. Esta proposición contenía una intención provocadora con respecto al gobierno soviético. Aunque el 4 de febrero la Entente recibió una respuesta afirmativa del gobierno soviético, en la cual éste también se declaraba dispuesto a considerar anexiones, contribuciones y concesiones a fin de liberar a los obreros y campesinos rusos de la guerra que le era impuesta por la Entente, ésta no respondió.

Este hecho confirma que las tendencias anexionistas-reaccionarias de los imperialistas de la Entente se basan en terreno sólido. Amenazan a la república socialista con nuevas anexiones y nuevos asaltos contrarrevolucionarios.

La “política de paz” de la Entente devela aquí definitivamente a los ojos del proletariado internacional la naturaleza del imperialismo de la Entente y del imperialismo en general. Prueba al mismo tiempo que los gobiernos imperialistas son incapaces de acordar una paz “justa y duradera” y que el capital financiero no puede restablecer la economía destruida. El mantenimiento del dominio del capital financiero conduciría a la destrucción total de sociedad civilizada o al aumento de la explotación, de la esclavitud, de la reacción política, del armamentismo y finalmente a nuevas guerras destructoras.

DISCURSO DEL CAMARADA TROTSKY

Camarada L. Trotsky (Rusia). El camarada Albert ha dicho que el Ejército Rojo frecuentemente es objeto de discusiones en Alemania y, si he comprendido bien, también inquieta a los señores Ebert y Scheidemann en sus noches de insomnio, pues temen la irrupción amenazadora del Ejército Rojo en Prusia Oriental. En lo que respecta a la irrupción, el camarada Albert puede tranquilizar a los actuales amos de Alemania: feliz o desgraciadamente, eso depende del punto de vista que se tenga, actualmente aún no estamos allí. En todo caso, en lo que concierne a las invasiones que nos amenazan, hoy nuestra situación es mejor que en la época de la paz de Brest-Litovsk. Esto es muy cierto. En esa época, éramos niños en lo que respecta al desarrollo general del gobierno soviético como también al del Ejército Rojo. En aquella época este último aún se llamaba la Guardia Roja. Desde hace mucho tiempo ese nombre ya no existe. La Guardia Roja estaba compuesta por las primeras tropas de guerrilleros, secciones improvisadas de obreros revolucionarios que, impulsados por su espíritu revolucionario, llevaron la revolución proletaria desde Potrogrado y Moscú a todo el territorio ruso. Este período duró hasta el primer encuentro de la Guardia Roja con los regimientos alemanes regulares, donde se comprobó claramente que esos grupos improvisados no estaban en condiciones de proporcionar a la república socialista revolucionaria una verdadera protección, dado que ya no se trataba solamente de liquidar a la contrarrevolución rusa sino de rechazar a un ejército disciplinado.

Entonces comienza el cambio en el estado de ánimo de la clase obrera en relación al ejército, y también el cambio de los métodos de organización de éste. Presionados por la situación, procedimos a la formación de un ejército bien organizado, poseedor de una conciencia de clase. Pero en nuestro programa existe la milicia popular. Aunque hablar de la milicia popular, de esa reivindicación política de la democracia, en un país gobernado por la dictadura del proletariado es imposible, pues el ejército siempre está muy estrechamente ligado al carácter de la potencia que detenta el poder. La guerra, como decía el viejo Clausewitz, es la continuación de la política, pero por otros medios. Y el ejército es el instrumento de la guerra y debe corresponder a la política. El gobierno es proletario y en su composición social, el ejército debe reflejar esa realidad.

Por eso introdujimos el censo en la composición del ejército. Desde el mes de mayo del año pasado hemos pasado del ejército voluntario, de la Guardia Roja, al ejército basado en el servicio militar obligatorio, pero sólo admitimos a los proletarios o a los campesinos que no explotan mano de obra externa.

Es imposible hablar seriamente de una milicia popular en Rusia, si se considera que teníamos y aún tenemos varios ejércitos de clase enemigos en el territorio del antiguo imperio del zar. También tenemos, por ejemplo, en el territorio del Don un ejército monárquico, dirigido por oficiales cosacos, compuesto de elementos burgueses y ricos campesinos cosacos. Luego tuvimos en la región del Volga y de los Urales el ejército de la Constituyente que también era, según su concepción, el ejército “popular”, como se le llamaba. Este ejército se disolvió muy rápidamente. Esos señores de la Constituyente tuvieron la peor parte, abandonaron el campo de la democracia del Volga y de los Urales de un modo totalmente involuntario y buscaron entre nosotros la hospitalidad del gobierno soviético. El almirante Koltchak simplemente arrestó al gobierno de la Constituyente, y el ejército se convirtió en un ejército monárquico. En un país que se halla en estado de guerra civil sólo se puede construir un ejército sobre el principio de clase. Eso es lo que nosotros hemos hecho, y exitosamente.

El problema de los jefes militares nos ha planteado grandes dificultades. Evidentemente, nuestra primera preocupación era educar oficiales rojos, reclutados en las filas de la clase obrera y entre los hijos de los campesinos acomodados. Desde un comienzo procedimos a realizar este trabajo y aún aquí, ante la puerta de esta sala, ustedes pueden ver a “sargentos” rojos que en poco tiempo entrarán como oficiales rojos en el ejército soviético. Son muy numerosos, aunque no puedo dar cifras porque un secreto de guerra siempre es un secreto de guerra. El número, como decía, es bastante grande pero no podemos esperar que los jóvenes sargentos rojos se conviertan en generales rojos, pues el enemigo no va a concedernos tanto tiempo de tregua. Para tener éxito en nuestro objetivo y formar muchos hombres capaces, debimos dirigirnos también a los viejos jefes militares. Evidentemente, no elegimos nuestros oficiales en el brillante sector de los cortesanos militares sino entre los elementos más simples, donde hemos reclutado fuerzas muy capaces que nos ayudan ahora a combatir a sus antiguos colegas. Por una parte, contamos con elementos buenos y leales, componentes del antiguo cuerpo de oficiales, a los que hemos agregado buenos comunistas en función de comisarios y además con los mejores elementos surgidos de los soldados, los obreros, los campesinos, para los

puestos de mando inferiores. De este modo, hemos formado un cuerpo de oficiales rojos.

Desde que existe la República Soviética en Rusia, siempre ha sido obligada a hacer la guerra y la hace también en la actualidad. Tenemos un frente de 8.000 Km. En el sur y, en el norte, en el este y en el oeste, en todas partes nos atacan y debemos defendernos. Y Kautsky nos ha acusado también de practicar el militarismo. Ahora bien, pienso que si queremos conservar el poder en manos de los obreros, debemos defendernos seriamente. Para defendernos, debemos enseñar a los obreros a hacer uso de las armas que ellos forjan. Hemos comenzado por desarmar a la burguesía y armar a los obreros. Si eso es militarismo, entonces hemos creado nuestro militarismo socialista y perseveraremos firmemente apoyándonos en él.

Al respecto, nuestra situación en agosto pasado era muy mala. No solamente nos hallábamos cercados sino que el cerco estaba bastante próximo de Moscú. Desde entonces, hemos ampliado el cerco cada vez más y, en los últimos seis meses, el Ejército Rojo ha recuperado para la Unión Soviética no menos de 700.000 km², con una población de alrededor de cuarenta y dos millones de habitantes, dieciséis gobernaciones con dieciséis grandes ciudades en las que la clase obrera siempre llevó a cabo ásperas luchas. Y actualmente, si a partir de Moscú se traza sobre el mapa una línea en cualquier dirección y se la prolonga, se encontrará a un campesino ruso, a un obrero ruso en el frente que, en medio de la fría noche, se yergue con su fusil en la frontera de la República Soviética para defenderla.

Y puedo asegurarles que los obreros comunistas que forman realmente el núcleo de este ejército se comportan no sólo como el ejército de protección de la República socialista rusa sino también como el Ejército Rojo de la III Internacional. Y si hoy tenemos la posibilidad de brindar hospitalidad a esta conferencia comunista para agradecer a nuestros hermanos de Europa occidental la hospitalidad que nos prodigaron durante decenas de años, lo debemos a los esfuerzos y sacrificios del Ejército Rojo, en el cual los mejores camaradas de la clase obrera comunista actúan como simples soldados, como oficiales rojos o como comisarios, es decir como los representantes directos de nuestro partido, del gobierno soviético y que en cada regimiento, en cada división, dan el tono político y moral, es decir que enseñan con su ejemplo a los soldados rojos cómo se lucha y se muere por el socialismo. Entre esos hombres, estas no son palabras huecas, pues son seguidas de actos, y en esta lucha hemos perdido centenares y millares de los mejores obreros socialistas. Pienso que no han caído solamente por la República Soviética sino también por la Tercera Internacional.

Y si bien en la actualidad no pensamos invadir la Prusia oriental (por el contrario, nos sentiríamos felices si los señores Ebert y Scheidemann nos dejaran en paz) sin embargo es exacto que cuando llegue el momento en que nuestros hermanos de Occidente nos llamen en su auxilio, les responderemos: “¡Aquí estamos, durante este tiempo hemos aprendido el manejo de las armas, y estamos dispuestos a luchar y a morir por la causa de la Revolución mundial!”.

MANIFIESTO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA A LOS OBREROS DEL MUNDO

Hace 72 años el Partido Comunista proclamó su programa al mundo en la forma de un manifiesto redactado por los más grandes heraldos de la revolución proletaria, Carlos Marx y Federico Engels. Ya en esa época, cuando apenas el comunismo había comenzado su lucha, fue atacado por provocaciones, mentiras, odio, y la persecución de las clases poseedoras que, correctamente, vieron en él a su enemigo mortal. Durante tres cuartos de siglo, su desarrollo siguió caminos complejos: a períodos de alza tempestuosa, siguieron otros de decadencia; conoció los éxitos y la derrota cruel. Pero el movimiento siguió esencialmente el camino trazado por el *Manifiesto del Partido Comunista*. La etapa de la lucha final, decisiva, se retrasó más de lo que esperaban y creían los apóstoles de la revolución socialista. Pero ha llegado. Nosotros, los comunistas, representantes del proletariado revolucionario de los distintos países de Europa, América y Asia, reunidos en el Moscú soviético, nos sentimos y consideramos herederos y realizadores de la causa cuyo programa fue afirmado hace 72 años.

Nuestra tarea consiste en generalizar la experiencia revolucionaria de la clase obrera, purgar al movimiento de la mezcla corrosiva de oportunismo y socialpatriotismo, unificar los esfuerzos de todos los partidos verdaderamente revolucionarios del proletariado mundial, y así facilitar y acelerar la victoria de la revolución comunista en todo el mundo.

En la actualidad, cuando Europa está cubierta de ruinas humeantes, los más culpables de los incendiarios de la historia buscan afanosamente a los criminales responsables de la guerra, llevando a la rastra a sus lacayos:

profesores, parlamentarios, periodistas, socialpatriotas y otros apoyos políticos de la burguesía.

Durante muchos años el movimiento socialista predijo la inevitabilidad de la guerra imperialista, cuyas causas subyacen en la avaricia insaciable de las clases poseedoras de los dos bandos principales y, en general, de todos los países capitalistas. En el Congreso de Basilea dos años antes de que estallase la guerra, los dirigentes socialistas responsables de todos los países echaron, sobre las espaldas del imperialismo, la culpa de la guerra inminente, y amenazaron a la burguesía con la revolución socialista, que caería sobre su cabeza como el castigo proletario a los crímenes del militarismo. Hoy, después de la experiencia de los últimos cinco años, la historia, habiendo puesto de manifiesto los apetitos depredadores de Alemania, desenmascara los actos no menos criminales de los aliados. Los socialistas de los países de la Entente siguen a sus gobiernos respectivos para descubrir al criminal de guerra en la persona del Káiser alemán derrocado. Además, los socialpatriotas alemanes que, en agosto de 1914, hacían del libro blanco de los Hohenzollern el evangelio sagrado de las naciones, acusan ahora a su vez a esta monarquía alemana vencida, de la que fueron sus fieles servidores, de ser el principal criminal de guerra. Esperan así esconder su propio papel y a la vez conseguir los buenos oficios de los conquistadores. Pero, a la luz de los acontecimientos y de las revelaciones diplomáticas, junto con el papel de las dinastías derrocadas (los Romanov, Hohenzollern y los Habsburgos) y de las camarillas capitalistas de estos países, el papel de las clases dominantes de Francia, Inglaterra, Italia y EEUU aparece en toda su criminal magnitud a la luz de los acontecimientos producidos y de las revelaciones diplomáticas.

La diplomacia inglesa no confesó sus intenciones hasta el estallido mismo de la guerra. El gobierno de la City, obviamente, temía revelar sus propósitos de entrar en guerra al lado de la Entente, por si el gobierno de Berlín se asustaba y evitaba entrar en guerra. En Londres querían la guerra. Por eso fomentaron esperanzas en Berlín y Viena de que permanecería neutral, mientras París y Petrogrado contaban firmemente con su intervención.

Preparada por el curso de los acontecimientos a lo largo de varias décadas, la guerra estalló por la provocación británica, directa y conciente. Así, el gobierno británico calculaba proporcionar a Francia y Rusia la ayuda suficiente como para desgastar al enemigo mortal de Inglaterra, Alemania, a la vez que ellas se arruinaban. Pero el poderío del militarismo alemán resultó demasiado formidable y exigió la intervención real de Inglaterra en

la guerra. El papel al que aspiraba Gran Bretaña, siguiendo su antigua tradición, recayó sobre los EEUU.

El gobierno de Washington se resignó tanto más fácilmente al bloqueo inglés, que de algún modo limitaba las ganancias de la bolsa norteamericana alimentadas con la sangre europea, porque los países de la Entente recompensaron jugosamente a la burguesía norteamericana por violación del “derecho internacional”. Sin embargo, este gobierno se vio obligado, debido a la gran superioridad militar de Alemania, a abandonar su ficción de neutralidad. EEUU asumió, en relación al conjunto de Europa, el papel que había ejercido Inglaterra en todas las guerras previas, y que también intentó ejercer en la última, en relación al continente: debilitar a un bando haciéndolo luchar contra el otro, interviniendo en las operaciones militares sólo para aprovecharse de la situación. Según las reglas del juego norteamericanas, la apuesta de Wilson no fue muy alta, pero fue la final y, por lo tanto, le aseguró la ganancia.

Como resultado de la guerra, las consecuencias de las contradicciones del sistema capitalista asolaron a la humanidad: hambrunas, inanición, epidemias y vandalismo moral. Así se resolvió, de una vez por todas, la controversia académica en el seno del movimiento socialista acerca de la teoría de la pauperización y de la transición gradual del capitalismo al socialismo. Los pedantes propagandistas de la teoría de que las contradicciones perdían su agudeza, durante décadas habían buscado por los cuatro rincones del globo hechos reales o míticos que atestiguaran el creciente bienestar de distintos sectores y categorías de la clase obrera. Se enterró la teoría de la pauperización masiva, entre las burlas despreciativas de los eunucos del profesorado burgués y de los mandarines del oportunismo socialista. En la actualidad este empobrecimiento, no sólo social, sino también fisiológico y biológico, se nos presenta en toda su cruda realidad.

La catástrofe de la guerra imperialista barrió totalmente con todas las conquistas de las luchas sindicales y parlamentarias. Porque esta guerra fue producto de las tendencias internas del capitalismo, igual que los acuerdos económicos y compromisos parlamentarios que la guerra enterró en sangre y estiércol.

El capital financiero, que sumergió a la humanidad en el abismo de la guerra, sufrió, en el curso de esta misma guerra, un cambio catastrófico. La dependencia del papel moneda de las bases materiales de la producción, ha quedado totalmente desbaratada. Al perder progresivamente su significado de medio y regulador de la circulación mercantil capitalista, el papel

moneda se transformó en un instrumento de robo, de violencia económico-militar en general.

La desvalorización del papel moneda refleja la crisis general de la circulación mercantil capitalista. Durante las décadas que precedieron a la guerra, la libre competencia, como regulador de la producción y distribución, ya había sido barrida de los principales campos de la vida económica por el sistema de trusts y monopolios; en el curso de la guerra el papel regulador y dirigente fue arrancado de las manos de estos grupos y transferido directamente a las del poder estatal militar. La distribución de materias primas, la utilización de petróleo de Bakú o Rumania, carbón de Donbas, trigo ucraniano, el destino de las locomotoras, vagones de carga y automóviles alemanes, la racionalización de la ayuda a la Europa hambrienta, todas cuestiones fundamentales de la vida económica mundial no se regulan ya mediante la libre competencia, ni por asociaciones de trusts y consorcios nacionales e internacionales, sino mediante la aplicación directa de la fuerza militar, en aras de su preservación. Si el sometimiento total del poder estatal al poder del capital financiero llevó a la humanidad a la carnicería imperialista, a través de esta carnicería el capital financiero logró militarizar totalmente, no sólo al estado, sino a sí mismo; y ya no es capaz de cumplir sus funciones económicas básicas de otra manera que por medio de la sangre y el hierro.

Los oportunistas, que antes de la guerra mundial llamaban a los trabajadores a la moderación para efectuar la transición gradual al socialismo, y que durante la guerra, en nombre de la paz civil y la defensa nacional, exigieron docilidad a la clase, nuevamente exigen del proletariado que renuncie a sus luchas, esta vez con el propósito de superar las consecuencias terribles de la guerra. Si esta prédica prendiera en las masas trabajadoras, el desarrollo capitalista se restauraría sobre los huesos de varias generaciones, en formas nuevas, mucho más monstruosas y concentradas, con la perspectiva de otra inevitable guerra mundial. Felizmente para la humanidad, esto ya no es posible.

La estatización de la vida económica, contra la cual el capitalismo liberal tanto protestaba, ya es un hecho consumado. No hay escapatoria; es imposible volver no sólo a la libre competencia, sino también la dominación de los trusts, consorcios y demás pulpos económicos. La única cuestión planteada hoy es: ¿quién organizará la producción estatizada, el estado imperialista o el estado del proletariado victorioso?

En otras palabras: ¿seguirá la humanidad trabajadora esclavizada a las camarillas mundiales victoriosas que, bajo el signo de la Liga de las

Naciones y con la ayuda de un ejército “internacional” y de una marina “internacional” saquearán y estrangularán algunos pueblos y arrojarán migajas a otros, mientras siempre y en todas partes encadenan al proletariado con el único objetivo de mantener su dominación? ¿O la clase obrera de Europa y de los países avanzados de otras partes del mundo tomará en sus manos las ruinas de la economía para asegurar su regeneración sobre principios socialistas?

El actual período de crisis puede terminar. Lo logrará la dictadura proletaria, que no mira al pasado, que no respeta privilegios heredados ni derechos de propiedad, que toma como punto de partida las necesidades de las masas hambrientas. Con este fin, moviliza todas las fuerzas y recursos, transforma en activos a todos los miembros de la sociedad, establece un régimen de disciplina laboral, para así, en unos pocos años, sanar las heridas abiertas infligidas por la guerra y además elevar a la humanidad a alturas nuevas y sin precedentes.

El estado nacional, que impulsó poderosamente el desarrollo capitalista, limita demasiado el desarrollo futuro de las fuerzas productivas. Esto hace aún más precaria la posición de los estados pequeños, encerrados por todas las grandes potencias de Europa y desparramados por todo el resto del mundo. Estos estados pequeños, resultado de distintas fragmentaciones de los más grandes a cambio de servicios prestados y como tapones estratégicos, conservan sus propias dinastías, camarillas dominantes, pretensiones imperialistas, intrigas diplomáticas. Antes de la guerra, su independencia fantasma descansaba, al igual que el equilibrio de Europa, sobre el antagonismo ininterrumpido entre los dos campos imperialistas. La guerra ha roto este equilibrio. Al darle, al principio, enorme preponderancia a Alemania, la guerra los obligó a buscar su salvación bajo las alas magnánimas del militarismo alemán. Aplastada Alemania, los burgueses y los socialistas patrióticos de los estados respectivos se volvieron hacia el imperialismo aliado triunfante. Buscaban garantías para continuar su existencia independiente en el programa wilsoniano. Al mismo tiempo, la cantidad de estados pequeños ha aumentado; surgieron nuevos estados de divisiones de la monarquía austro-húngara, del ex imperio zarista; ni bien terminaban de nacer ya se trababan en lucha encarnizada por cuestión de fronteras. En el ínterin, los aliados imperialistas juegan con las pequeñas potencias, viejas y nuevas, ligados por el odio mismo y la impotencia común. Mientras oprimen y violan a los pueblos pequeños y débiles, mientras los condenan al hambre y a la destrucción, los aliados imperialistas, como lo hacían ayer los del Imperio Central, no dejan de hablar de la autodeterminación, que hoy se pisotea en Europa como en el resto del mundo.

Lo único que garantizará la existencia libre de los pueblos pequeños es la revolución proletaria. Ella liberará las fuerzas productivas de todos los países de los tentáculos de los estados nacionales, unificará a los pueblos en la más estrecha colaboración económica sobre la base de un plan económico común; ofrecerá a los más débiles y pequeños la oportunidad de dirigirse libre e independientemente, sin perjudicar la economía europea y mundial unificada y centralizada.

La última guerra, en gran medida colonialista, fue, a la vez, llevada a cabo con ayuda de las colonias. Las poblaciones coloniales fueron arrastradas a la guerra europea en una escala sin precedentes. Hindúes, negros, árabes y malgaches lucharon en territorios europeos. ¿En aras de qué? De su derecho a permanecer esclavos de Inglaterra y Francia. Jamás se reveló con tanta claridad la infamia del dominio capitalista de las colonias, ni se planteó con tanta nitidez el problema de la esclavitud colonial.

A partir de entonces, hubo insurrecciones abiertas, en las colonias, hoy caldo de cultivo de un gran fermento revolucionario. En la propia Europa, Irlanda muestra, en sanguinarias batallas callejeras que todavía es y se siente un país esclavizado. En Madagascar, Anan y en otras partes, los ejércitos de la república burguesa han aplastado más de una vez los alzamientos de los esclavos coloniales durante la guerra. En la India, el movimiento revolucionario no retrocede; allí se han desarrollado las huelgas obreras más grandes de Asia, que el gobierno británico enfrentó con sus *carros blindados* en las calles de Bombay.

Así, la cuestión colonial está sobre el tapete, no sólo en los mapas del congreso diplomático de París, sino también en las propias colonias. En el mejor de los casos, el programa de Wilson tiene como objetivo, en su interpretación más favorable, cambiar la etiqueta de la esclavitud colonial. La emancipación de las colonias es concebible sólo en conjunción con la emancipación de la clase obrera de las metrópolis. Los obreros y campesinos, no sólo de Anan, Argelia y Bengala, sino también de Persia y Armenia, sólo lograrán su independencia cuando los obreros de Inglaterra y Francia, habiendo derrocado a Lloyd George y a Clemenceau, hayan tomado el poder estatal en sus manos. Aún ahora, la lucha en las colonias más avanzadas, aunque se libere sólo bajo la bandera de la liberación nacional, adquiere inmediatamente un carácter social, definido con mayor o menor claridad. Si la Europa capitalista arrastró violentamente a los sectores más atrasados del mundo al torbellino de las relaciones capitalistas, la Europa socialista vendrá en ayuda de las colonias liberadas

con su tecnología, organización e influencia ideológica para facilitar su transición a una economía socialista planificada y organizada.

¡Esclavos coloniales de África y Asia! ¡La hora de la dictadura proletaria en Europa será para vosotros la de vuestra emancipación!

Todo el mundo burgués acusa a los comunistas de destruir la libertad y la democracia política. Son mentiras. Al tomar el poder, el proletariado simplemente desnuda la total ineficacia de los métodos de la democracia burguesa, y crea las condiciones y formas de una democracia obrera nueva y mucho más elevada. Todo el curso del desarrollo capitalista, sobre todo durante su etapa imperialista final, ha socavado la democracia política, no sólo dividiendo a las naciones en dos clases irreconciliablemente hostiles, sino también condenando a numerosas capas pequeño burguesas y proletarias, como ya lo había hecho con los sectores más bajos y desheredados del proletariado, al debilitamiento económico y a la impotencia política.

En aquellos países donde su desarrollo histórico lo permitió, la clase obrera utilizó la democracia burguesa para organizarse contra el capitalismo. Lo mismo ocurrirá en el futuro en aquellos países donde las condiciones para la revolución proletaria aún no han madurado. Pero las amplias capas medias urbanas y rurales son frenadas por el capitalismo, retrasándose en su desarrollo histórico en lapsos que equivalen a épocas enteras.

Al campesino de Baviera y Baden que todavía no ve más allá de las torres de la iglesia aldeana, al pequeño productor vitivinícola francés empujado a la bancarrota por los grandes capitalistas que adulteran el vino, al pequeño granjero norteamericano esquilmado y engañado por los banqueros y diputados, el régimen de la democracia política los llama, en los papeles, a tomar la dirección del estado. Pero, en la realidad, en todas las cuestiones básicas que determinan los destinos de los pueblos, la oligarquía financiera toma las decisiones a espaldas de la democracia parlamentaria. Así fue respecto a la guerra; así sucede ahora respecto a la paz.

La oligarquía financiera todavía trata de buscar en los votos parlamentarios, apoyo para sus actos de violencia. El estado burgués dispone, para lograr sus objetivos, de todos los instrumentos de mentira, demagogia, provocación, calumnia, soborno y terror heredados de siglos de opresión de clase y multiplicados por los milagros de la tecnología capitalista.

Exigirle al proletariado que cumpla devotamente con las leyes de la democracia política en el combate final, con el capitalismo, es como

exigirle a un hombre que se enfrenta a sus asesinos que cumpla con las reglas artificiales del boxeo francés, reglas que el enemigo le presenta pero no utiliza.

En este reino de destrucción, donde no sólo los medios de producción y transporte sino también la democracia política están contruidos sobre la roña y la sangre, el proletariado se ve obligado a crear su propio aparato, destinado, en primer lugar, a cimentar las ligazones internas de la clase obrera y asegurar la posibilidad de su intervención revolucionaria en el desarrollo futuro de la humanidad. Este aparato lo constituyen los soviets obreros.

Los viejos partidos, las viejas organizaciones sindicales han demostrado, a través de sus dirigentes, que son incapaces, no sólo de solucionar, sino siquiera de comprender, las tareas que plantea la etapa actual. El proletariado ha creado un nuevo tipo de organización, una organización amplia que incluye a las masas trabajadoras independientemente de su oficio o del nivel de desarrollo político alcanzado; un aparato flexible que permite la renovación y extensión constantes, capaz de atraer a su órbita a nuevas capas, que abre sus puertas de par en par a los trabajadores de la ciudad y el campo ligados al proletariado. Esta organización irremplazable de la clase obrera gobernándose a sí misma, de lucha por la conquista del poder, ha sido probada ya en varios países y constituye la conquista y arma más poderosas con que cuenta el proletariado en nuestra época.

En todos los países donde las masas trabajadores han alcanzado un alto nivel de conciencia, se están construyendo y se seguirá haciéndolo, soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. Fortalecerlos, incrementar su autoridad, contraponerlos al aparato estatal de la burguesía: ésta es hoy la tarea más importante de los obreros honestos y con conciencia de clase de todos los países. Por medio de los soviets, la clase obrera puede salvarse de la descomposición que siembran en su seno los sufrimientos infernales de la guerra, el hambre, la violencia de las clases poseedoras y la traición de sus dirigentes. La clase obrera podrá llegar al poder con mayor facilidad y seguridad en aquellos países donde los soviets sean capaces de reunir alrededor de ellos a la mayoría de los trabajadores. Y a través de ellos el proletariado, ya conquistado el poder, ejercerá su dominio sobre todas las esferas de la vida económica y cultural del país, como ocurre actualmente en Rusia.

El estado imperialista, desde el zarista a los más democráticos, se está hundiendo simultáneamente con el sistema militar imperialista. Los inmensos ejércitos movilizados por el imperialismo sólo podrán

mantenerse en tanto que el proletariado permanezca atado al yugo de la burguesía. La ruptura de la unidad nacional significa la inevitable liquidación del ejército. Esto ocurrió primero en Rusia, luego en Alemania y Austria-Hungría. Lo mismo puede esperarse en otros países imperialistas. El campesino que se rebela contra el gran terrateniente, el obrero que se alza contra el capitalista, y ambos luchando contra la burocracia monárquica o “democrática”, provocan inevitablemente la insubordinación de los soldados y luego una profunda ruptura entre los elementos proletarios y burgueses del ejército. La guerra imperialista, que lanzó una nación contra la otra, cede paso a la guerra civil de clase contra clase.

Las lamentaciones del mundo burgués contra la guerra civil y contra el Terror Rojo representan la más monstruosa hipocresía conocida en toda la historia de las luchas políticas. No habría guerra civil si la camarilla de explotadores que llevaron a la humanidad al borde mismo de la ruina no resistieran cada avance de las masas, si no organizaran conspiraciones y asesinatos, si no pidieran ayuda armada al exterior para mantener o restaurar sus privilegios de ladrones.

Los enemigos mortales de la clase obrera le imponen la guerra civil. Esta no puede dejar de devolver golpe por golpe sin renunciar a sí misma y a su propio futuro, que es el de toda la humanidad. Los partidos comunistas jamás provocan la guerra civil artificialmente. Más aún, tratan de abreviarla en lo posible cuando ésta se hace una necesidad ineludible; buscan reducir al mínimo el número de víctimas y, sobre todo, asegurar la victoria del proletariado. De aquí surge la necesidad de desarmar oportunamente a la burguesía, de armar a los obreros en el momento debido, de crear el ejército comunista, para defender el poder obrero y preservar su estructura socialista. Así actúa el Ejército Rojo de la Rusia Soviética, que surgió como el baluarte de las conquistas de la clase obrera contra los ataques de adentro y de afuera. El ejército soviético es inseparable del estado soviético.

Comprendiendo el carácter internacional de sus tareas, los obreros avanzados han tratado, desde los inicios del movimiento socialista, de unificarlo a escala mundial. La Primera Internacional comenzó este trabajo en Londres en 1864. La guerra franco-prusiana, de la que surgió la Alemania de los Hohenzollern, terminó con la Primera Internacional y al mismo tiempo impulsó el desarrollo de los partidos obreros nacionales. En 1889, estos partidos se reunieron en el Congreso de París y crearon la organización de la Segunda Internacional. Pero el centro de gravedad del movimiento obrero en este período permaneció totalmente dentro del marco de los estados nacionales, estructurándose sobre las industrias de

cada país, y en la actividad parlamentaria nacional. Las décadas de actividad organizativa reformista produjeron toda una generación de dirigentes, la mayoría de los que reconocían, de palabra, el programa de la revolución social, pero de hecho renunciaba al mismo, empantanándose en el reformismo, en una adaptación dócil al estado burgués. El carácter oportunista de los partidos dirigentes de la Segunda Internacional ha quedado totalmente al descubierto, lo que llevó al colapso más grande de la historia mundial, en un momento en que la marcha de los acontecimientos históricos exigían a los partidos obreros métodos de lucha revolucionarios. La guerra de 1870 golpeó a la Primera Internacional, puso al descubierto que no había una fuerza de masas apoyando su programa socialrevolucionario. La de 1914 liquidó a la Segunda Internacional, demostró que las organizaciones más poderosas de las masas trabajadoras estaban dominadas por partidos que se habían transformado en órganos auxiliares del estado burgués.

No nos referimos sólo a los socialpatriotas que se pasaron clara y abiertamente al campo de la burguesía, que se convirtieron en sus embajadores y hombres de confianza, y en los mejores verdugos de la clase obrera. También estamos hablando de la tendencia amorfa e inestable del “Centro Socialista”, que busca resucitar a la Segunda Internacional, revivir la estrechez, el oportunismo, la impotencia revolucionaria de sus dirigentes. El Partido Independiente de Alemania, la actual mayoría del Partido Socialista de Francia, el Grupo Menchevique de Rusia, el Partido Laborista Independiente de Inglaterra y otros grupos similares, tratan de ocupar el lugar que antes de la guerra les pertenecía a los viejos partidos oficiales de la Segunda Internacional. Reivindican el compromiso y el conciliacionismo; con todos los medios a su disposición, paralizan la energía del proletariado, prolongando la crisis y multiplicando las calamidades de Europa. La lucha contra el Centro Socialista es premisa indispensable para lograr la victoria contra el imperialismo.

Dando la espalda a la cobardía, las mentiras y la corrupción de los Partidos Socialistas oficiales perimidos, nosotros los comunistas, reunidos en la Tercera Internacional, nos consideramos los continuadores directos de las heroicos intentos y martirios de una larga serie de generaciones revolucionarias, desde Babeuf hasta Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo.

La Primera Internacional anunció el curso futuro de los acontecimientos e indicó el camino. La Segunda reunió y organizó a millones de trabajadores. Pero la Tercera es la Internacional de la acción de masas abierta, la Internacional de la realización revolucionaria, la Internacional del hecho.

El orden burgués mundial ya ha sido suficientemente denunciado por la crítica socialista. La tarea del Partido Comunista Internacional consiste en derrocar este orden y erigir, en su lugar, el orden socialista. Llamamos a los obreros y obreras de todos los países a unirse bajo la bandera comunista, que ya es la bandera de las primeras grandes victorias proletarias en todos los países. ¡Uníos en la lucha contra la barbarie imperialista, contra monarquía y las clases privilegiadas, contra el estado burgués y la propiedad burguesa, contra todos los aspectos y todas las formas de la opresión de las clases o de las naciones!

Proletarios de todos los países, uníos bajo la bandera de los soviets obreros, de la lucha revolucionaria por el poder y de la dictadura del proletariado.

SEGUNDO CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Julio 1920

ESTATUTOS DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

En 1864 fue fundada en Londres la primera Asociación Internacional de Trabajadores, la primera Asociación Internacional. Los estatutos de esta asociación decían:

“Considerando:

Que la emancipación de la clase obrera debe ser lograda sólo por la clase obrera;

Que la lucha por esta emancipación de ningún modo significa una lucha por la creación de nuevos privilegios de clase y de monopolios sino que se trata de una lucha por el establecimiento de la igualdad de derechos y deberes y por la supresión de toda dominación de clase;

Que la sumisión del hombre al trabajo bajo el régimen de los poseedores de los medios de producción (es decir de todos los recursos vitales) y la esclavitud bajo todas sus formas son las causas principales de la miseria social, de la degradación moral y de la dependencia política;

Que la emancipación económica de la clase obrera es en todas partes el objetivo esencial al que todo movimiento político debe ser subordinado como un medio;

Que todos los esfuerzos tendientes a lograr ese gran objetivo fracasaron a causa de la falta de solidaridad entre los trabajadores de los diferentes sectores de trabajo en cada país y de una alianza fraterna entre los trabajadores de los diferentes países;

Que la emancipación no es un problema local o nacional sino un problema social de todos los países donde existe el régimen social moderno y cuya solución depende de la colaboración teórica y práctica de los países más avanzados; que la renovación actual simultánea del movimiento obrero en

los países industriales de Europa despierta en nosotros por un lado nuevas esperanzas pero por el otro significa una solemne advertencia para no caer en viejos errores, y nos convoca a la coordinación inmediata del movimiento que hasta ahora no era coherente...”

La II Internacional, fundada en 1889 en París, fue la encargada de continuar la obra de la I Internacional. Pero en 1914, al comienzo de la guerra mundial, sufrió un crac total. La II Internacional murió, corroída por el oportunismo y abatida por la traición de sus jefes, que se pasaron al campo de la burguesía.

La III Internacional Comunista, fundada en marzo de 1919 en la capital de la República Socialista Federativa de los Soviets, en Moscú, declaró solemnemente a la faz del mundo que ella se encargaba de proseguir y acabar la gran obra emprendida por la I Internacional de los Trabajadores.

La III Internacional comunista se constituyó al final de la matanza imperialista de 1914-1918, durante la cual la burguesía de los diversos países sacrificó veinte millones de vidas.

¡Acuérdate de la guerra imperialista! Estas son las primeras palabras que la Internacional Comunista dirige a cada trabajador, cualquiera que sea su origen y su lengua. ¡Recuerda que, debido a la existencia del régimen capitalista, un puñado de imperialistas tuvo durante cuatro largos años la posibilidad de obligar a todos los trabajadores del mundo a degollarse! ¡Recuerda que la guerra burguesa sumió a Europa y al mundo entero en el hambre y la indigencia! ¡Recuerda que sin la liquidación del capitalismo, la repetición de esas guerras criminales no sólo es posible sino inevitable!

La Internacional comunista se fija como objetivo la lucha armada por la liquidación de la burguesía internacional y la creación de la república internacional de los soviets, primera etapa en la vía de la supresión total de todo régimen gubernamental. La Internacional Comunista considera la dictadura del proletariado como el único medio disponible para sustraer a la humanidad de los horrores del capitalismo. Y la Internacional Comunista considera al poder de los soviets como la *forma* de dictadura del proletariado que impone la historia.

La guerra imperialista creó un vínculo particularmente estrecho entre los destinos de los trabajadores de un país y los del proletariado de todos los otros países.

La guerra imperialista confirmó una vez más la veracidad de lo que podía leerse en los estatutos de la I Internacional: la emancipación de los trabajadores no es una tarea local ni nacional sino una tarea social e *internacional*.

La Internacional Comunista rompe para siempre con la tradición de la II Internacional para la cual, en los hechos, sólo existían los pueblos de raza blanca. La Internacional Comunista fraterniza con los hombres de raza blanca, amarilla, negra, con los trabajadores de toda la tierra.

La Internacional comunista apoya, integralmente y sin reservas, las conquistas de la gran revolución proletaria en Rusia, de la primera revolución socialista de la historia que resultara victoriosa e invita a los proletarios del mundo a marchar por el mismo camino. La Internacional Comunista se compromete a sostener por todos los medios a su alcance a toda república socialista que sea creada en cualquier lugar de la tierra.

La Internacional Comunista no ignora que, para conseguir la victoria, la Asociación Internacional de los Trabajadores, que combate por la abolición del capitalismo y la instauración del comunismo, debe contar con una organización fuertemente centralizada. El mecanismo organizado de la Internacional Comunista debe asegurar a los trabajadores de cada país la posibilidad de recibir en todo momento, por parte de los trabajadores organizados de otros países, toda la ayuda posible.

Una vez considerado lo que antecede, la Internacional Comunista adopta los siguientes estatutos:

Artículo 1º.- La Nueva Internacional de los Trabajadores es fundada con el objetivo de organizar una acción conjunta del proletariado de los diversos países, tendiente a un solo fin: la liquidación del capitalismo, el establecimiento de la dictadura del proletariado y de una república internacional de los soviets que permitirán abolir totalmente las clases y realizar el socialismo, primer grado de la sociedad comunista.

Artículo 2º.- La nueva Asociación Internacional de los Trabajadores adopta el nombre de *Internacional Comunista*.

Artículo 3º.- Todos los partidos y organizaciones afiliadas a la Internacional Comunista llevan el nombre de Partido Comunista de tal o cual país (sección de la Internacional Comunista).

Artículo 4°.- La instancia suprema de la Internacional Comunista es el Congreso mundial de todos los partidos y organizaciones afiliadas. El Congreso mundial sanciona los programas de los diferentes partidos que adhieren a la Internacional Comunista. Examina y resuelve los problemas esenciales programáticos y tácticos relativos a la actividad de la Internacional Comunista. El número de votos deliberativos que en el Congreso mundial corresponderán a cada partido u organización, será fijado por una decisión especial del Congreso. Además, es indispensable determinar, lo más rápidamente posible, las normas de representación, basándose en el número efectivo de los miembros de cada organización y teniendo en cuenta la influencia real del partido.

Artículo 5°.- El Congreso internacional elige un Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que se convierte en la instancia suprema de la Internacional Comunista durante los intervalos que separen las sesiones del Congreso mundial.

Artículo 6°.- La sede del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista será designada, en cada nueva sesión, por el Congreso mundial.

Artículo 7°.- El Congreso mundial extraordinario de la Internacional Comunista puede ser convocado ya sea por decisión del Comité Ejecutivo o a solicitud de la mitad del número total de los partidos afiliados en el último Congreso mundial.

Artículo 8°.- El trabajo principal y la gran responsabilidad, en el seno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, incumbe principalmente al Partido Comunista del país donde el Congreso mundial ha fijado la sede del Comité Ejecutivo. El Partido Comunista de ese país tiene por lo menos cinco representantes con votos deliberativos en el Comité Ejecutivo. Además, cada uno de los llamados doce partidos comunistas más importantes tiene un representante con voto deliberativo en el Comité Ejecutivo. La lista de esos partidos es sancionada por el Congreso mundial. Los otros partidos u organizaciones tienen el derecho de delegar ante el Comité representativo (a razón de uno por organización) con voto consultivo.

Artículo 9°.- El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista dirige en el intervalo que separa las sesiones de los Congresos todos los trabajos de la Internacional Comunista, publica, en cuatro lenguas por lo menos un órgano central (la revista *La Internacional Comunista*), publica los manifiestos que juzga indispensables en nombre de la Internacional Comunista y da a todos los partidos y organizaciones afiliadas

instrucciones con fuerza de ley. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tiene el derecho de exigir a los partidos afiliados la exclusión de los grupos o individuos que hayan transgredido la disciplina proletaria. Puede exigir la expulsión de los partidos que violen las decisiones del Congreso mundial. Esos partidos tienen el derecho de apelar al Congreso mundial. En caso de necesidad, el Comité Ejecutivo organizará, en los diferentes países, secretarías auxiliares técnicas o de otro tipo que le estarán totalmente subordinadas.

Artículo 10°.- El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tiene el derecho de cooptar, acordándoles votos consultivos, a los representantes de las organizaciones y de los partidos no admitidos en la Internacional Comunista pero que simpatizan con el comunismo.

Artículo 11°.- Los órganos de la prensa de todos los partidos y organizaciones afiliadas a la Internacional Comunista o que simpatizan con ella, deben publicar todos los documentos oficiales de la Internacional Comunista y de su Comité Ejecutivo.

Artículo 12°.- La situación general en Europa y en América impone a los comunistas la obligación de crear, paralelamente a sus organizaciones legales, organizaciones secretas. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tiene el deber de vigilar la observancia de este artículo de los estatutos.

Artículo 13°.- Es norma que todas las relaciones políticas que presentan una cierta importancia entre los diferentes partidos afiliados a la Internacional Comunista tengan por intermediario al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. En caso de urgencia, esas relaciones pueden ser directas a condición de que el Comité Ejecutivo de la Internacional sea informado.

Artículo 14°.- Los sindicatos que han optado por el comunismo y que forman grupos internacionales bajo el control del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, constituyen una sección sindical de la Internacional Comunista. Los sindicatos comunistas envían sus representantes al Congreso mundial de la Internacional Comunista por intermedio del Partido comunista de su país. La sección sindical de la Internacional Comunista delega a uno de sus miembros ante el Comité Ejecutivo, donde tiene voz deliberativa. El Comité Ejecutivo tiene el derecho de delegar, ante la sección sindical de la Internacional Comunista, un representante con voto deliberativo.

Artículo 15°.- La Unión Internacional de la Juventud Comunista está subordinada a la Internacional Comunista y a su Comité ejecutivo. Delega un representante de su Comité Ejecutivo al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, donde tiene voto deliberativo. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tiene la facultad de delegar ante el Comité Ejecutivo de la Unión de la Juventud un representante con voto deliberativo. Las relaciones mutuas existentes entre la Unión de la Juventud y el Partido Comunista, en cuanto que organizaciones, en cada país están basadas en el mismo principio.

Artículo 16°.- El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista resolverá la designación de un secretario del movimiento feminista internacional y organizará una sección de Mujeres Comunistas de la Internacional.

Artículo 17°.- Todo miembro de la Internacional Comunista que se traslade de un país a otro, será fraternalmente recibido en éste por los miembros de la III Internacional.

CONDICIONES DE ADMISIÓN DE LOS PARTIDOS EN LA INTERNACIONAL COMUNISTA

El Primer Congreso constituyente de la Internacional Comunista no elaboró las condiciones precisas de admisión de los partidos en la III Internacional. En la época en que se desarrolló su primer congreso, en la mayoría de los países sólo existían tendencias y grupos comunistas.

El Segundo Congreso de la Internacional Comunista se reúne bajo otras condiciones. En la mayoría de los países existen ahora, en lugar de tendencias y grupos, partidos y organizaciones comunistas.

Cada vez con mayor frecuencia, partidos y grupos que hasta hace poco pertenecían a la II Internacional y que ahora querrían adherirse a la Internacional Comunista se dirigen a ella sin por eso haberse convertido verdaderamente en comunistas. La II Internacional está irremediabilmente derrotada. Los partidos intermedios y los grupos del “centro”, considerando desesperada su situación, se esfuerzan en apoyarse en la Internacional Comunista, cada día más fuerte, esperando conservar, sin embargo, una “autonomía” que les permitiría proseguir su antigua política oportunista o “centrista”. En cierta forma, la Internacional Comunista está de moda.

El deseo de algunos grupos dirigentes del “centro” de adherirse a la III Internacional nos confirma indirectamente que la Internacional Comunista ha conquistado las simpatías de la gran mayoría de los trabajadores conscientes de todo el mundo y constituye una fuerza que crece constantemente.

La Internacional Comunista está amenazada por la invasión de grupos vacilantes e indecisos que aún no han podido romper con la ideología de la II Internacional.

Además, ciertos partidos importantes (italiano, sueco) cuya mayoría se adhiere a las tesis comunistas, conservan todavía en su seno a numerosos elementos reformistas y socialpacifistas que sólo esperan la ocasión para recuperarse, y sabotear activamente la revolución proletaria, yendo así en ayuda de la burguesía y de la II Internacional.

Ningún comunista debe olvidar las lecciones de la República de los Soviets húngara. La unión de los comunistas húngaros con los reformistas le costó caro al proletariado húngaro.

Es por ello que el 2º Congreso internacional considera su deber determinar de manera precisa las condiciones de admisión de los nuevos partidos e indicar a los partidos ya afiliados las obligaciones que les incumben.

El 2º Congreso de la Internacional Comunista decide que las condiciones para la admisión en la Internacional son las siguientes:

1.- La propaganda y la agitación diarias deben tener un carácter efectivamente comunista y adecuarse al programa y a las decisiones de la III Internacional. Todos los órganos de la prensa del partido deben estar redactados por comunistas de firmes convicciones que hayan expresado su devoción por la causa del proletariado. No es conveniente hablar de dictadura proletaria como si se tratase de una fórmula aprendida y corriente. La propaganda debe ser hecha de manera tal que su necesidad surja para todo trabajador, para toda obrera, para todo campesino, para todo soldado, de los hechos mismos de la vida cotidiana, sistemáticamente puestos de relieve por nuestra prensa. La prensa periódica o de otro tipo y todos los servicios de ediciones deben estar totalmente sometidos al Comité Central del partido, ya sea éste legal o ilegal. Es inadmisibles que los órganos de publicidad abusen de su autonomía para llevar a cabo una política no conforme con la del partido. En las columnas de la prensa, en las reuniones públicas, en los sindicatos, en las cooperativas, en todas partes donde los partidos de la III Internacional tengan acceso, deberán

criticar no solamente a la burguesía sino también a sus cómplices, los reformistas de toda clase.

2.- Toda organización deseosa de adherir a la Internacional Comunista debe regular y sistemáticamente separar de los puestos, aunque sean de poca responsabilidad, en el movimiento obrero (organizaciones de partido, redacciones, sindicatos, fracciones parlamentarias, cooperativas, municipalidades) a los reformistas y “centristas” y remplazarlos por comunistas probados, sin temor a tener que remplazar, sobre todo al comienzo, a militantes experimentados por trabajadores provenientes de las bases.

3.- En casi todos los países de Europa y América, la lucha de clases entra en el período de lucha civil. Bajo esas condiciones, los comunistas no pueden fiarse de la legalidad burguesa. Es su deber crear en todas partes, paralelamente a la organización legal, un organismo clandestino, capaz de cumplir en el momento decisivo con su deber hacia la revolución. En todos los países donde, a consecuencia del estado de sitio de una ley de excepción, los comunistas no tienen la posibilidad de desarrollar legalmente toda su acción, la concomitancia de la acción legal y de la acción ilegal es indudablemente necesaria.

4.- El deber de propagar las ideas comunistas implica la necesidad absoluta de llevar a cabo una propaganda y agitación sistemáticas y perseverantes entre las tropas. En los lugares donde la propaganda abierta presente dificultades a consecuencia de las leyes de excepción, debe ser realizada ilegalmente. Negarse a hacerlo constituiría una traición al deber revolucionario y, en consecuencia, incompatible con la afiliación a la III Internacional.

5.- Es necesaria una agitación racional y sistemática en el campo. La clase obrera no puede triunfar si no es apoyada al menos por un sector de los trabajadores del campo (jornaleros agrícolas y campesinos pobres) y si no ha neutralizado con su política al menos a un sector del campo atrasado. La acción comunista en el campo adquiere en este momento una importancia capital y debe ser principalmente producto de la acción de los obreros comunistas en contacto con el campo. Negarse a realizarla o confiarla en manos de semireformistas dudosos significa renunciar a la revolución proletaria.

6.- Todo partido deseoso de pertenecer a la III Internacional debe denunciar tanto al socialpatriotismo confeso como al socialpacifismo hipócrita y falso; se trata de demostrar sistemáticamente a los trabajadores que sin la

liquidación revolucionaria del capitalismo, ningún tribunal de arbitraje internacional, ningún debate sobre la reducción de armamentos, ninguna reorganización “democrática” de la Liga de las Naciones pueden preservar a la humanidad de las guerras imperialistas.

7.- Los partidos deseosos de pertenecer a la Internacional Comunista deben reconocer la necesidad de una ruptura total y definitiva con el reformismo y la política centrista y preconizar esa ruptura entre los miembros de las organizaciones. La acción comunista consecuente sólo es posible a ese precio.

La Internacional Comunista exige imperativamente y sin discusión esta ruptura que debe ser consumada en el menor plazo posible. La Internacional Comunista no puede admitir que reformistas reconocidos como Turati, Kautsky, Hilferding, Longuet, MacDonald, Modigliani y otros, tengan el derecho a ser considerados como miembros de la III Internacional y estén representados en ella. Semejante estado de cosas haría asemejar demasiado la III Internacional con la II.

8.- En el problema de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, los partidos de los países cuya burguesía posee colonias u oprime a otras naciones deben tener una línea de conducta particularmente clara. Todo partido perteneciente a la III Internacional tiene el deber de denunciar implacablemente las proezas de “sus” imperialistas en las colonias, de sostener, no con palabras sino con hechos, todo movimiento de emancipación en las colonias, de exigir la expulsión de las colonias de los imperialistas de la metrópoli, de despertar en el corazón de los trabajadores del país sentimientos verdaderamente fraternales hacia la población trabajadora de las colonias y las nacionalidades oprimidas y llevar a cabo entre las tropas metropolitanas una continua agitación contra toda opresión de los pueblos coloniales.

9.- Todo partido que desee de pertenecer a la Internacional Comunista debe llevar a cabo una propaganda perseverante y sistemática en los sindicatos, cooperativas y otras organizaciones de masas obreras. Deben ser formados grupos comunistas cuyo trabajo tenaz y constante conquistará a los sindicatos para el comunismo. Su deber consistirá en revelar en todo momento la traición de los socialpatriotas y las vacilaciones del “centro”. Esos grupos comunistas deben estar totalmente subordinados al conjunto del partido.

10.- Todo partido perteneciente a la Internacional Comunista debe combatir con energía y tenacidad a la “Internacional” de los sindicatos amarillos

fundada en Ámsterdam. Deben difundir constantemente en los sindicatos obreros la idea de la necesidad de la ruptura con la Internacional amarilla de Ámsterdam. Además, debe apoyar con toda su fuerza a la unión internacional de los sindicatos rojos adherida a la Internacional Comunista.

11.- Los partidos deseosos de pertenecer a la Internacional Comunista tienen como deber revisar la composición de sus fracciones parlamentarias, separar a los elementos dudosos, someterlos, no con palabras sino con hechos, al Comité Central del partido, exigir de todo diputado comunista la subordinación de toda su actividad a los verdaderos intereses de la propaganda revolucionaria y de la agitación.

12.- Los partidos pertenecientes a la Internacional Comunista deben ser organizados sobre el principio del centralismo democrático. En una época como la actual, de guerra civil encarnizada, el Partido Comunista sólo podrá desempeñar su papel si está organizado del modo más centralizado posible, si se mantiene una disciplina de hierro quasi militar y si su organismo central está provisto de amplios poderes, ejerce una autoridad incuestionable y cuenta con la confianza unánime de los militantes.

13.- Los partidos comunistas de los países donde los comunistas militan legalmente deben proceder a depuraciones periódicas de sus organizaciones con el objeto de separar a los elementos interesados o pequeñoburgueses.

14.- Los partidos que deseen de pertenecer a la Internacional comunista deben apoyar sin reservas a todas las repúblicas soviéticas en sus luchas con la contrarrevolución. Deben preconizar incansablemente la negativa de los trabajadores a transportar las municiones y los equipos destinados al enemigo de las repúblicas soviéticas y proseguir, ya sea legal o ilegalmente, la propaganda entre las tropas enviadas a combatir a dichas repúblicas.

15.- Los partidos que conservan hasta ese momento los antiguos programas socialdemócratas deben revisarlos sin demora y elaborar un nuevo programa comunista adaptado a las condiciones especiales de su país y concebido de acuerdo con el espíritu de la Internacional Comunista. Es obligatorio que los programas de los partidos afiliados a la Internacional Comunista sean confirmados por el Congreso internacional y por el Comité Ejecutivo. En el caso que este último niegue su aprobación a un partido, éste podrá apelar al Congreso de la Internacional Comunista.

16.- Todas las decisiones de los congresos de la Internacional Comunista, así como las del Comité Ejecutivo, son obligatorias para todos los partidos

afiliados a la Internacional Comunista. Al actuar en períodos de lucha civil encarnizada, la Internacional Comunista y su Comité Ejecutivo deben tener en cuenta condiciones de lucha muy variadas en los diversos países y sólo adoptar resoluciones generales y obligatorias en los problemas donde ello sea posible.

17.- De acuerdo con lo que precede, todos los partidos adherentes a la Internacional Comunista deben modificar su nombre. Todo partido que desee adherirse a la Internacional Comunista debe llamarse: Partido Comunista de... (sección de la III Internacional Comunista). Este problema de nominación no es una simple formalidad sino que también tiene una importancia política considerable. La Internacional Comunista declaró una guerra sin cuartel al viejo mundo burgués y a todos los antiguos partidos socialdemócratas amarillos. Es fundamental que la diferencia entre los partidos comunistas y los viejos partidos “socialdemócratas” o “socialistas” oficiales que vendieron la bandera de la clase obrera sea más neta a los ojos de todo trabajador.

18.- Todos los órganos dirigentes de la prensa de los partidos de todos los países están obligados a imprimir los documentos oficiales importantes del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

19.- Todos los partidos pertenecientes a la Internacional Comunista, o que soliciten su adhesión, están obligados a convocar, lo más rápidamente posible, en un plazo de cuatro meses a partir del 2º Congreso de la Internacional Comunista a más tardar, un Congreso Extraordinario a fin de pronunciarse sobre estas condiciones. Los comités centrales deben controlar que las decisiones del 2º Congreso de la Internacional Comunista sean conocidas por todas las organizaciones locales.

20.- Los partidos que deseen mantener su adhesión a la III Internacional pero que aún no han modificado radicalmente su antigua táctica, deben previamente controlar que los 2/3 de los miembros de su Comité Central y de las instituciones centrales más importantes estén compuestos por camaradas que ya antes del 2º Congreso se pronunciaron abiertamente por la adhesión del partido a la III Internacional. Algunas excepciones pueden ser hechas con la aprobación del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. El Comité Ejecutivo se reserva el derecho a hacer excepciones con los representantes de la tendencia centrista mencionados en el párrafo 7.

21.- Los adherentes al partido que rechacen las condiciones y las tesis establecidas por la Internacional Comunista deben ser excluidos del partido. Lo mismo ocurrirá con los delegados al Congreso Extraordinario.

LAS TAREAS FUNDAMENTALES DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

1.- El momento actual del desarrollo del movimiento comunista internacional está caracterizado por el hecho de que, en todos los países capitalistas, los mejores representantes del movimiento proletario han comprendido perfectamente los principios fundamentales de la Internacional Comunista, es decir la dictadura del proletariado y el gobierno de los Soviets, y se han unido a sus filas con entusiástica adhesión. Más importante todavía es el hecho que las más amplias masas del proletariado de las ciudades y de los trabajadores desarrollados del campo manifiestan su simpatía sin reservas hacia esos principios esenciales. Esto constituye un gran paso adelante.

Por otra parte, se han puesto en evidencia dos limitaciones o debilidades del movimiento comunista internacional, que crece con una rapidez extraordinaria. Una de ellas, muy grave y que presenta un gran peligro inmediato para la causa de la liberación del proletariado, consiste en que ciertos antiguos líderes, determinados viejos partidos de la II Internacional, en parte inconscientemente presionados por las masas, en parte conscientemente (y entonces engañándolas para conservar su antigua situación de agentes y auxiliares de la burguesía en el seno del movimiento obrero) anuncian su adhesión condicional o sin reservas a la III Internacional pero permaneciendo, en los hechos, en todo su trabajo práctico cotidiano, al nivel de la II Internacional. Esta situación es absolutamente inadmisibles. Introduce entre las masas un elemento de corrupción, impide la formación o el desarrollo de un Partido Comunista fuerte, cuestiona el respeto debido a la III Internacional amenazándola con la reiniciación de traiciones semejantes a las de los socialdemócratas húngaros apresuradamente disfrazados de comunistas. Otro defecto, mucho menos importante y que es más bien una enfermedad de crecimiento del movimiento, es la tendencia “izquierdista” que conduce a una apreciación errónea del papel y de la misión del partido con relación a la clase obrera y a la masa y de la obligación para los revolucionarios comunistas de militar en los parlamentos y en los sindicatos reaccionarios.

El deber de los comunistas no es callar las debilidades de su movimiento sino criticarlo abiertamente a fin de librarse de esas debilidades rápida y radicalmente. Con este objetivo, es importante ante todo definir, de acuerdo con nuestra experiencia práctica, el contenido de las nociones de *dictadura del proletariado* y *de poder de los soviets*. En segundo lugar, en qué puede y debe consistir en todos los países el trabajo preparatorio, inmediato y sistemático tendiente a la realización de esas consignas y, en tercer lugar, qué vías y medios nos permiten hacer que nuestro movimiento supere esas debilidades.

I

LA ESENCIA DE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO Y DEL PODER DE LOS SOVIETS

2.- La victoria del socialismo, primera etapa del comunismo, sobre el capitalismo exige el cumplimiento por parte del proletariado, la única clase realmente revolucionaria, de las tres tareas siguientes.

La primera consiste en derrocar a los explotadores y, en primer lugar, a la burguesía, su representante económica y política principal. Se trata de infligirles una derrota total, de romper su resistencia, de hacer imposible por su parte todo intento de restauración del capital y de la esclavitud asalariada.

La segunda consiste en atraer tras la vanguardia del proletariado revolucionario, de su Partido Comunista, no solamente a todo el proletariado sino también a toda la masa de trabajadores explotados por el capital, esclarecerlos, organizarlos, educarlos, disciplinarlos en el mismo curso de la lucha despiadada y sin temor contra los explotadores, a arrancar en todos los países capitalistas esta aplastante mayoría de la población a la burguesía, a inspirarle en la práctica confianza en el papel de dirigente del proletariado, de su vanguardia revolucionaria.

La tercera consiste en neutralizar o reducir a la impotencia a los inevitables vacilantes entre el proletariado y la burguesía, entre la democracia burguesa y el poder de los soviets, de la clase de pequeños propietarios rurales, industriales y negociantes aún bastante numerosos aunque sólo forman una minoría de la población y de las categorías de intelectuales, de empleados, etc., que inciden alrededor de esta clase.

La primera y la segunda tarea exigen, cada una de ellas, métodos de acción particulares con respecto a los explotados y a los explotadores. La tercera deriva de las dos primeras. Sólo exige una aplicación, hábil, flexible y

oportuna de los métodos aplicados para las primeras, se trata de adaptarlos a las circunstancias concretas.

3.- En la coyuntura actual, creada en todo el mundo, y sobre todo en los países capitalistas más desarrollados, más poderosos, más ilustrados, más libres, por el militarismo, el imperialismo, la opresión de las colonias y de los países débiles, la matanza imperialista mundial y la “paz” de Versalles, el pensamiento de una pacífica sumisión de la mayoría de los explotados ante los capitalistas y de una evolución apacible hacia el socialismo no es solamente un signo de mediocridad burguesa sino también un engaño, la simulación de la esclavitud del asalariado, la deformación de la verdad a los ojos de los trabajadores. La verdad es que la burguesía más ilustrada, la más democrática no retrocede ante la masacre de millones de obreros y campesinos con el único fin de salvar la propiedad privada de los medios de producción. La liquidación de la burguesía por medio de la violencia, la confiscación de sus propiedades, la destrucción de su mecanismo de estado, parlamentario, judicial, militar, burocrático, administrativo, municipal, etc. hasta el exilio y/o la internación de todos los explotadores más peligrosos y obstinados, sin excepción, el ejercicio de una estricta vigilancia para reprimir los intentos, que no faltarán, de restaurar la esclavitud capitalista, tales son las medidas que pueden asegurar el sometimiento real de toda la clase de explotadores.

Por otra parte, la idea muy común en los viejos partidos y en los líderes de la II Internacional de que la mayoría de los trabajadores y de los explotados puede en el régimen capitalista, bajo el yugo esclavista de la burguesía (que reviste formas infinitamente variadas tanto más refinadas y a la vez más crueles y despiadadas a medida que el país capitalista es más culto) adquirir una plena conciencia socialista, firmeza socialista, convicciones y fuerza, esta idea, decimos nosotros, engaña también a los trabajadores. En realidad, sólo después de que la vanguardia proletaria, sostenida por la única clase revolucionaria o por su mayoría, haya derrotado a los explotadores, serán liberados los explotados de sus servidumbres e inmediatamente mejoradas sus condiciones de existencia en detrimento de los capitalistas expropiados. Sólo entonces, y al precio de la más dura guerra civil, la educación, la instrucción, la organización de las grandes masas explotadas podrá realizarse alrededor del proletariado, bajo su influencia y su dirección, y sólo así será posible vencer su egoísmo, sus vicios, sus debilidades, su falta de cohesión, que se derivan del régimen de la propiedad privada y transformarlos en una vasta asociación de trabajadores libres.

4.- El éxito de la lucha contra el capitalismo exige una justa relación de fuerzas entre el Partido Comunista como guía, el proletariado, la clase revolucionaria y la masa, es decir el conjunto de los trabajadores y de los explotados. El Partido Comunista, si es realmente la vanguardia de la clase revolucionaria, si asimila a sus mejores representantes, si está compuesta de comunistas conscientes y sacrificados, educados y fogueados por la experiencia de una larga lucha revolucionaria, si ha sabido unirse indisolublemente a toda la existencia de la clase obrera y por su intermedio a la de toda la masa explotada e inspirarles plena confianza, sólo ese partido es capaz de dirigir al proletariado en la lucha final, la más encarnizada, contra todas las fuerzas del capitalismo. Y sólo bajo la dirección de semejante partido puede el proletariado aniquilar la apatía y la resistencia de la pequeña aristocracia obrera compuesta por los líderes del movimiento sindical y del corporativo, corrompidos por el capitalismo, y desarrollar todas sus energías, infinitamente más grandes que su fuerza numérica, debido a la estructura económica del propio capitalismo. Solamente una vez liberada del yugo del capital y del aparato gubernamental del estado, después de haber obtenido la posibilidad de actuar libremente, sólo entonces la masa, es decir la totalidad de los trabajadores y de los explotados organizados en los soviets, podrá desarrollar, por primera vez en la historia, la iniciativa y la energía de decenas de millones de hombres ahogados por el capitalismo. Sólo cuando los soviets sean el único mecanismo del estado podrá asegurarse la participación efectiva de las masas, antes explotadas, en la administración del país, participación que, en las democracias burguesas más ilustradas y libres era imposible en el 95% de los casos. En los soviets, la masa de los explotados comienza a aprender, no en los libros sino con la experiencia práctica, qué es la construcción socialista, la creación de una nueva disciplina social y de la libre asociación de los trabajadores libres.

II

EN QUÉ DEBE CONSISTIR LA PREPARACIÓN INMEDIATA DE LA DICTADURA PROLETARIA

5.- El actual desarrollo del movimiento comunista internacional está caracterizado por el hecho que en numerosos países capitalistas el trabajo de preparación del proletariado para el ejercicio de la dictadura no está acabado y con mucha frecuencia ni siquiera ha sido comenzado de forma sistemática. Esto no quiere decir que la revolución proletaria sea imposible en un futuro muy próximo. Por el contrario, es muy posible, dado que la situación política y económica es extraordinariamente rica en materias inflamables y en causas susceptibles de provocar su incendio imprevisto. Otro factor de la revolución, fuera del estado de preparación del proletariado, es sobre todo la crisis general a que se enfrentan todos los

partidos gobernantes y todos los partidos burgueses. De lo anteriormente dicho se desprende que la tarea actual de los partidos comunistas consiste en apresurar la revolución aunque sin provocarla artificialmente antes de lograr una preparación. La preparación del proletariado para la revolución debe ser intensificada mediante la acción. Por otra parte, los casos señalados hace un momento en la historia de muchos partidos socialistas obligan a vigilar para que el reconocimiento de la dictadura del proletariado no sea puramente verbal.

Por estas razones, en la actualidad la tarea fundamental del Partido Comunista, desde el punto de vista del movimiento internacional proletario, es el agrupamiento de todas las fuerzas comunistas dispersas, la formación en cada país de un Partido Comunista único (o el fortalecimiento y la renovación de los partidos ya existentes) a fin de activar el trabajo de preparación del proletariado para la conquista del poder bajo la forma de dictadura del proletariado. La acción socialista habitual de los grupos y de los partidos que reconocen la dictadura del proletariado está lejos de haber experimentado esta modificación fundamental, esa renovación radical que es necesaria para que se reconozca la acción como comunista y como correspondiente a las tareas previas de la dictadura del proletariado.

6.- La conquista del poder político por parte del proletariado no interrumpe la lucha de clases de éste contra la burguesía sino que, por el contrario, la hace más larga, más dura, más despiadada. Todos los grupos, partidos, militantes del movimiento obrero que adoptan en su totalidad o parcialmente el punto de vista del reformismo, del “centro”, etc., inevitablemente se colocarán, debido a la extrema exacerbación de la lucha, del lado de la burguesía o del lado de los vacilantes, o, lo que es más peligroso engrosarán las filas de los amigos indeseables del proletariado victorioso. Por eso la preparación de la dictadura del proletariado exige no solamente el fortalecimiento de la lucha contra la tendencia de los reformistas y de los “centristas”, sino también la modificación del carácter de esa lucha. Ésta no puede limitarse a la demostración del carácter erróneo de esas tendencias sino que debe, también, desenmascarar incansable y despiadadamente a todo militante del movimiento obrero que manifieste esas tendencias. Sin esto, el proletariado no puede saber con quien marcha hacia la lucha final contra la burguesía. Esta lucha es tal que puede cambiar en todo momento y transformar, como ya lo ha demostrado la experiencia, el arma de la crítica por la crítica de las armas. Toda vacilación o debilidad en la lucha contra los que se comportan como reformistas o “centristas” tiene como consecuencia un aumento directo del peligro de derrocamiento del poder proletario por parte de la burguesía, que utilizará en el futuro para

los fines de la contrarrevolución lo que a los obtusos les parece sólo un “desacuerdo teórico” del momento.

7.- Es imposible limitarse a la negación habitual de principio de toda colaboración con la burguesía, de todo “coalicionismo”. Una simple defensa de la “libertad” y de la igualdad con el mantenimiento de la propiedad privada de los medios de producción se transforma, bajo las condiciones de la dictadura del proletariado, que nunca estará en condiciones de liquidar de un solo golpe toda la propiedad privada, en “colaboración” con la burguesía que saboteará directamente el poder de la clase obrera. Pues la dictadura del proletariado significa la consolidación gubernamental y la defensa por parte de todo el sistema estatal, no de “la libertad” para los explotadores para continuar su obra de opresión y de explotación, no de la “igualdad” del propietario (es decir del que conserva para su disfrute personal ciertos medios de producción creados por el trabajo de la colectividad) y del pobre. Lo que hasta la victoria del proletariado nos parece sólo un desacuerdo sobre la cuestión de la “democracia” se convertirá inevitablemente más adelante, después de la victoria, en un problema que habrá que resolver mediante las armas. Sin una transformación radical de todo el carácter de la lucha contra los “centristas” y los “defensores de la democracia” la preparación previa de las masas para la realización de la dictadura del proletariado es imposible.

8.- La dictadura del proletariado es la forma más decisiva y revolucionaria de la lucha de clases del proletariado y de la burguesía. Esa lucha sólo puede resultar victoriosa cuando la vanguardia más revolucionaria del proletariado arrastra tras de sí a una aplastante mayoría obrera. La preparación de la dictadura del proletariado exige, por esas razones, no solamente la divulgación del carácter burgués del reformismo y de toda la defensa de la democracia que implique el mantenimiento de la propiedad privada sobre los medios de producción, no sólo la divulgación de las manifestaciones de tendencias, que significan en los hechos la defensa de la burguesía en el seno del movimiento obrero sino que exige, también, el reemplazo de los viejos líderes por comunistas en todos los sectores de la organización proletaria: políticos, sindicales, cooperativas, educacionales, etc...

Cuanto más firme y prolongada ha sido la dominación de la democracia burguesa en un determinado país, la burguesía logra con mayor éxito poner en los puestos importantes del movimiento obrero a hombres educados por ella, por sus concepciones, por sus prejuicios, con frecuencia directa o indirectamente comprados por ella. Es indispensable, y es preciso hacerlo con mucha más osadía que hasta ahora, reemplazar a esos representantes de

la aristocracia obrera por trabajadores aún inexpertos pero que estén cerca de la masa explotada y gocen de su confianza en la lucha contra los explotadores. La dictadura del proletariado exigirá la designación de esos trabajadores inexpertos en los puestos más importantes del gobierno sin que por ello el poder de la clase obrera disminuya o no sea sostenido por las masas.

9.- La dictadura del proletariado es la realización más completa de la dominación de todos los trabajadores y de todos los explotados, oprimidos, embrutecidos, aterrorizados, dispersados, engañados por la clase capitalista, pero conducidos por la única clase social preparada para esta misión directriz por toda la historia del capitalismo. Por eso debe ser comenzada en todas partes e inmediatamente la preparación de la dictadura proletaria, entre otros por los siguientes medios:

En todas las organizaciones sin excepción (sindicatos, uniones, etc.) proletarias, en primer lugar, y después no proletarias, de las masas trabajadoras explotadas (ya sean políticas, sindicales, militares, cooperativas, postescolares, deportivas, etc.) deben ser formados grupos o núcleos comunistas, con preferencia legalmente, pero si es necesario clandestinamente, lo que se convierte en obligatorio siempre que se espere su clausura o el arresto de sus miembros. Esos grupos, vinculados entre sí y también al partido, intercambiarán el resultado de sus experiencias, se ocuparán de la agitación, de la propaganda y de la organización, se adaptarán a todos los dominios de la vida social, a todos los aspectos y a todas las categorías de la masa trabajadora y así deberán proceder, mediante tan múltiple trabajo, a su propia educación, a la del partido, de la clase obrera y de la masa.

Sin embargo, es muy importante elaborar prácticamente (en su desarrollo necesario) métodos de acción por un lado respecto a los líderes o representantes autorizados de las organizaciones, totalmente corrompidas por los prejuicios imperialistas y pequeños burgueses (líderes a los que hay que desenmascarar despiadadamente y excluir del movimiento obrero) y, por otro lado, respecto a las masas que, sobre todo después de la matanza imperialista, están dispuestas a entender la necesidad de seguir al proletariado, el único capaz de sustraerlas de la esclavitud imperialista. Es conveniente saber abordar a las masas con paciencia y circunspección, a fin de comprender las particularidades psicológicas de cada profesión, de cada grupo en el seno de esta masa.

10.- Hay un grupo o fracción de los comunistas que merece particular atención y la vigilancia del partido: la fracción parlamentaria. En otros

términos, el grupo de miembros del partido elegidos en el parlamento (o en los municipios, etc.). Por una parte, esas tribunas son, para los sectores profundos de la clase trabajadora retrasada o llena de prejuicios pequeñoburgueses, de una importancia fundamental. Esa es la razón por la que los comunistas deben, desde lo alto de esas tribunas, llevar a cabo una acción de propaganda, de agitación, de organización y explicar a las masas por qué era necesaria en Rusia (como lo será llegado el caso en todos los países) la disolución del parlamento burgués por el Congreso Panruso de Soviets. Por otra parte, toda la historia de la democracia burguesa ha hecho de la tribuna parlamentaria, sobre todo en los países adelantados el principal, o uno de los principales, antros de las estafas financieras y políticas, del arribismo, de la hipocresía, de la opresión de los trabajadores. Por eso el vivo odio alimentado con respecto a los parlamentos por los mejores representantes del proletariado está plenamente justificado. Por eso los partidos comunistas y todos los partidos adheridos a la III Internacional (sobre todo en el caso en que esos partidos no hayan sido creados a consecuencia de una escisión de los viejos partidos tras una larga y encarnizada lucha sino que se hayan formado por la adopción, muchas veces nominal, de una nueva posición por parte de los antiguos partidos) deben observar una actitud muy rigurosa con respecto a sus fracciones parlamentarias, es decir exigir su subordinación total al Comité Central del partido, la incorporación preferentemente en su composición de obreros revolucionarios, el análisis más atento en la prensa del partido y en las reuniones de éste de los discursos de los parlamentarios desde el punto de vista de su actitud comunista, la designación de los parlamentarios para la acción de propaganda entre las masas, la exclusión inmediata de todos aquellos que manifiesten una tendencia hacia la II Internacional, etc.

11.- Uno de los obstáculos más graves para el movimiento obrero revolucionario en los países capitalistas desarrollados deriva del hecho de que, gracias a las posesiones coloniales y a la plusvalía del capital financiero, etc., el capital ha logrado crear una pequeña aristocracia obrera relativamente imponente y estable. Este grupo se benefició con las mejores retribuciones y, por encima de todo, está penetrada de un espíritu de corporativismo estrecho, pequeño burgués y de prejuicios capitalistas. Constituye la verdadera “apoyatura” social de la II Internacional de los reformistas y de los “centristas” y en la actualidad está muy cerca de convertirse en el principal punto de apoyo de la burguesía. Ninguna preparación, ni siquiera previa, del proletariado para la derrota de la burguesía es posible sin una lucha directa, sistemática, amplia, declarada, con esta pequeña minoría que, sin ninguna duda (como ya lo ha demostrado la experiencia) proveerá numerosos hombres a la guardia blanca de la burguesía después de la victoria del proletariado. Todos los partidos

adheridos a la III Internacional deben, a cualquier precio, imponer esta consigna, “más profundamente en las masas”, entendiendo por masa a todo el conjunto de los trabajadores y de los explotados por el capital y sobretodo a los menos organizados y educados, a los más oprimidos y a los alejados de la organización.

El proletariado sólo deviene revolucionario cuando no se encierra en los marcos de un estrecho corporativismo y actúa en todas las manifestaciones y en todos los dominios de la vida social como el jefe de la masa trabajadora y explotada. La realización de su dictadura es imposible sin preparación y sin la resolución de arriesgar las pérdidas más grandes en nombre de la victoria sobre la burguesía. Y desde este punto de vista, la experiencia de Rusia tiene una importancia práctica de principio. El proletariado ruso no habría podido realizar su dictadura, no habría conquistado la simpatía y la confianza generales de toda la masa obrera si no hubiese dado prueba de espíritu de sacrificio y si no hubiese sufrido el hambre más profundamente que todos las otras capas de esta masa, en las horas más difíciles de los ataques, de las guerras, del bloqueo de la burguesía mundial.

El apoyo más total y más sacrificado del Partido Comunista y del proletariado de vanguardia es particularmente necesario en relación a todo movimiento huelguístico amplio, violento, considerable, que es el único en condiciones, bajo la opresión del capital, de despertar verdaderamente, de conmover y organizar a las masas, de inspirarles plena confianza en el papel directriz del proletariado revolucionario. Sin esa preparación, ninguna dictadura del proletariado es posible, y los hombres capaces de oponerse a las huelgas como lo hacen Kautsky en Alemania y Turati en Italia no deben ser tolerados en el seno de los partidos adheridos a la III Internacional. Esto también puede decirse de los líderes parlamentarios y tradeunionistas que permanentemente traicionan a los obreros enseñándoles por medio de la huelga el reformismo y no la revolución (ejemplos: Jouhaux en Francia, Gompers en Norteamérica, G.H. Thomas en Inglaterra).

12.- Para todos los países, aun para los más “libres”, los más “legales”, los más “pacíficos”, es decir donde hay una más débil exacerbación de la lucha de clase, ha llegado el momento en que se impone, como una necesidad absoluta para todo Partido Comunista, unir la acción legal e ilegal, la organización legal y la organización clandestina. Pues en los países más cultos y más libres, los de régimen burgués democrático más “estable”, los gobiernos, pese a sus declaraciones falsas y cínicas, ya han confeccionado listas negras secretas de comunistas, violan permanentemente su propia

constitución apoyando, más o menos secretamente, a los guardias blancos y el asesinato de los comunistas en todos los países, preparan en la sombra el arresto de comunistas, la infiltración entre ellos de provocadores, etc.

Ni el más reaccionario espíritu pequeño-burgués, por más bellas que sean las frases “democráticas” y pacifistas tras las que se ampara, puede negar ese hecho y su ineludible conclusión: la formación inmediata por parte de todos los partidos comunistas legales de organizaciones clandestinas tendientes a la acción ilegal, organizaciones que estarán preparadas para el día en que la burguesía se decida a cercar a los comunistas. La acción ilegal desarrollada en el ejército, en la flota, en la policía es de la mayor importancia. Desde la gran guerra imperialista, todos los gobiernos del mundo temen al ejército regular y han recurrido a todos los procedimientos imaginables para formar unidades militares con elementos especialmente seleccionados de la burguesía y dotados de las armas e ingenios más mortíferos y perfeccionados.

Por otra parte, también es necesario en todos los casos no limitarse a una acción ilegal y proseguir además la acción legal tratando de superar todas las dificultades, fundando diarios y organizaciones legales bajo las designaciones más diversas y, si es preciso, cambiando frecuentemente sus nombres. Así actúan los partidos comunistas ilegales en Finlandia, Hungría, Alemania y, en cierta medida, en Polonia, Lituania, etc. Así deben actuar los trabajadores industriales del Mundo (IWW) en Estados Unidos y deberán actuar todos los otros partidos comunistas legales en el caso de que se intente castigarlos por su aceptación a las resoluciones de los Congresos de la Internacional Comunista, etc.

La absoluta necesidad de unir a la acción legal e ilegal no está determinada en principio por el conjunto de las condiciones de la época que atravesamos, período de vísperas de dictadura proletaria, sino por la necesidad de demostrar a la burguesía que no hay y no puede haber dominios y campos de acción que no hayan conquistado los comunistas y también porque existen aún profundos sectores del proletariado, y en proporciones más vastas una masa trabajadora y explotada no proletaria, que siguen confiando en la legalidad burguesa democrática y a los que es muy importante disuadir.

13.- El estado de la prensa obrera en los países capitalistas más avanzados evidencia, de forma contundente, la falsedad de la libertad y de la igualdad en la democracia burguesa, así como la necesidad de unir sistemáticamente la acción legal e ilegal. Tanto en la Alemania vencida como en Estados Unidos victorioso, todas las fuerzas del aparato gubernamental de la

burguesía y toda la astucia de los reyes del oro se ponen manos a la obra para despojar a los obreros de su prensa: persecuciones judiciales y arrestos (o asesinatos cometidos por matones) de los redactores, confiscaciones de los envíos postales, del papel, etc. Y todo lo necesario para un diario en materia de información se halla en manos de las agencias telegráficas burguesas, los anuncios sin los cuales un gran diario no puede cubrir sus costos se encuentran a la “libre” disposición de los capitalistas. En resumen, la burguesía, mediante la mentira, la presión del capital y del estado burgués, despoja al proletariado revolucionario de su prensa.

Para luchar contra esta situación, los partidos comunistas deben crear un nuevo tipo de prensa periódica destinada a la difusión masiva entre los obreros que incluya:

1) publicaciones legales que enseñarían, sin declararse comunistas y sin hablar de su dependencia del partido, a sacar ventaja de las más mínimas posibilidades legales, como lo hicieron los bolcheviques bajo el zarismo después de 1905;

2) folletos ilegales, aunque sean de formato mínimo, de aparición irregular pero impresos por los obreros en un gran número de tipografías que den al proletariado una información libre, revolucionaria y consignas revolucionarias.

Sin una batalla revolucionaria, que atraiga a las masas, por la libertad de prensa comunista, la preparación de la dictadura del proletariado es imposible.

III MODIFICACIÓN DE LA LÍNEA DE CONDUCTA Y, PARCIALMENTE, DE LA COMPOSICIÓN SOCIAL DE LOS PARTIDOS ADHERIDOS O DESEOSOS DE ADHERIRSE A LA INTERNACIONAL COMUNISTA

14.- El grado de preparación del proletariado de los países más importantes, desde el punto de vista de la economía y de la política mundiales, para la realización de la dictadura obrera se caracteriza, con la mayor objetividad y exactitud, por el hecho que los partidos más influyentes de la II Internacional tales como el Partido Socialista francés, el Partido Socialdemócrata Independiente alemán, el Partido Obrero Independiente inglés, el Partido Socialista norteamericano han surgido de esa Internacional amarilla y han decidido, bajo determinadas condiciones, adherirse a la III Internacional. De esta forma, queda demostrado que la

vanguardia no está sola, que la mayoría del proletariado revolucionario ha comenzado a pasarse a nuestro lado, persuadido por la marcha de los acontecimientos. Ahora lo esencial es saber concluir esta etapa y que la organización consolide firmemente los resultados obtenidos a fin que se pueda avanzar en toda la línea sin la menor vacilación.

15.- Toda la actividad de los partidos anteriormente citados (a los que hay que agregar también el Partido Socialista suizo si el telegrama que nos informa de su decisión de adherirse a la III Internacional es exacto) prueba (y no interesa qué publicación de esos partidos lo confirma irrefutablemente) que aún no es comunista y que se opone con frecuencia a los principios fundamentales de la III Internacional reconociendo a la democracia burguesa en lugar de a la dictadura del proletariado y del poder de los soviets.

Por esas razones, el 2º Congreso de la Internacional Comunista declara que no considera posible el reconocimiento inmediato de esos partidos, que confirma la respuesta dada por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista a los independientes alemanes, que confirma su consentimiento para establecer negociaciones con todo partido que salga de la II Internacional y que exprese el deseo de acercarse a la III Internacional, que concede voto consultivo a los delegados de esos partidos para todos sus congresos y conferencias, que plantea las siguientes condiciones para la total unión de esos partidos (y partidos similares) con la Internacional Comunista:

- 1) Publicación de todas las decisiones de todos los Congresos de la Internacional Comunista y del Comité Ejecutivo en todas las ediciones periódicas del partido;
- 2) Examen de estas últimas en reuniones especiales de todas las organizaciones locales del partido;
- 3) Convocatoria, después de este examen, de un congreso especial del partido con el objeto de excluir a los elementos que continúen actuando con el criterio de la II Internacional. Ese congreso deberá ser convocado lo más rápidamente en el plazo máximo de cuatro meses posteriores al 2º Congreso de la Internacional Comunista;
- 4) Expulsión del partido de todos los elementos que continúen actuando según los cánones de la II Internacional;
- 5) Traspaso de todos los órganos periódicos del partido a manos de redactores exclusivamente comunistas;
- 6) Los partidos que quieran adherir ahora a la III Internacional pero que aún no han modificado radicalmente su vieja táctica deben controlar previamente que

los dos tercios de miembros de su Comité Central y de las instituciones centrales más importantes estén compuestos por camaradas que, ya antes del 2º Congreso se habían pronunciado abiertamente a favor de la adhesión del partido a la III Internacional. Pueden hacerse excepciones con la aprobación del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. El Comité Ejecutivo se reserva también el derecho a hacer excepciones en lo que respecta a los representantes de la tendencia centrista mencionados en el parágrafo 7;

7) Los miembros del partido que rechacen las condiciones y tesis establecidas por la Internacional Comunista deben ser excluidos del partido. Lo mismo ocurrirá con los delegados al Congreso Extraordinario.

16.- En lo que se refiere a la actitud de los comunistas que forman la minoría actual entre los militantes responsables de los partidos antes citados y similares, el 2º Congreso de la Internacional Comunista decide que, a consecuencia del rápido crecimiento del espíritu revolucionario de las masas, el alejamiento de los comunistas de esos partidos no es deseable, mientras mantengan la posibilidad de llevar a cabo una acción tendiente al reconocimiento de la dictadura del proletariado y del poder de los soviets, de criticar a los oportunistas y a los centristas que aún siguen en esos partidos.

Sin embargo, cuando el ala izquierda de un partido centrista haya adquirido una fuerza suficiente podrá, si lo juzga útil para el desarrollo del comunismo, abandonar el partido en bloque y formar un partido comunista.

Simultáneamente, el 2º Congreso de la III Internacional aprueba también la adhesión de grupos y organizaciones comunistas o simpatizantes del comunismo del Labour Party inglés, aunque éste último aún no haya salido de la II Internacional. Mientras el partido deje a sus organizaciones su actual libertad de crítica, de acción, de propaganda, de agitación y de organización para la dictadura del proletariado y para el poder soviético, mientras conserve su carácter de unión de todas las organizaciones sindicales de la clase obrera, los comunistas deben realizar todos los intentos y llegar hasta ciertos compromisos a fin de tener la posibilidad de ejercer una influencia sobre las amplias masas de trabajadores, de denunciar a sus jefes oportunistas desde lo alto de las tribunas ante las masas, de apresurar el pasaje del poder político de las manos de los representantes directos de la burguesía a los de los lugartenientes obreros de la clase trabajadora para liberar lo más rápidamente a las masas de sus últimas ilusiones en lo que respecta a este asunto.

17.- En lo relativo al Partido Socialista italiano, el 2º Congreso de la III Internacional, reconociendo que la revisión del programa votado el año pasado por ese partido en su Congreso de Bolonia marca una etapa muy

importante en su transformación hacia el comunismo, y que las propuestas presentadas por la Sección de Turín al consejo general del partido publicadas en el diario *Ordine Nuovo* del 8 de mayo de 1920 coinciden con todos los principios fundamentales de la III Internacional, solicita al Partido Socialista italiano que examine, en el próximo congreso que debe ser convocado de acuerdo a los estatutos del partido y de las disposiciones generales de admisión a la III Internacional, las mencionadas proposiciones y todas las decisiones de los dos Congresos de la Internacional Comunista, particularmente en lo referido a la fracción parlamentaria, a los sindicatos y a los elementos no comunistas del partido.

18.- El 2º Congreso de la III Internacional considera como inadecuadas las concepciones sobre las relaciones del partido con la clase obrera y con la masa, sobre la participación facultativa de los partidos comunistas en la acción parlamentaria y en la acción de los sindicatos reaccionarios, que fueron ampliamente rechazadas en las resoluciones especiales del presente Congreso, luego de haber sido defendidas sobre todo por el “Partido Obrero Comunista alemán” y en parte por el “Partido Comunista suizo”, por el órgano del buró vienés de la Internacional Comunista para Europa Oriental, *Kommunismus*, por algunos camaradas holandeses, por ciertas organizaciones comunistas de Inglaterra, la “Federación Obrera Socialista”, etc., así como por los IWW de EEUU y los “Shop Steward Committees” de Inglaterra, etc.

Sin embargo, el 2º Congreso de la III Internacional cree posible y conveniente la reunión en la III Internacional de las organizaciones anteriormente mencionadas que aún no se han adherido oficialmente, pues en este caso, y sobretodo con respecto a los “Shop Steward Committees” ingleses, nos hallamos en presencia de un profundo movimiento proletario que en los hechos se encuadra en los principios fundamentales de la Internacional Comunista. En esas organizaciones, las concepciones erróneas sobre la participación en la acción de los parlamentos burgueses se explican menos por el papel de los elementos surgidos de la burguesía que aportan sus concepciones, de un espíritu en el fondo pequeño burgués tal como lo son frecuentemente las de los anarquistas, que por la inexperiencia política de los proletarios verdaderamente revolucionarios y ligados con la masa.

El 2º Congreso de la III Internacional solicita por esas razones a todas las organizaciones y todos los grupos comunistas de los países anglosajones la prosecución, aún en el caso en que los “IWW” y los “Shop Steward Committees” no se unan inmediatamente a la III Internacional, de una política de relaciones más amistosas con esas organizaciones, de

acercamiento a ellas y a las masas que simpatizan con ellas, haciéndoles comprender amigablemente desde el punto de vista de la experiencia de todas las revoluciones rusas del siglo XX, el carácter erróneo de sus concepciones y reiterando los intentos de fusión con esas organizaciones en un partido comunista único.

19.- El Congreso llama la atención de todos los camaradas, sobre todo los de los países latinos y anglosajones, sobre este hecho: desde de la guerra se ha producido una profunda división de ideas entre los anarquistas de todo el mundo con respecto a la actitud a observar frente a la dictadura del proletariado y el poder de los soviets. En esas condiciones, entre los elementos proletarios que con frecuencia se sintieron atraídos al anarquismo por el odio plenamente justificado al oportunismo y al reformismo de la II Internacional, se observa una comprensión particularmente exacta de esos principios, que se extiende cada vez más a medida que la experiencia de Rusia, Finlandia, Hungría, Lituania, Polonia y Alemania es mejor conocida.

Por esas razones, el Congreso considera un deber de todos los camaradas sostener por todos los medios la transición de todos los elementos proletarios de masas del anarquismo a la III Internacional.

El Congreso considera que el éxito de la acción de los partidos verdaderamente comunistas debe ser apreciado, entre otras cosas, en la medida en que hayan logrado atraer a todos los elementos verdaderamente proletarios del anarquismo.

RESOLUCIÓN SOBRE EL PAPEL DEL PARTIDO COMUNISTA EN LA REVOLUCIÓN PROLETARIA

El proletariado mundial se halla en vísperas de una lucha decisiva. La época en que vivimos es una época de acción directa contra la burguesía. Se aproxima la hora decisiva. Pronto, en todos los países donde existe un movimiento obrero consciente, la clase obrera tendrá que librar una serie de combates encarnizados, con las armas en la mano. En este momento más que nunca, la clase obrera tiene necesidad de una sólida organización. De ahora en adelante la clase obrera debe prepararse infatigablemente para esta lucha, sin perder ni un solo minuto.

Si en 1871, durante la Comuna de París, la clase obrera hubiese tenido un Partido Comunista sólidamente organizado, aunque fuese poco numeroso, la primera insurrección del heroico proletariado francés habría sido mucho más fuerte y habría evitado muchos errores. Las batallas que el proletariado tendrá que librar ahora, en coyunturas históricas muy diferentes, tendrán resultados mucho más graves que en 1871.

El 2º Congreso Mundial de la Internacional Comunista señala a los obreros revolucionarios de todo el mundo la importancia de las siguientes consideraciones:

1.- El Partido Comunista es una fracción de la clase obrera y desde luego es su fracción más avanzada, la más consciente y, por consiguiente, la más revolucionaria. Se crea mediante la selección espontánea de los trabajadores más conscientes, abnegados y educados. El Partido Comunista no tiene intereses diferentes de los de la clase obrera. El Partido Comunista sólo difiere de la gran masa de trabajadores en lo que él considera la misión histórica del conjunto de la clase obrera y se esfuerza en todo momento en defender no los intereses de algunos grupos o profesiones sino los de toda la clase obrera. El Partido Comunista constituye la fuerza organizadora y política con ayuda de la cual la fracción más adelantada de la clase obrera dirige por el buen camino a las masas del proletariado y del semiproletariado.

2.- Mientras el poder gubernamental no sea conquistado por el proletariado y en tanto este último no haya consolidado, de una vez por todas, su predominio y haya prevenido toda tentativa de restauración burguesa, el Partido Comunista sólo englobará en sus filas organizadas a una minoría obrera. Hasta la toma del poder y en la época de transición, el Partido Comunista puede, gracias a circunstancias favorables, ejercer una influencia *ideológica* y *política* incuestionable en todos los sectores proletarios y semiproletarios de la población, pero no puede reunirlos organizadamente en sus filas. Sólo cuando la dictadura proletaria prive a la burguesía de medios de acción tan poderosos como la prensa, la escuela, el parlamento, la iglesia, la administración, etc., cuando la derrota definitiva del régimen burgués sea evidente para todos, entonces todos los obreros, o al menos la mayoría comenzarán a entrar en las filas del Partido Comunista.

3.- Las nociones de partido y de la clase deben ser distinguidas con el mayor cuidado. Los miembros de los sindicatos “cristianos” y liberales de Alemania, de Inglaterra y de otros países pertenecen indudablemente a la clase obrera. Los grupos obreros más o menos considerables que todavía se

organizan en las filas de Scheidemann, Gompers y otros también pertenecen a ella. En esas condiciones históricas, es muy posible que surjan numerosas tendencias reaccionarias en el seno de la clase obrera. La tarea del comunismo no consiste en adaptarse a esos elementos atrasados de la clase obrera sino en elevar a toda la clase obrera al nivel de la vanguardia comunista. La confusión entre esas dos nociones de *partido* y de *clase* puede conducir a errores y malentendidos muy graves. Es evidente, por ejemplo, que los partidos obreros debían, pese a los prejuicios y al estado de ánimo de un sector de la clase obrera durante la guerra imperialista, rebelarse a cualquier precio contra esos prejuicios y ese estado de ánimo, en nombre de los intereses históricos del proletariado que colocaban a su partido en la obligación de declarar la guerra a la guerra.

Es así, por ejemplo, cómo a comienzos de la guerra imperialista de 1914, los partidos socialistas de todos los países, al apoyar a “sus” respectivas burguesías, no dejaron de justificar su conducta invocando la voluntad de la clase obrera. Al hacerlo, olvidaban que, incluso cuando hubiese sido así, la tarea del partido proletariado consistía en reaccionar contra la mentalidad obrera general y defender a cualquier precio los intereses históricos del proletariado. Por eso a comienzos del siglo XX los mencheviques rusos (que en ese entonces se llamaban economistas) repudiaban la lucha abierta contra el zarismo porque, según decían, la clase obrera en su conjunto no se encontraba en condiciones de comprender la necesidad de la lucha política.

Por eso también los independientes de derecha en Alemania siempre han justificado sus medidas moderadas diciendo que ante todo era preciso comprender los deseos de las masas, y ellos mismos no comprendían que el partido está destinado a marchar a la cabeza de las masas y mostrarles el camino.

4.- La Internacional Comunista está absolutamente convencida de que el fracaso de los antiguos partidos “socialdemócratas” de la II Internacional en ningún caso puede ser considerado como el fracaso de los partidos proletarios en general. La época de la lucha directa por la dictadura del proletariado exige un nuevo partido proletario mundial: el Partido Comunista.

5.- La Internacional Comunista repudia categóricamente la opinión según la cual el proletariado puede realizar su revolución sin tener un partido político. Toda lucha de clases es una lucha política. El objetivo de esta lucha, que tiende a transformarse inevitablemente en guerra civil, es la conquista del poder político. Por eso el poder político sólo puede ser conquistado, organizado y dirigido por un determinado partido político.

Únicamente en el caso en que el proletariado esté guiado por un partido organizado y experimentado, que persiga fines claramente definidos y que posea un programa de acción susceptible de ser aplicado tanto en la política interna como en la política exterior, la conquista del poder político puede ser considerada no como un episodio sino como el punto de partida de un trabajo duradero de construcción comunista de la sociedad por el proletariado.

La misma lucha de clases exige también la centralización y la dirección única de las diversas formas de movimiento proletario (sindicatos, cooperativas, comités de fábricas, educación, elecciones, etc.). El centro organizador y dirigente sólo puede ser un partido político. Negarse a creerlo y a afirmarlo, negarse a someterse a ese principio equivale a repudiar el mando único de los contingentes del proletariado que actúan en puntos diferentes. La lucha de clase proletaria exige una agitación concentrada, que ilustre las diversas etapas de la lucha desde un único punto de vista y atraiga en todo el mundo la atención del proletariado sobre las tareas que le interesan en su conjunto. Todo esto no puede ser realizado sin un aparato político centralizado, es decir fuera del marco de un partido político.

La propaganda de ciertos sindicalistas revolucionarios y de los adherentes al movimiento industrialista de todo el mundo (IWW) contra la necesidad de un partido político que se baste a sí mismo objetivamente sólo ayudó y ayuda a la burguesía y a los “socialdemócratas” contrarrevolucionarios. En su propaganda contra un partido comunista al que querrían reemplazar con sindicatos o con uniones obreras de formas poco definidas y demasiado vastas, los sindicalistas y los industrialistas tienen puntos de coincidencia con oportunistas reconocidos.

Después de la derrota de la revolución de 1905, los mencheviques rusos difundieron durante algunos años la idea de un Congreso Obrero (así lo denominaban ellos) que debía reemplazar al partido revolucionario de la clase obrera. Los “laboristas amarillos” de toda la clase de Inglaterra y Estados Unidos quieren reemplazar al partido político por informes uniones obreras, e inventan al mismo tiempo, una táctica política absolutamente burguesa. Los sindicalistas revolucionarios e industrialistas quieren combatir la dictadura de la burguesía, pero no saben cómo hacerlo. No comprenden que una clase obrera sin partido político es un cuerpo sin cabeza. El sindicalismo revolucionario y el industrialismo significan un paso adelante sólo en relación a la vieja ideología inerte y contrarrevolucionaria de la II Internacional. En relación al marxismo revolucionario, es decir al comunismo, el sindicalismo y el industrialismo

significan un paso hacia atrás. La declaración de los comunistas “de la izquierda alemana KAPD” (programa elaborado por su congreso constitutivo de abril último) afirmando que forman un partido, pero “no un partido en el sentido corriente del término” (*keine partei im überlieferten Sinne*) constituye una capitulación ante la opinión sindicalista e industrialista, y es un hecho reaccionario.

Pero no es mediante la huelga general, mediante la táctica de brazos cruzados como la clase obrera puede lograr la victoria sobre la burguesía. El proletariado debe llegar a la insurrección armada. El que comprende esto debe también comprender que un partido político organizado es necesario y que no pueden existir difusas uniones obreras.

Los sindicalistas revolucionarios hablan con frecuencia del gran papel que debe desempeñar una minoría revolucionaria resuelta. Ahora bien, en realidad, esta minoría resuelta de la clase obrera que se pide, esta minoría que es comunista y que tiene un programa, que quiere organizar la lucha de las masas, *es el Partido Comunista*.

6.- La tarea más importante de un partido realmente comunista consiste en permanecer siempre en contacto con las organizaciones proletarias más amplias. Para lograrlo, los comunistas pueden y deben participar en grupos que, sin ser grupos del partido, engloben a grandes masas proletarias. Tales son, por ejemplo, los que se conocen con el nombre de organizaciones de inválidos en diversos países, sociedades tales como “Fuera manos de Rusia” (*Hands of Russia*) en Inglaterra, las uniones proletarias de arrendatarios, etc. Tenemos aquí el ejemplo ruso de las conferencias de obreros y campesinos que se declaran “independientes” de los partidos (*bezpartinii*). Pronto serán organizadas asociaciones de este tipo en cada ciudad, en cada barrio obrero y también en el campo. En ellas toman parte amplias masas que incluyen también a trabajadores atrasados. Se introducirá en el orden del día las cuestiones más interesantes: aprovisionamiento, vivienda, problemas militares, enseñanza, tarea política del momento actual, etc. Los comunistas deben tener influencia en esas asociaciones, con lo que se obtendrán resultados muy importantes para el partido.

Los comunistas consideran como su tarea principal un trabajo sistemático de educación y organización en el seno de esas organizaciones. Pero precisamente para que ese trabajo sea fecundo, para que los enemigos del proletariado revolucionario no puedan apoderarse de esas organizaciones, los trabajadores avanzados, los comunistas, deben tener su partido de

acción organizada, que sepa defender el comunismo en todas las coyunturas y ante todas las eventualidades.

7.- Los comunistas no deben apartarse nunca de las organizaciones obreras políticamente neutras, aun cuando posean un carácter evidentemente reaccionario (uniones amarillas, uniones cristianas, etc.). En el seno de esas organizaciones, el Partido Comunista prosigue constantemente su propia obra, demostrando infatigablemente a los obreros que la neutralidad política es conscientemente cultivada entre ellos por la burguesía y por sus agentes a fin de desviar al proletariado de la lucha organizada por el socialismo.

8.- La antigua subdivisión clásica del movimiento obrero en tres formas (partidos, sindicatos, cooperativas) ha cumplido su ciclo. La revolución proletaria en Rusia dio origen a la forma esencial de la dictadura del proletariado, los soviets. La nueva división que nosotros reivindicamos en todas partes es la siguiente: 1° el partido; 2° el soviet; 3° el sindicato.

Pero el trabajo en los soviets, así como en los sindicatos de industria convertidos en revolucionarios, debe ser invariable y sistemáticamente dirigido por el partido del proletariado, es decir por el Partido Comunista. En cuanto que vanguardia organizada de la clase obrera, el Partido Comunista responde igualmente a las necesidades económicas, políticas y espirituales de toda la clase obrera. Debe ser el alma de los sindicatos y de los soviets así como de todas las otras formas de organización proletaria.

La aparición de los soviets, forma histórica principal de la dictadura del proletariado, de ningún modo disminuye el papel dirigente del Partido Comunista en la revolución proletaria. Cuando los comunistas alemanes de “izquierda” (véase su Manifiesto al proletariado alemán del 14 de abril de 1920 firmado por el “Partido Obrero Comunista alemán”) declaran que “el partido debe también adaptarse cada vez más a la idea soviética y proletarizarse” (*Kommunistische Arbeiterzeitung*, nº 54) vemos en ella una expresión insinuante de la idea de que el Partido Comunista debe basarse en los soviets y que éstos pueden reemplazarlo.

Esta idea es profundamente errónea y reaccionaria.

La historia de la revolución rusa nos muestra en cierto momento a los soviets oponiéndose al partido proletario y sosteniendo a los agentes de la burguesía. Lo mismo pudo observarse en Alemania y también es posible en otros países.

Para que los soviets puedan realizar su misión histórica, la existencia de un Partido Comunista lo suficientemente fuerte como para no “adaptarse” a los soviets sino para ejercer sobre ellos una influencia decisiva, obligarlos a “no adaptarse” a la burguesía y a la socialdemocracia oficial, conducirlos por medio de esta fracción comunista, es, por el contrario, necesario.

9.- El Partido Comunista no es solamente necesario a la clase obrera *antes* y *durante* la conquista del poder sino también *después* de ella. La historia del Partido Comunista ruso, que detenta desde hace tres años el poder, demuestra que el papel del Partido Comunista, lejos de disminuir a partir de la conquista del poder, aumenta considerablemente.

10.- Cuando se produce la conquista del poder por el proletariado, el partido del proletariado sólo constituye una fracción de la clase de los trabajadores. Pero es la fracción que ha organizado la victoria. Durante veinte años, como ya lo hemos visto en Rusia, desde hace varios años, como lo hemos visto en Alemania, el Partido Comunista lucha no solamente contra la burguesía sino también contra aquellos socialistas que en realidad no hacen sino manifestar la influencia de las ideas burguesas sobre el proletariado. El Partido Comunista ha asimilado a los militantes más abnegados, más educados, más progresistas de la clase obrera. Y la existencia de semejante organización proletaria permite superar todas las dificultades con que se enfrenta el Partido Comunista a partir del día siguiente de la victoria. La organización de un nuevo ejército rojo proletario, la abolición efectiva del mecanismo gubernamental burgués y la creación de los primeros lineamientos del aparato gubernamental proletario, la lucha contra las tendencias corporativistas de ciertos grupos obreros, la lucha contra el patriotismo regional y el espíritu localista, los esfuerzos tendentes a crear una nueva disciplina del trabajo son otros tantos dominios donde el Partido Comunista, cuyos miembros atraen con su vivo ejemplo a las masas obreras, debe decir la palabra decisiva.

11.- La necesidad de un partido político del proletariado sólo desaparecerá con las clases sociales. En la marcha del comunismo hacia la victoria definitiva, es posible que la relación específica existente entre las tres formas esenciales de la organización proletaria contemporánea (partidos, soviets, sindicatos de industria) sea modificada y que un tipo único, sintético, de organización obrera se cristalice poco a poco. Pero el Partido Comunista sólo se disolverá completamente en el seno de la clase obrera cuando el comunismo deje de ser el eje de la lucha social, cuando toda la clase obrera sea comunista.

12.- El 2º Congreso de la Internacional Comunista debe no solamente confirmar al partido en su misión histórica sino también indicar al proletariado internacional al menos los lineamientos esenciales del partido que nos es necesario.

13.- La Internacional Comunista considera que, sobretodo en la época de la dictadura del proletariado, el Partido Comunista debe estar basado en una inquebrantable centralización proletaria. Para dirigir eficazmente a la clase obrera en la guerra civil larga y tenaz que se avecina, el Partido Comunista ruso, que durante tres años dirigió con éxito a la clase obrera a través de las peripecias de la guerra civil, ha demostrado que sin la mayor disciplina, sin una centralización efectiva, sin una confianza absoluta de los adherentes con respecto al núcleo dirigente del partido, la victoria de los trabajadores es imposible.

14.- El Partido Comunista debe estar basado en una centralización democrática. La constitución mediante elecciones de los comités secundarios, la sumisión obligatoria de todos los comités al comité superior y la existencia de un centro provisto de plenos poderes cuya autoridad no puede, en el intervalo entre los congresos del partido, ser cuestionada por nadie, esos son los principios esenciales de la centralización democrática.

15.- Toda una serie de partidos comunistas en Europa y en América son puestos por el estado de sitio fuera del marco de la legalidad. Es conveniente recordar que el principio electivo puede sufrir, bajo esas condiciones, algunos inconvenientes y que puede ser necesario acordar a los órganos directivos del partido el derecho a designar nuevos miembros. Así ocurrió en Rusia. Durante el estado de sitio, el Partido Comunista evidentemente no puede recurrir al referéndum democrático siempre que se plantee un problema grave (como pretendía un grupo de comunistas norteamericanos). Por el contrario, debe dar a su núcleo dirigente la posibilidad y el derecho de decidir rápidamente en el momento oportuno, en nombre de todos los miembros del partido.

16.- La reivindicación de una amplia “autonomía” para los grupos locales del partido en este momento no puede sino debilitar las filas del Partido Comunista, disminuir su capacidad de acción y favorecer el desarrollo de las tendencias anarquistas y pequeño burguesas opuestas a la centralización.

17.- En los países donde el poder se halla todavía en manos de la burguesía o de la socialdemocracia contrarrevolucionaria, los Partidos Comunistas deben yuxtaponer sistemáticamente la acción legal y la acción clandestina.

Esta última siempre debe controlar efectivamente a la primera. Los grupos parlamentarios comunistas, al igual que las fracciones comunistas que operan en el seno de las diversas instituciones estatales, tanto centrales como locales, deben estar totalmente subordinados al Partido Comunista, cualquiera sea la situación, legal o no, del partido. Los funcionarios que de una u otra manera no se someten al Partido Comunista, deben ser expulsados. La prensa legal (diarios, ediciones diversas) debe depender en todo y para todo del conjunto del partido y de su Comité Central.

18.- En toda acción organizativa del partido y de los comunistas, la piedra angular debe estar centrada en la organización de una célula comunista en todos aquellos lugares donde haya algunos proletarios o semiproletarios. En todo soviét, en todo sindicato, en toda cooperativa, en todo taller, en todo comité de inquilinos, debe ser inmediatamente organizada una célula comunista. La organización comunista es el único camino que permite a la vanguardia de la clase obrera arrastrar tras de sí a la clase obrera. Todas las células comunistas que actúan en las organizaciones políticamente neutrales están absolutamente subordinadas al partido en su conjunto, ya sea la acción del partido legal o ilegal. Las células comunistas deben estar organizadas en una estricta dependencia recíproca, a establecer del modo más preciso.

19.- El Partido Comunista surge casi siempre en los grandes centros, entre los trabajadores de la industria urbana. Para asegurar a la clase obrera la victoria más fácil y más rápida, es indispensable que el Partido Comunista no sea exclusivamente un partido urbano. Debe extenderse también al campo, y con ese objeto, dedicarse a realizar la propaganda y la organización de los jornaleros agrícolas, de los campesinos pobres y medios. El Partido Comunista debe proseguir con especial cuidado la organización de células comunistas en las aldeas.

La organización internacional del proletariado sólo puede fortalecerse si esta forma de considerar el papel del Partido Comunista es admitida en todos los países donde viven y luchan comunistas. La Internacional Comunista invita a todos los sindicatos que aceptan los principios de la III Internacional a romper con la Internacional amarilla. La Internacional organizará una sección internacional de los sindicatos rojos que adhieran al comunismo. La Internacional Comunista no rechazará la ayuda de toda organización obrera políticamente neutral deseosa de combatir contra la burguesía. Pero la Internacional Comunista no dejará de probar a los proletarios del mundo:

- 1) que el Partido Comunista es el arma principal, esencial, de la emancipación del proletariado; ahora debemos contar en todos los países ya no con grupos y tendencias sino con un Partido Comunista;
- 2) que en cada país sólo debe existir un solo y único Partido Comunista;
- 3) que el Partido Comunista debe estar basado en el principio de la más estricta centralización y debe instituir en su seno, en la época de la guerra civil, una disciplina militar;
- 4) que en todos los lugares donde haya una docena de proletarios o de semiproletarios el Partido Comunista debe tener su célula organizada;
- 5) que en toda organización apolítica debe haber una célula comunista estrictamente subordinada al partido;
- 6) que al mismo tiempo que defiende inquebrantablemente el programa y la táctica revolucionaria del comunismo, el partido debe mantener las relaciones más estrechas con las organizaciones de las grandes masas obreras y debe defenderse tanto contra sectarismo como contra la falta de principios.

EL MOVIMIENTO SINDICAL, LOS COMITÉS DE FÁBRICA Y DE EMPRESAS

I

1.- Los sindicatos creados por la clase obrera durante el período del desarrollo pacífico del capitalismo eran organizaciones obreras destinadas a luchar por el alza de salarios obreros en el mercado del trabajo y el mejoramiento de las condiciones del trabajo asalariado. Los marxistas revolucionarios fueron obligados a entrar en contacto con el partido político del proletariado, el partido socialdemócrata, a fin de entablar una lucha común por el socialismo. Las mismas razones que, con raras excepciones, habían hecho de la democracia socialista no un arma de la lucha revolucionaria del proletariado por la liquidación del capitalismo, sino una organización que encauzaba el esfuerzo revolucionario del proletariado según los intereses de la burguesía, hicieron que, durante la guerra, los sindicatos se presentaran con frecuencia en calidad de elementos del aparato militar de la burguesía; ayudaron a esta última a explotar a la clase obrera con mayor intensidad y a llevar a cabo la guerra del modo más enérgico, en nombre de los intereses del capitalismo. Como resultado de abarcar sólo a los obreros especialistas mejor retribuidos por los patrones, de actuar en los límites corporativos muy estrechos, encadenados por un aparato burocrático totalmente extraño a las masas engañadas por sus

líderes reformistas, los sindicatos traicionaron no solamente la causa de la revolución social sino, también, la de la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros que ellos habían organizado. Abandonaron el ámbito de la lucha profesional contra los patrones y lo remplazaron, a cualquier precio, por un programa de transacciones amistosas con los capitalistas. Esta política fue no solamente la de las tradeuniones liberales en Inglaterra y en los EEUU, la de los sindicatos libres pretendidamente socialistas de Alemania y Austria, sino también la de las uniones sindicales francesas.

2.- Las consecuencias económicas de la guerra, la total desorganización del sistema económico en el orden mundial, la carestía enloquecedora de la vida, la explotación más intensa del trabajo de las mujeres y de los niños, el problema de la vivienda, que se agravan progresivamente, todo esto impulsa a las masas proletarias por el camino de la lucha contra el capitalismo. Por su carácter y su envergadura, que se esbozan día a día con mayor nitidez, este combate se convertirá en una gran batalla revolucionaria que destruirá las bases generales del capitalismo. El aumento de salarios de una categoría determinada de obreros, arrancado a los patrones al precio de una lucha económica encarnizada, es reducido al día siguiente a cero por el alza del coste de la vida. Ahora bien, el alza de los precios debe continuar, pues la clase capitalista de los países vencedores, al arruinar con su política de explotación a la Europa oriental y central, no está en condiciones de organizar el sistema económico mundial. Por el contrario, lo desorganiza cada vez más. Para asegurarse el éxito en la lucha económica, las amplias masas obreras que permanecían hasta ahora al margen de los sindicatos afluyen a ellos. En todos los países capitalistas se comprueba un prodigioso crecimiento de los sindicatos que ahora ya no representan únicamente a la organización de los elementos progresistas del proletariado sino a la de toda su masa. Al entrar en los sindicatos, las masas tratan de convertirlos en su arma de combate. El antagonismo de las clases que cada vez se agudiza más, fuerza a los sindicatos a organizar huelgas cuya repercusión se hace sentir en todo el mundo capitalista, interrumpiendo el proceso de la producción y e intercambio capitalista. Al aumentar sus exigencias, a medida que aumenta el coste de la vida y que ellas mismas se agotan cada vez más, las masas obreras destruyen todo cálculo capitalista que representa el fundamento elemental de una economía organizada. Los sindicatos, que durante la guerra se habían convertido en los órganos del sometimiento de las masas obreras a los intereses de la burguesía, representan ahora los órganos de la destrucción del capitalismo.

3.- Pero la vieja burocracia profesional y las antiguas formas de organización sindical obstaculizan de cualquier forma esta transformación del carácter de los sindicatos. La vieja burocracia profesional trata por todos los medios de lograr que los sindicatos conserven su carácter de organizaciones de la aristocracia obrera, trata de mantener en vigor las reglas que imposibilitan la entrada de las masas obreras mal pagas en los sindicatos. La vieja burocracia sindical aún se esfuerza en remplazar el movimiento huelguístico, que cada día reviste más el carácter de un conflicto revolucionario entre la burguesía y el proletariado, por una política de contratos a largo plazo que han perdido toda significación ante las variaciones fantásticas de los precios. Trata de imponer a los obreros la política de las comunas obreras, de los Consejos Unidos de la Industria (*Joint Industrial Councils*) y de obstaculizar por la vía legal, gracias a la ayuda del estado capitalista, la expansión del movimiento huelguístico. En los momentos críticos de la lucha, la burguesía siembra la discordia entre las masas obreras militantes e impide que las acciones aisladas de diversas categorías de obreros tiendan a fusionarse en una acción de clase general. En esas tentativas, es apoyada por la acción de las antiguas organizaciones sindicales, que dividen a los trabajadores de un sector industrial en grupos profesionales artificialmente aislados, aunque todos estén unidos por el mismo hecho de la explotación capitalista. La burguesía se basa en el poder de la tradición ideológica de la antigua aristocracia obrera, aunque esta última resulta incesantemente debilitada por la abolición de los privilegios de diversos grupos del proletariado. Esta abolición se explica por la descomposición general del capitalismo, la igualación de la situación de diversos elementos de la clase obrera, la igualación de sus necesidades y su falta de seguridad.

De este modo, la burocracia sindical sustituye con débiles arroyos las poderosas corrientes del movimiento obrero, sustituye con parciales reivindicaciones reformistas los objetivos revolucionarios generales del movimiento y obstaculiza la transformación de los esfuerzos aislados del proletariado en una lucha revolucionaria única tendente a destruir al capitalismo.

4.- Dada la pronunciada tendencia de amplias masas obreras a incorporarse en los sindicatos, y considerando el carácter objetivo revolucionario de la lucha que esas masas sostienen pese a la burocracia profesional, es importante que los comunistas de todos los países formen parte de los sindicatos para convertirlos en órganos conscientes para la liquidación del régimen capitalista y el triunfo del comunismo. Ellos deben tomar la iniciativa de la creación de los sindicatos en todos aquellos lugares donde aún no existan.

Toda deserción voluntaria del movimiento profesional, todo intento de creación artificial de sindicatos que no esté determinado por las violencias excesivas de la burocracia profesional (disolución de las filiales locales revolucionarias sindicales por los centros oportunistas) o por su estrecha política aristocrática que cierra a las grandes masas de trabajadores poco calificados la entrada a los organismos sindicales, presenta un gran peligro para el movimiento comunista. Aparta de la masa a los obreros más progresistas, más conscientes, y la impulsa hacia los jefes oportunistas que trabajan para los intereses de la burguesía... Las vacilaciones de las masas obreras, su indecisión política y la influencia que poseen sobre ellas los líderes oportunistas sólo podrán ser vencidas mediante una lucha cada vez más dura en la medida en que los sectores profundos del proletariado aprendan por experiencia, mediante las lecciones de sus victorias y de sus fracasos, que el sistema económico capitalista nunca permitirá la obtención de condiciones de vida humanas y soportables, en la medida en que los trabajadores comunistas progresistas aprendan, por la experiencia de su lucha económica, a no ser solamente propagandistas teóricos de la idea comunista sino también conductores resueltos de la acción económica y sindical. Sólo de esta forma será posible apartar de los sindicatos a sus líderes oportunistas, poner a los comunistas en la dirección y hacer de estas organizaciones un arma de la lucha revolucionaria por el comunismo. Sólo así será posible detener la descomposición de los sindicatos, remplazarlos por uniones industriales, aislar a la burocracia extraña a las masas y sustituirlos por un organismo formado por los representantes de los obreros industriales (Betriebsvertreter) dejando a las instituciones centrales solamente aquellas funciones estrictamente necesarias.

5.- Como los comunistas asignan más valor al objetivo y a la sustancia de los sindicatos que a su forma, no deben vacilar ante las escisiones que puedan producirse en el seno de las organizaciones sindicales si, para evitarlas, debían abandonar el trabajo revolucionario, negarse a organizar al sector más explotado del proletariado. Si se impone, sin embargo, una escisión como una necesidad absoluta, sólo se recurrirá a ella si se tiene la seguridad que los comunistas han logrado, con su participación en los problemas económicos, convencer a las amplias masas obreras que la escisión se justifica no por consideraciones dictadas por un objetivo revolucionario aún muy lejano y vago sino por los intereses concretos inmediatos de la clase obrera correlativos a las necesidades de la acción económica. En el caso en que una escisión se convierta en inevitable, los comunistas deberán tener gran cuidado para no quedar aislados de la masa obrera.

6.- En todos aquellos lugares donde la escisión entre las tendencias sindicales oportunistas y revolucionarias ya se ha producido, donde existen, como en los EEUU, sindicatos con tendencias revolucionarias, si no comunistas, al lado de los sindicatos oportunistas, los comunistas tienen la obligación de prestar su ayuda a esos sindicatos revolucionarios, de apoyarlos, de ayudarlos a liberarse de los prejuicios sindicalistas y a adherirse al comunismo, pues esta es la única brújula fiel y segura para todos los problemas complicados de la lucha económica. Allí donde se constituyan organizaciones industriales (ya sea sobre la base de los sindicatos o al margen de ellos), tales como los Shop Steward, los Betriebsraete (consejos de producción), organizaciones que se fijan el objetivo de la lucha contra las tendencias contrarrevolucionarias de la burocracia sindical, es evidente que los comunistas están obligados a apoyarlas con la mayor energía posible. Pero la ayuda prestada a los sindicatos revolucionarios no debe significar el alejamiento de los comunistas de los sindicatos oportunistas en estado de efervescencia política y en evolución hacia la lucha de clases. Por el contrario, sólo esforzándose en acelerar esta revolución de la masa de los sindicatos que se encuentran ya en la vía de la lucha revolucionaria, los comunistas podrán desempeñar el papel de un elemento que una, moral y prácticamente, a los obreros organizados para una lucha en común contra el régimen capitalista.

7.- En una época en que el capitalismo cae en ruinas, la lucha económica del proletariado se transforma en lucha política mucha más rápidamente que en la época de desarrollo pacífico del régimen capitalista, Todo conflicto económico importante puede plantear ante los obreros el problema de la revolución. Por lo tanto, los comunistas deben destacar ante los obreros en todas las fases de la lucha económica, que esta lucha sólo podrá ser coronada por el éxito cuando la clase obrera haya vencido a la clase capitalista en una batalla frontal y encare, una vez establecida su dictadura, la organización socialista del país. A partir de esta idea los comunistas deben tender a realizar, en la medida de lo posible, una unión perfecta entre los sindicatos y el partido comunista, subordinándolos a este último, vanguardia de la revolución. Con ese objetivo, los comunistas deben organizar en todos esos sindicatos y consejos de producción (Betriabsraete), fracciones comunistas que los ayudarán a apoderarse del movimiento sindical y a dirigirlo.

II

1.- La lucha económica del proletariado por el alza de los salarios y por el mejoramiento general de las condiciones de vida de las masas acentúa diariamente su carácter de lucha sin salida. La desorganización económica que invade a un país tras otro, en proporciones siempre crecientes,

demuestra, incluso ante los obreros menos educados, que no basta con luchar por el alza de los salarios y la reducción de la jornada de trabajo, que la clase capitalista pierde cada vez más la capacidad de restablecer la vida económica y de garantizar a los obreros ni siquiera las condiciones de existencia que les aseguraba antes de la guerra. La conciencia siempre en aumento de las masas obreras ha hecho surgir entre ellas una tendencia a crear organizaciones capaces de sostener la lucha por el resurgimiento económico mediante el control obrero ejercido sobre la industria por los consejos de producción. Esta tendencia a crear consejos industriales obreros, que va ganando terreno entre los obreros de todos los países, tiene su origen en múltiples factores (lucha contra la burocracia reaccionaria, fatiga causada por las derrotas sufridas por los sindicatos, tendencias a la creación de organizaciones que abarquen a todos los trabajadores) y se inspira, en definitiva, en el esfuerzo realizado para concretar el control de la industria, tarea histórica especial de los consejos industriales obreros. Es por eso que se cometería un error si se tratase de formar esos consejos sólo con obreros partidarios de la dictadura del proletariado. Por el contrario, la tarea del partido comunista consiste en aprovechar la desorganización económica para organizar a los obreros e inculcarles la necesidad de combatir por la dictadura del proletariado ampliando la idea de la lucha por el control obrero, idea que todos comprenden ahora.

2.- El partido comunista sólo podrá llevar a cabo esta tarea consolidando en la conciencia de las masas la firme seguridad que la restauración de la vida económica sobre la base capitalista es actualmente imposible, ya que significaría un nuevo sometimiento a la clase capitalista. Una organización económica que responda a los intereses de las masas obreras sólo es posible si el estado es gobernado por la clase obrera y si la mano firme de la dictadura proletaria se encarga de suprimir el capitalismo y de realizar la nueva organización socialista.

3.- La lucha de los comités de fábrica y de empresa contra el capitalismo tiene como objetivo inmediato la introducción del control obrero en todos los sectores de la industria. Los obreros de cada empresa, independientemente de sus profesiones, sufren el sabotaje de los capitalistas que estiman frecuentemente que la suspensión de la actividad de una determinada industria será ventajosa, pues el hambre obligará a los obreros a aceptar las condiciones más duras para evitar a algún capitalista un acrecentamiento de los gastos. La lucha contra este tipo de sabotaje une a la mayoría de los obreros independientemente de sus ideas políticas y hace de los comités de fábricas y elegidos por todos los trabajadores de una empresa, verdaderas organizaciones de masa del proletariado. Pero la desorganización de la economía capitalista es no solamente la consecuencia

de la voluntad consciente de los capitalistas sino también, y en mayor medida, la de la decadencia irresistible de su régimen. Por eso, los comités obreros se verán forzados, en su acción contra las consecuencias de esta decadencia, a superar los límites del control de las fábricas y las empresas aisladas y se enfrentarán pronto con el problema del control obrero a ejercer sobre sectores enteros de la industria y sobre su conjunto. Los intentos de los obreros de ejercer su control no solamente sobre el aprovisionamiento de las fábricas y de las empresas en materias primas sino, también, sobre las operaciones financieras de las empresas industriales, provocarán, sin embargo, por parte de la burguesía y del gobierno capitalista, medidas de rigor contra la clase obrera, lo que transformará la lucha obrera por el control de la industria en una lucha por la conquista del poder por parte de la clase obrera.

4.- La propaganda a favor de los consejos industriales debe ser llevada a cabo de modo tal que afiance en la convicción de las grandes masas obreras, incluso en aquellas que no pertenecen directamente al proletariado industrial, la idea que la responsabilidad de la desorganización económica incumbe a la burguesía y que el proletariado, al exigir el control obrero, lucha por la organización de la industria, por la supresión de la especulación y de la carestía de la vida. La tarea de los partidos comunistas consiste en luchar por el control de la industria, aprovechando todas las circunstancias actuales, desde la carencia del combustible hasta la desorganización de los transportes, fusionando en el mismo objetivo los elementos aislados del proletariado y atrayendo a lo medios más amplios de la pequeña burguesía que se proletariza cada día más y sufre cruelmente la desorganización económica.

5.- Los consejos industriales obreros no pueden remplazar a los sindicatos. Sólo pueden organizarse en el transcurso de la acción en diversos sectores de la industria y crear poco a poco un aparato general capaz de dirigir toda la lucha. Ya en la actualidad, los sindicatos representan organismos de combate centralizados, aunque no abarquen a masas obreras tan amplias como pueden hacerlo los consejos industriales obreros en su calidad de organizaciones accesibles a todas las empresas obreras. El reparto de todas las tareas de la clase obrera entre los comités industriales obreros y los sindicatos es el resultado del desarrollo histórico de la revolución social. Los sindicatos han organizado a las masas obreras con el objetivo de una lucha por el alza de los salarios y por la reducción de la jornada de trabajo y lo hacen en amplia escala. Los consejos obreros industriales se organizan para el control obrero de la industria y la lucha contra la desorganización económica; abarcan a todas las empresas obreras, pero la lucha que sostienen no puede revestir sino muy lentamente un carácter político

general. Sólo en la medida en que los sindicatos lleguen a superar las tendencias contrarrevolucionarias de su burocracia o se conviertan en órganos conscientes de la revolución, los comunistas tendrán el deber de apoyar a los consejos industriales obreros en sus tendencias a convertirse en grupos industriales sindicalistas.

6.- La tarea de los comunistas se reduce a los esfuerzos que deben hacer para que los sindicatos y los consejos industriales obreros se compenetren del mismo espíritu de resolución combativa, de conciencia y de comprensión de los mejores métodos de combate, es decir del espíritu comunista. Para llevarlo a cabo, los comunistas deben someter, de hecho, los sindicatos y los comités obreros al partido comunista y crear así organismos proletarios de masas que servirán de base para un poderoso partido proletario centralizado, que abarque a todas las organizaciones proletarias y las conduzca por la vía que lleva a la victoria de la clase obrera y a la dictadura del proletariado, al comunismo.

7.- Mientras los comunistas hacen de los sindicatos y de los consejos industriales un arma poderosa para la revolución, esas organizaciones de masas se preparan para el gran papel que les tocará desempeñar cuando se establezca la dictadura del proletariado. Su deber consistirá en convertirse en la base socialista de la nueva organización de la vida económica. Los sindicatos, organizados en calidad de pilares de la industria, basándose en los consejos industriales obreros que representarán a las organizaciones de fábricas y de empresas, enseñarán a las masas obreras su deber industrial, harán de los obreros más progresistas directores de empresas, organizarán el control técnico de los especialistas, estudiarán y ejecutarán, de acuerdo con los representantes del poder obrero, los planes de la política económica socialista.

III

Los sindicatos manifestaban en tiempos de paz tendencia a formar una unión internacional. Durante las huelgas, los capitalistas recurrían a la mano de obra de los países vecinos y a los servicios de “esquiroles” extranjeros. Pero antes de la guerra, la internacional sindical sólo tenía una importancia secundaria. Se ocupaba de la organización de ayudas financieras recíprocas y de un servicio de estadística relativo a la vida obrera, pero no trataba de unificar la vida obrera porque los sindicatos dirigidos por oportunistas hacían todo lo posible para sustraerse a toda lucha revolucionaria internacional. Los líderes oportunistas de los sindicatos que durante la guerra fueron los fieles servidores de la burguesía en sus respectivos países, tratan ahora de restaurar la internacional sindical haciendo de ella un arma del capitalismo internacional, dirigida contra el

proletariado. Crean con Jouhaux, Gompers, Legien, etc., una “secretaría de trabajo” junto a la Liga de las Naciones, que no es sino una organización de bandolerismo capitalista internacional. Tratan de aplastar, en todos los países, el movimiento huelguístico haciendo decretar el arbitraje obligatorio de los representantes del estado capitalista. Tratan de obtener, a fuerza de compromisos con los capitalistas, toda clase de favores para los obreros, a fin de romper de este modo la unión cada día más estrecha de la clase obrera. La Internacional sindical de Ámsterdam es, por lo tanto, el reemplazo de la II Internacional de Bruselas en bancarrota. Los obreros comunistas que forman parte de los sindicatos de todos los países deben, por el contrario, trabajar por la creación de un frente sindicalista internacional. Ya no se trata de la obtención de recursos pecuniarios en caso de huelga sino que ahora es preciso que, cuando el peligro amenace a la clase obrera de un país, sindicatos de los otros países, en calidad de organizaciones de masas, tomen su defensa y hagan todo lo posible para impedir que la burguesía de su país vaya en ayuda de aquella que está en conflicto con la clase obrera. En todos los estados, la lucha económica del proletariado se torna cada vez más revolucionaria. Por eso los sindicatos deben emplear conscientemente su fuerza en apoyar toda acción revolucionaria, tanto en su propio país como en los otros. Con ese objetivo, deben orientarse hacia la mayor centralización de la acción, no solamente en cada país sino también en la Internacional. Lo harán adhiriendo a la Internacional Comunista y fusionando allí en un solo ejército a los distintos elementos comprometidos en el combate, para que actúen de forma concertada y se presten una ayuda mutua.

TESIS Y ADICIONES SOBRE LOS PROBLEMAS NACIONAL Y COLONIAL

A. Tesis

1.- A la democracia burguesa, por su naturaleza misma, le es propio un modo abstracto o formal de plantear el problema de la igualdad en general, incluyendo la igualdad nacional. A título de igualdad de la persona humana en general, la democracia burguesa proclama la igualdad formal o jurídica entre el propietario y el proletario, entre el explotador y el explotado, llevando así al mayor engaño a las clases oprimidas. La idea de la igualdad, que en sí misma constituye un reflejo de las relaciones de la producción mercantil, viene a ser en manos de la burguesía un arma de lucha contra la supresión de las clases bajo el pretexto de una igualdad absoluta de las

personas. El verdadero sentido de la reivindicación de la igualdad no consiste sino en exigir la supresión de las clases.

2.- De acuerdo con su tarea fundamental de luchar contra la democracia burguesa y de desenmascarar la falsedad y la hipocresía de la misma, los partidos comunistas, intérpretes conscientes de la lucha del proletariado por el derrocamiento del yugo de la burguesía, deben, en lo referente al problema nacional, centrar también su atención, no en los principios abstractos o formales, sino:

1) en apreciar con toda exactitud la situación histórica concreta y, ante todo, la situación económica;

2) diferenciar con toda nitidez los intereses de las clases oprimidas, de los trabajadores, de los explotados y el concepto general de los intereses de toda la nación en su conjunto, que no es más que la expresión de los intereses de la clase dominante;

3) asimismo deben dividir netamente las naciones en: naciones dependientes, sin igualdad de derechos, y naciones opresoras, explotadoras, soberanas, por oposición a la mentira democráticoburguesa, la cual encubre la esclavización colonial y financiera (cosa inherente a la época del capital financiero y el imperialismo) de la enorme mayoría de la población de la tierra por una insignificante minoría de países capitalistas riquísimos y avanzados.

3.- La guerra imperialista de 1914-1918 ha puesto de relieve con particular claridad ante todas las naciones y ante las clases oprimidas del mundo entero la mendacidad de la fraseología democráticoburguesa, al demostrar en la práctica que el Tratado de Versalles dictado por las famosas “democracias occidentales” constituye una violencia incluso más feroz e infame sobre las naciones débiles que el Tratado de Brest-Litovsk impuesto por los “junkers” alemanes y el káiser. La Sociedad de las Naciones, así como toda la política de posguerra de la Entente, ponen de manifiesto con mayor evidencia y de un modo incluso más tajante esta verdad, reforzando en todas partes la lucha revolucionaria, tanto del proletariado de los países avanzados como de todas las masas trabajadoras de los países coloniales y dependientes, y acelerando el desmoronamiento de las ilusiones nacionales pequeño burguesas sobre la posibilidad de la convivencia pacífica y de la igualdad nacional bajo el capitalismo.

4.- De las tesis esenciales arriba expuestas se desprende que la base de toda la política de la Internacional Comunista, en lo que al problema nacional y colonial se refiere, debe consistir en acercar a las masas proletarias y trabajadoras de todas las naciones y de todos los países para la lucha revolucionaria común por el derrocamiento de los terratenientes y de la

burguesía, ya que sólo un acercamiento de esta clase garantiza el triunfo sobre el capitalismo, sin el cual es imposible suprimir la opresión nacional y la desigualdad de derechos.

5.- La situación política mundial ha planteado ahora en la orden del día la dictadura del proletariado, y todos los acontecimientos de la política mundial convergen de un modo inevitable en un punto central, a saber: la lucha de la burguesía mundial contra la República Soviética de Rusia, que de un modo ineluctable agrupa a su alrededor, por una parte a los movimientos soviéticos de los obreros de vanguardia de todos los países, y, por otra, a todos los movimientos de liberación nacional de los países coloniales y de las nacionalidades oprimidas, que se convencen por amarga experiencia de que no existe para ellos otra salvación que el triunfo del poder de los soviets sobre el imperialismo mundial.

6.- Por lo tanto, en la actualidad no hay que limitarse a reconocer o proclamar simplemente el acercamiento entre los trabajadores de las distintas naciones, sino que es preciso desarrollar una política que lleve a cabo la unión más estrecha entre los movimientos de liberación nacional y colonial con la Rusia soviética, haciendo que las formas de esta unión estén en consonancia con los grados de desarrollo del movimiento comunista en el seno del proletariado de cada país o del movimiento democrático-burgués de liberación de los obreros y campesinos en los países atrasados o entre las nacionalidades atrasadas.

7.- La federación es la forma de transición hacia la unidad completa de los trabajadores de las diversas naciones. El principio federativo ha revelado ya en la práctica su utilidad, tanto en las relaciones entre la República Federativa Socialista Soviética de Rusia y las otras repúblicas soviéticas (de Hungría, de Finlandia, Letonia, en el pasado, y de Azerbaiyán, de Ucrania en el presente), como dentro de la misma RFSSR en lo referente a las nacionalidades que anteriormente carecían tanto de estado propio como de autonomía (por ejemplo, las repúblicas autónomas de Bashkiria y Tataria dentro de la RFSSR, fundadas en 1919 y 1920, respectivamente).

8.- En este sentido la tarea de la Internacional Comunista consiste en seguir desarrollando, así como en estudiar y comprobar en la experiencia, estas nuevas federaciones que surgen sobre la base del régimen y del movimiento soviéticos. Al reconocer la federación como forma de transición hacia la unidad completa, es necesario tender a estrechar cada vez más la unión federativa, teniendo presente:

1.- que sin una alianza estrecha de las repúblicas soviéticas es imposible salvaguardar la existencia de éstas dentro del cerco de las potencias imperialistas del mundo, incomparablemente más poderosas en el plano militar;

2.- que es imprescindible una alianza económica estrecha de las repúblicas soviéticas, sin lo cual no sería realizable la restauración de las fuerzas productivas destruidas por el imperialismo ni se podría asegurar el bienestar de los trabajadores;

3.- la tendencia a crear una economía mundial única formando un todo, regulada según un plan general por el proletariado de todas las naciones, tendencia que ya se ha revelado con toda nitidez bajo el capitalismo y que sin duda alguna está llamada a desarrollarse y triunfar bajo el socialismo.

9.- En el terreno de las relaciones internas del estado, la política nacional de la Internacional Comunista no puede circunscribirse a un simple reconocimiento formal, puramente declarativo, y que en la práctica no obliga a nada, de la igualdad de las naciones, cosa que hacen los demócratas burgueses, ya sea los que se confiesan francamente como tales o los que, como los de la II Internacional, se encubren con el título de socialistas.

No sólo en toda su obra de agitación y propaganda (tanto desde la tribuna parlamentaria como fuera de la misma) deben los partidos comunistas desenmascarar implacablemente las violaciones continuas de la igualdad jurídica de las naciones y de las garantías de los derechos de las minorías nacionales en todos los estados capitalistas, a despecho de sus constituciones “democráticas”, sino que deben también: explicar constantemente que el régimen soviético es el único capaz de proporcionar realmente la igualdad de derechos de las naciones, al unificar primero al proletariado y luego a toda la masa de los trabajadores en la lucha contra la burguesía; es imprescindible que todos los partidos comunistas presten una ayuda directa al movimiento revolucionario en las naciones dependientes o en las que no gozan de derechos iguales (por ejemplo en Irlanda, entre los negros en Estados Unidos, etc.) y en las colonias.

Sin esta última condición, de suma importancia, la lucha contra la opresión de las naciones dependientes y de los países coloniales, lo mismo que el reconocimiento de su derecho a separarse y formar un estado aparte, sigue siendo un rótulo embustero, como lo vemos en los partidos de la II Internacional.

10.- El reconocimiento verbal del internacionalismo y su sustitución efectiva, en toda la propaganda y agitación, y en la labor práctica, por el nacionalismo y el pacifismo pequeñoburgués, constituye el fenómeno más

común, no sólo entre los partidos de la II Internacional, sino también entre los que se retiraron de ella y a menudo incluso entre los que ahora se denominan a sí mismos partidos comunistas. La lucha contra este mal, contra los prejuicios nacionales pequeñoburgueses más arraigados, adquiere tanta mayor importancia cuanto mayor es la palpitante actualidad de la tarea de transformar la dictadura del proletariado, convirtiéndola, de nacional (es decir, que existe en un solo país y que no es capaz de determinar la política mundial) en internacional (es decir, en dictadura del proletariado cuando menos en varios países avanzados, capaz de tener una influencia decisiva sobre toda la política mundial). El nacionalismo pequeñoburgués proclama como internacionalismo el mero reconocimiento de la igualdad de derechos de las naciones, y nada más (dejo a un lado el carácter puramente verbal de semejante reconocimiento), manteniendo intacto el egoísmo nacional, en tanto que el internacionalismo proletario exige:

- 1) la subordinación de los intereses de la lucha proletaria en un país a los intereses de esta lucha a escala mundial;
- 2) que la nación que triunfa sobre la burguesía sea capaz y esté dispuesta a hacer los mayores sacrificios nacionales en aras del derrocamiento del capital internacional.

Así, pues en los estados ya completamente capitalistas en los que actúan partidos obreros que son la verdadera vanguardia del proletariado, la tarea esencial y primordial consiste en luchar contra las desviaciones oportunistas, pequeño burguesas y pacifistas de la concepción y de la política del internacionalismo.

11.- En lo referente a los estados y a las naciones más atrasados, donde predominan las relaciones feudales, patriarcales o patriarcal-campesinas, es preciso tener presente sobre todo:

- 1) La obligación de todos los partidos comunistas de ayudar al movimiento democrático-burgués de liberación en esos países: el deber de prestar la ayuda más activa incumbe, en primer término a los obreros del país del cual, en el sentido colonial o financiero, depende la nación atrasada;
- 2) La necesidad de luchar contra el clero y los demás elementos reaccionarios y medievales que ejercen influencia en los países atrasados;
- 3) La necesidad de luchar contra el panislamismo y otras corrientes de esta índole que tratan de combinar el movimiento de liberación contra el imperialismo europeo y norteamericano con el fortalecimiento de las posiciones de los khanes, de los terratenientes, de los mulás, etc.;

4) La necesidad de apoyar especialmente el movimiento campesino en los países atrasados contra los terratenientes, contra la gran propiedad territorial, contra toda clase de manifestaciones o resabios del feudalismo, y esforzarse por dar al movimiento campesino el carácter más revolucionario, realizando una alianza estrechísima entre el proletariado comunista de la Europa Occidental y el movimiento revolucionario de los campesinos de Oriente, de los países coloniales y de los países atrasados en general; es indispensable, en particular, realizar todos los esfuerzos para aplicar los principios esenciales del régimen soviético en los países en que predominan las relaciones precapitalistas, por medio de la creación de “soviets de trabajadores”, etc.;

5) La necesidad de luchar resueltamente contra los intentos hechos por los movimientos de liberación, que no son en realidad ni comunistas ni revolucionarios, de adoptar el color del comunismo; la Internacional Comunista debe apoyar los movimientos revolucionarios en los países coloniales y atrasados, sólo a condición que los elementos de los futuros partidos proletarios, comunistas no sólo por su nombre, se agrupen y se eduquen en todos los países atrasados en la conciencia de la misión especial que les incumbe: luchar contra los movimientos democrático-burgueses dentro de sus naciones; la Internacional Comunista debe sellar una alianza temporal con la democracia burguesa de los países coloniales y atrasados, pero no debe fusionarse a ella y tiene que mantener incondicionalmente la independencia del movimiento proletario incluso en sus formas más embrionarias;

6) la necesidad de explicar infatigablemente y desenmascarar continuamente ante las grandes masas trabajadoras de todos los países, sobre todo de los trabajadores, el engaño que utilizan sistemáticamente las potencias imperialistas, las cuales, bajo el aspecto de estados políticamente independientes, crean en realidad estados desde todo punto de vista sojuzgados por ellos en el sentido económico, financiero y militar. Como un ejemplo flagrante de los engaños practicados con la clase trabajadora en los países sometidos por los esfuerzos combinados del imperialismo de los Aliados y de la burguesía de tal o cual nación, podemos citar el asunto de los sionistas en Palestina, país en el que so pretexto de crear un estado judío, allí donde los judíos son una minoría insignificante, el sionismo ha entregado a la población autóctona de los trabajadores árabes a la explotación de Inglaterra. En la situación internacional presente no hay para las naciones dependientes y débiles otra salvación que la Federación de Repúblicas Soviéticas.

12.- La opresión secular de las nacionalidades coloniales y débiles por las potencias imperialistas ha dejado entre las masas trabajadoras de los países oprimidos, no sólo un rencor, sino también una desconfianza hacia las naciones opresoras en general, incluyendo al proletariado de estas naciones. La vil traición al socialismo por parte de la mayoría de los jefes oficiales de ese proletariado durante los años de 1914 a 1919, cuando de modo socialchovinista encubrían con la “defensa de la patria” la defensa del “derecho” de “su propia” burguesía a oprimir las colonias y a expoliar a los países financieramente dependientes, no ha podido dejar de acentuar esta

desconfianza en todo sentido legítimo. Por otra parte, cuanto más atrasado es un país tanto más pronunciados son la pequeña producción agrícola, el estado patriarcal y el aislamiento, lo cual conduce de modo ineludible a un desarrollo particularmente vigoroso y persistente de los prejuicios pequeñoburgueses más arraigados a saber: los prejuicios de egoísmo nacional, de estrechez nacional. La extinción de esos prejuicios es necesariamente un proceso muy lento, puesto que sólo pueden desaparecer después de la desaparición del imperialismo y el capitalismo en los países avanzados y una vez que cambie radicalmente toda la base de la vida económica de los países atrasados. De ahí surge el deber, para el proletariado comunista consciente de todos los países, de demostrar circunspección y atención particulares frente a las supervivencias de los sentimientos nacionales en los países y en las nacionalidades que han sufrido una prolongadísima opresión; asimismo es su deber hacer ciertas concesiones con el fin de apresurar la desaparición de esa desconfianza y esos prejuicios. La causa del triunfo sobre el capitalismo no puede tener su remate eficaz si el proletariado, y luego todas las masas trabajadoras de todos los países y naciones del mundo entero, no demuestran una aspiración voluntaria a la alianza y a la unidad.

B. Tesis suplementarias

1.- La determinación exacta de las relaciones de la Internacional Comunista con el movimiento revolucionario en los países que están dominados por el imperialismo capitalista, en particular de la China, es uno de los problemas más importantes para el 2º Congreso de la Internacional Comunista. La revolución mundial entra en un período en el cual es necesario un conocimiento exacto de esas relaciones. La gran guerra europea y sus resultados han demostrado muy claramente que las masas de los países sometidos fuera de los límites de Europa están vinculados de manera absoluta al movimiento proletario de Europa y que esa es una consecuencia inevitable del capitalismo mundial centralizado.

2.- Las colonias constituyen una de las principales fuentes de las fuerzas del capitalismo europeo.

Sin la posesión de grandes mercados y de extensos territorios de explotación en las colonias, las potencias capitalistas de Europa no podrían mantenerse durante mucho tiempo.

Inglaterra, fortaleza del imperialismo, superproduce desde hace más de un siglo. Sólo conquistando territorios coloniales, mercados suplementarios para la venta de los productos de superproducción y fuentes de materias primas para su creciente industria Inglaterra logró mantener, pese a sus

cargas, su régimen capitalista. Fue mediante la esclavitud de centenares de millones de habitantes de Asia y África que el imperialismo inglés llegó a mantener hasta ahora al proletariado británico bajo la dominación burguesa.

3.- La plusvalía obtenida por la explotación de las colonias es uno de los apoyos del capitalismo moderno. Mientras esta fuente de beneficios no sea suprimida, será difícil para la clase obrera vencer al capitalismo.

Gracias a la posibilidad de explotar intensamente la mano de obra y las fuentes naturales de materias primas de las colonias, las naciones capitalistas de Europa han tratado, no sin éxito, de evitar por todos esos medios, su inminente bancarrota.

El imperialismo europeo logró en sus propios países hacer concesiones cada vez más grandes a la aristocracia obrera. Mientras por una parte trata de mantener las condiciones de vida de los obreros en los países sometidos a un nivel muy bajo, no retrocede ante ningún sacrificio y consiente en sacrificar la plusvalía en sus propios países, pues aún le queda la de las colonias.

4.- La supresión por parte de la revolución proletaria del poderío colonial europeo acabará con el capitalismo europeo. La revolución proletaria y la revolución de las colonias deben aunarse, en una cierta medida, para la finalización victoriosa de la lucha. Por lo tanto, la Internacional Comunista tiene que ampliar el círculo de su actividad. Debe estrechar relaciones con las fuerzas revolucionarias que tratan de destruir el imperialismo en los países económica y políticamente dominados.

5.- La Internacional Comunista concentra la voluntad del proletariado revolucionario mundial. Su tarea consiste en organizar a la clase obrera de todo el mundo para la liquidación del orden capitalista y el establecimiento del comunismo.

La Internacional Comunista es un instrumento de lucha que tiene por tarea agrupar a todas las fuerzas revolucionarias del mundo.

La II Internacional, dirigida por un grupo de politiqueros y penetrada por concepciones burguesas, no asignó ninguna importancia a la cuestión colonial. Para ella, el mundo sólo existía dentro de los límites de Europa. No consideró la necesidad de vincular al movimiento revolucionario de los otros continentes. En lugar de prestar ayuda material y moral al

movimiento revolucionario de las colonias, los miembros de la II Internacional se convirtieron en imperialistas.

6.- El imperialismo extranjero que pesa sobre los pueblos orientales, les ha impedido desarrollarse, en el orden social y económico, simultáneamente con las clases de Europa y América.

Debido a que la política imperialista obstaculizó el desarrollo industrial de las colonias, no pudo surgir una clase proletaria en el sentido exacto del término si bien, en estos últimos tiempos, las artesanías locales han sido destruidas por la competencia de los productos de las industrias centralizadas de los países imperialistas.

La consecuencia de esto fue que la gran mayoría del pueblo se vio relegada al campo y obligada a dedicarse al trabajo agrícola y a la producción de materias primas para la exportación.

Así se produjo una rápida concentración de la propiedad agraria en manos ya sea de los grandes propietarios terratenientes, del capital financiero o del estado, y se creó una poderosa masa de campesinos sin tierra. Además, la gran masa de la población fue mantenida en la ignorancia.

El resultado de esta política es evidente: en aquellos países donde el espíritu revolucionario se manifiesta, sólo encuentra su expresión en la clase media cultivada.

La dominación extranjera obstaculiza el libre desarrollo de las fuerzas económicas. Por eso su destrucción es el primer paso de la revolución en las colonias y por eso la ayuda aportada a la destrucción del poder extranjero en las colonias no es, en realidad, una ayuda al movimiento nacionalista de la burguesía indígena sino la apertura del camino para el propio proletariado oprimido.

7.- En los países oprimidos existen dos movimientos que cada día se separan más: el primero es el movimiento burgués democrático nacionalista que tiene un programa de independencia política y de orden burgués; el otro es el de los campesinos y obreros ignorantes y pobres que luchan por su emancipación de todo tipo de explotación.

El primero intenta dirigir al segundo y en cierta medida lo ha conseguido con frecuencia. Pero la Internacional Comunista y los partidos adheridos deben combatir esta tendencia y tratar de desarrollar el sentimiento de clase independiente en las masas obreras de las colonias.

Al respecto, una de las tareas más importantes es la formación de partidos comunistas que organicen a los obreros y los campesinos y los conduzcan a la revolución y al establecimiento de la república soviética.

8.- Las fuerzas del movimiento de emancipación en las colonias no están limitadas al pequeño círculo del nacionalismo burgués democrático. En la mayoría de las colonias, ya hay un movimiento social-revolucionario o partidos comunistas vinculados estrechamente con las masas obreras. Las relaciones de la Internacional Comunista con el movimiento revolucionario de las colonias deben servir a esos partidos o a esos grupos, pues son la vanguardia de la clase obrera. Si bien actualmente son débiles, representan, sin embargo, la voluntad de las masas, y éstas los seguirán por el camino revolucionario. Los partidos comunistas de los diferentes países imperialistas deben trabajar en contacto con esos partidos proletarios en las colonias y prestarles ayuda moral y material.

9.- La revolución en las colonias, en su primer estadio, no puede ser una revolución comunista, pero si desde su comienzo la dirección está en manos de una vanguardia comunista, las masas no se desorientarán y en los diferentes períodos del movimiento su experiencia revolucionaria irá aumentando.

Sería un error pretender aplicar inmediatamente en los países orientales los principios comunistas respecto a la cuestión agraria. En su primer estadio, la revolución en las colonias debe tener un programa que incluya reformas pequeño burguesas tales como el reparto de la tierra. Pero eso no significa necesariamente que la dirección de la revolución deba ser abandonada en manos de la democracia burguesa. Por el contrario, el partido proletario debe desarrollar una propaganda poderosa y sistemática a favor de los soviets, y organizar los soviets de campesinos y de obreros. Esos soviets deberán trabajar en estrecha colaboración con las repúblicas soviéticas de los países capitalistas adelantados para lograr la victoria final sobre el capitalismo en todo el mundo.

De este modo, las masas de los países atrasados, conducidas por el proletariado consciente de los países capitalistas desarrollados, accederán al comunismo sin pasar por los diferentes estadios del desarrollo capitalista.

TESIS SOBRE LA CUESTIÓN AGRARIA

1.- Sólo el proletariado urbano e industrial, dirigido por el Partido Comunista, puede librar a las masas trabajadoras rurales del yugo del capital y de la gran propiedad agraria de los terratenientes, de la ruina económica y de las guerras imperialistas, inevitables mientras se mantenga el régimen capitalista. Las masas trabajadoras del campo no tienen otra salvación que su alianza con el proletariado comunista y apoyar abnegadamente su lucha revolucionaria para derribar el yugo de los terratenientes (grandes propietarios agrarios) y de la burguesía.

Por otra parte, los obreros industriales no podrán cumplir su misión histórica de liberar a la humanidad de la opresión del capital y de las guerras, si se encierran en el marco de intereses estrechamente corporativos, estrechamente profesionales y se limitan, con suficiencia, a preocuparse sólo de mejorar su situación que a veces es pasable desde el punto de vista pequeñoburgués. Esto es precisamente lo que ocurre en muchos países avanzados donde hay una “aristocracia obrera”, la cual constituye la base de los partidos pseudosocialistas de la II Internacional, pero que en realidad son los peores enemigos del socialismo, traidores del socialismo, chovinistas pequeño burgueses, agentes de la burguesía en el seno del movimiento obrero. El proletariado actúa como clase verdaderamente revolucionaria, auténticamente socialista, sólo cuando en sus manifestaciones y actos actúa como vanguardia de todos los trabajadores y explotados, como jefe de los mismos en la lucha para derribar a los explotadores, cosa que no puede ser llevada a cabo sin introducir la lucha de clases en el campo, sin agrupar a las masas de trabajadores rurales en torno al Partido Comunista del proletariado urbano, sin que éste eduque a aquéllas.

2.- Las masas trabajadoras y explotadas del campo a las que el proletariado urbano debe conducir a la lucha o, cuanto menos, ganar para su causa, están representadas en todos los países capitalistas por:

- 1) el proletariado agrícola, los obreros asalariados (contratados por año, por temporada, por jornada), que ganan su sustento trabajando a jornal en empresas capitalistas agrícolas. La tarea *fundamental* de los partidos comunistas de todos los países consiste en organizar esta clase independiente y distinta de los demás grupos de la población rural (en el terreno político, militar, sindical, cooperativo, cultural, etc.), desplegar entre ella una intensa propaganda y agitación, atraerla al lado del poder soviético y de la dictadura del proletariado.

2) los semiproletarios o campesinos parcelarios, es decir, los que ganan su sustento, en parte mediante el trabajo asalariado en empresas capitalistas agrícolas e industriales y, en parte, trabajando en la parcela propia o tomada en arriendo, lo que les suministra sólo cierta parte de los productos necesarios para la subsistencia de sus familias. Este grupo de la población trabajadora del campo es muy numeroso en todos los países capitalistas; los representantes de la burguesía y los “socialistas” amarillos de la II Internacional disimulan su existencia y su situación especial, ora engañando conscientemente a los obreros, ora creyendo ciegamente en la rutina de las concepciones pequeño burguesas y confundiendo a estos trabajadores con la masa común de los “campesinos” en general. Semejante procedimiento de embaucar a la manera burguesa a los obreros se advierte, sobre todo, en Alemania y en Francia, luego en los EEUU, así como en otros países. Cuando los partidos comunistas organicen debidamente su labor, este grupo será su partidario seguro, porque la situación de estos semiproletarios es sumamente penosa y porque bajo el poder soviético y la dictadura del proletariado sus ventajas serán enormes e inmediatas.

3) los pequeños campesinos, es decir, los pequeños labradores que poseen, ya sea como propiedad o tomada en arriendo, una parcela de tierra tan reducida, que cubriendo las necesidades de sus familias y de su hacienda, no precisan contratar jornaleros. Esta categoría, como tal, sale ganando de un modo absoluto con el triunfo del proletariado, el cual le garantiza en el acto y por completo:

a) la supresión de los arriendos o la exención de la entrega de una parte de la cosecha (por ejemplo los nétayers [aparceros] en Francia, lo mismo en Italia, etc.) a los grandes propietarios agrarios;

b) la supresión de las hipotecas;

e) la supresión de las múltiples formas de opresión y dependencia de los grandes propietarios agrarios (disfrute de los bosques, etc.);

d) la ayuda inmediata a sus haciendas por parte del poder estatal proletario (la posibilidad de emplear los aperos de labranza y parte de las instalaciones en las grandes haciendas capitalistas expropiadas por el proletariado; la transformación inmediata por el poder estatal proletario de las cooperativas y asociaciones agrícolas, que ante todo servían bajo el capitalismo a los campesinos ricos y medios, en organizaciones destinadas a ayudar, en primer término, a los campesinos pobres, es

decir, a los proletarios, semiproletarios y pequeños campesinos, etc.), y otras muchas ventajas.

A la par con esto, los partidos comunistas deben tener bien presente que en el período de transición del capitalismo al comunismo, o sea durante la dictadura del proletariado, en este sector son inevitables las vacilaciones, por lo menos en cierta medida, a favor de una libertad de comercio ilimitada y del libre ejercicio de derechos de propiedad privada, pues este sector, siendo ya (si bien en pequeña parte) vendedor de artículos de consumo, está corrompido por la especulación y por los hábitos de propietario. Sin embargo, si el proletariado victorioso sigue una política firme, si ajusta resueltamente las cuentas a los grandes propietarios de la tierra y a los campesinos ricos, las vacilaciones de este sector no pueden ser considerables y no podrán cambiar el hecho de que, en general y en su conjunto, se encontrará al lado de la revolución proletaria.

3.- Los tres grupos señalados, en su conjunto, constituyen en todos los países capitalistas la mayoría de la población rural. Por eso, está completamente asegurado el éxito de la revolución proletaria, no sólo en la ciudad sino también en el campo. Está muy extendida la opinión contraria. Pero ésta se mantiene únicamente gracias a forzar la ciencia con mentiras:

1.- la ciencia y la estadística burguesas emplean sistemáticamente el engaño, disimulando por todos los medios el profundo abismo que media entre las clases rurales indicadas y los explotadores, los terratenientes y capitalistas, así como entre los semiproletarios y los pequeños campesinos, por un lado, y los campesinos ricos, por otro;

2.- se mantiene debido a la incapacidad y a la falta de deseo de los héroes de la II Internacional amarilla y de la “aristocracia obrera” de los países avanzados, corrompida por las prebendas imperialistas, de desarrollar una verdadera labor proletaria revolucionaria de propaganda, agitación y organización entre los campesinos pobres; los oportunistas dirigen y dirigen toda su atención a la tarea de inventar formas de conciliación teórica y práctica con la burguesía, incluyendo al campesino rico y medio (de éstos hablaremos más adelante), y no a la del derrocamiento revolucionario del gobierno burgués y de la burguesía por el proletariado;

3.- debido a la incompreensión obstinada, que ya tiene el arraigo de un prejuicio (vinculado a todos los prejuicios democráticoburgueses y parlamentarios), de esta verdad, perfectamente demostrada por el marxismo en el terreno teórico y completamente confirmada por la experiencia de la revolución proletaria en Rusia, a saber: que la población rural de las tres categorías arriba señaladas, embrutecida hasta el extremo, desperdigada, oprimida, condenada en todos los países, incluso en los más avanzados, a vegetar en condiciones de vida semibárbara, interesada desde el punto de vista económico, social y cultural en el triunfo del socialismo, es capaz de apoyar enérgicamente al proletariado

revolucionario únicamente *después* que éste conquiste el poder político, sólo *después* que ajuste terminantemente las cuentas a los grandes terratenientes y a los capitalistas, sólo después de que estos hombres oprimidos vean *en la práctica* que tienen un jefe y un defensor organizado, lo bastante poderoso y firme para ayudar y dirigir, para señalar el camino acertado.

4.- Por “campesinos medios”, en el sentido económico de la palabra, debe entenderse a los pequeños agricultores que poseen, ya sea a título de propiedad o en arriendo, también pequeñas parcelas de tierra, si bien tales que, en primer lugar, proporcionan bajo el capitalismo, por regla general, no sólo el rendimiento necesario para sostener pobremente a su familia y su hacienda, sino también la posibilidad de obtener cierto excedente, que puede, por lo menos en los años mejores, convertirse en capital; tales que, en segundo lugar, permiten recurrir, en muchos casos (por ejemplo: en una hacienda de cada dos o tres), al empleo de mano de obra asalariada. Un ejemplo concreto de campesinado medio en un país capitalista avanzado lo ofrece en Alemania, según el censo de 1907, el grupo de explotaciones de 5 a 10 hectáreas, una tercera parte de las cuales emplean obreros asalariados. En Francia, país donde están más desarrollados los cultivos especiales, por ejemplo, la viticultura, que requieren mayor empleo de mano de obra, el grupo correspondiente emplea, probablemente, en mayores proporciones aun el trabajo asalariado.

El proletariado revolucionario no puede acometer (por lo menos, en un porvenir inmediato y en los primeros tiempos del período de la dictadura del proletariado) la empresa de atraerse a esta capa. Tiene que limitarse a la tarea de neutralizarla, es decir, de hacer que sea neutral en la lucha entre el proletariado y la burguesía. Las vacilaciones de este sector entre las dos fuerzas son inevitables, y al comienzo de la nueva época su tendencia predominante, en los países capitalistas desarrollados, será favorable a la burguesía. Porque aquí prevalecen la mentalidad y el espíritu de propietarios; el interés por la especulación, por la “libertad” de comercio y de propiedad es inmediato; el antagonismo con los obreros asalariados es directo. El proletariado triunfante mejoraría inmediatamente la situación de este sector, suprimiendo los arriendos y las hipotecas. En la mayoría de los estados capitalistas el poder proletario no debe en manera alguna suprimir inmediata y completamente la propiedad privada; en todo caso, no sólo garantiza a los campesinos pequeños y medios la conservación de sus parcelas de tierra, sino que las aumenta hasta las proporciones de la superficie que ellos arriendan comúnmente (supresión de los arrendamientos).

Las medidas de este género, junto con la lucha impecable contra la burguesía, garantizan por completo el éxito de la política de neutralización.

El paso a la agricultura colectiva debe ser llevado a cabo por el poder estatal proletario únicamente con las mayores precauciones y de un modo gradual, sirviéndose del ejemplo, sin ejercer coacción alguna sobre los campesinos medios.

5.- Los campesinos ricos (*Grossbauern*) son los patronos capitalistas en la agricultura, que explotan su hacienda, como norma, relacionados con el “campesinado” por su nivel cultural poco elevado, por su modo de vivir, por su trabajo personal manual en su hacienda. Los campesinos ricos constituyen el sector más numeroso entre las capas burguesas, enemigas directas y decididas del proletariado revolucionario. En su labor en el campo, los partidos comunistas deben prestar la atención principal a la lucha contra este sector, a liberar a la mayoría de la población rural trabajadora y explotada de la influencia ideológica y política de estos explotadores, etc.

Después del triunfo del proletariado en la ciudad será completamente inevitable que surjan toda clase de manifestaciones de resistencia, de sabotaje y acciones armadas directas de carácter contrarrevolucionario por parte de este sector. Por esta razón el proletariado revolucionario debe iniciar, inmediatamente, la preparación ideológica y orgánica de las fuerzas necesarias para el desarme total de este sector, y, simultáneamente con el derrocamiento de los capitalistas en la industria, descargarle, en la primera manifestación de resistencia, el golpe más decisivo, implacable, aniquilador, armando para tal objeto al proletariado rural y organizando en el campo soviets en los cuales no se debe permitir que figuren los explotadores y debe asegurarse el predominio de los proletarios y semiproletarios.

Sin embargo, la expropiación incluso de los campesinos ricos no debe ser en manera alguna la tarea inmediata del proletariado victorioso, pues no existen aún condiciones materiales, en particular técnicas, como tampoco sociales, para colectivizar estas haciendas. En ciertos casos, probablemente excepcionales, se les confiscarán los lotes que dan en arriendo o que son imprescindibles para los campesinos pobres de la vecindad; a éstos también habrá que garantizarles el usufructo gratuito, bajo determinadas condiciones, de una parte de la maquinaria agrícola de los campesinos ricos, etc. Pero, como regla general, el poder estatal proletario debe dejar sus tierras a campesinos ricos, confiscándolas sólo si oponen resistencia al poder de los trabajadores y explotados. La experiencia de la revolución proletaria de Rusia, donde la lucha contra los campesinos ricos se complicó y prolongó debido a una serie de condiciones especiales, demostró, a pesar de todo, que este sector, después de recibir una buena lección al menor

intento de resistencia, es capaz de cumplir lealmente las tareas que le asigna el estado proletario e incluso, si bien con extraordinaria lentitud, comienza a penetrarse de respeto hacia el poder que defiende a todo trabajador y que se muestra implacable frente a los ricos parasitarios.

Las condiciones especiales que complicaron y frenaron la lucha del proletariado, triunfante sobre la burguesía contra los campesinos ricos de Rusia se reducen principalmente a que la revolución rusa, después de la insurrección del 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917, pasó por una fase de lucha “democrático general”, es decir, en su base, democráticoburguesa, de todo el campesinado en su conjunto contra los terratenientes; luego, a la debilidad cultural y numérica del proletariado urbano; por último, a las enormes extensiones del país y al pésimo estado de sus vías de comunicación. Por cuanto en los países adelantados no existe este freno, el proletariado revolucionario de Europa y de Norteamérica debe preparar más enérgicamente y terminar con mayor rapidez, decisión y éxito, el triunfo completo sobre la resistencia de los campesinos ricos, arrebatarles la menor posibilidad de resistencia. Esta es una necesidad imperiosa, ya que antes de obtener este triunfo completo, definitivo, las masas de proletarios y semiproletarios rurales y de pequeños campesinos no estarán en condiciones de reconocer como completamente afianzado el poder estatal proletario.

6.- El proletariado revolucionario debe proceder a la confiscación inmediata y absoluta de todas las tierras de los terratenientes y grandes latifundistas, es decir, de quienes en los países capitalistas explotan de un modo sistemático, ya directamente o por medio de sus arrendatarios, a los obreros asalariados y a los pequeños campesinos (a veces incluso a los campesinos medios) de los alrededores, sin tomar ellos parte alguna en el trabajo manual, y pertenecen en su mayor parte a familias descendientes de los señores feudales (nobleza en Rusia, Alemania, Hungría; señores restaurados en Francia; lores en Inglaterra; antiguos esclavistas en Norteamérica), o los magnates financieros particularmente enriquecidos, o bien a una mezcla de estas dos categorías de explotadores y parásitos.

Los partidos comunistas no deben admitir en modo alguno la propaganda o la aplicación de a indemnización a favor de los grandes terratenientes por las tierras expropiadas, porque en las condiciones actuales de Europa y de Norteamérica esto significaría una traición al socialismo y una carga de nuevos tributos sobre las masas trabajadoras y explotadas, que son las que más sufrieron con una guerra que multiplicó el número de millonarios y aumentó sus riquezas.

En cuanto al modo de explotación de las tierras confiscadas por el proletariado triunfante a los grandes terratenientes, Rusia, debido a su atraso económico, ha llevado a cabo con preferencia el reparto de estas tierras entre los campesinos; sólo en casos relativamente raros, el estado proletario mantuvo las llamadas “haciendas soviéticas”, dirigiéndolas por su cuenta y trasformando a los antiguos jornaleros en obreros del estado y en miembros de los soviets que administran el estado. En los países capitalistas avanzados, la Internacional Comunista reconoce justo el mantener preferentemente las grandes empresas agropecuarias y la explotación de las mismas según el tipo de los “haciendas soviéticas” de Rusia.

Sería, sin embargo, un gravísimo error exagerar o generalizar esta norma y no admitir nunca la entrega gratuita de una parte de la tierra de los expropiadores expropiados a los pequeños campesinos y a veces hasta a los campesinos medios de la región.

En primer lugar, la objeción habitual consistente en aducir que las grandes explotaciones agrícolas son técnicamente superiores, se reduce con frecuencia a sustituir una verdad teórica indiscutible por el oportunismo de la peor especie y por la traición a la revolución. Para asegurar el éxito de esta revolución, el proletariado no tiene derecho a detenerse ante la disminución momentánea de la producción, así como no se detuvieron los burgueses enemigos del esclavismo en Estados Unidos ante la reducción temporal de la producción de algodón a consecuencia de la guerra civil de 1863-1865. Para los burgueses la producción es un fin en sí, pero a los trabajadores y explotados les importa más que nada derrocar a los explotadores y asegurar las condiciones que les permitan trabajar para sí mismos y no para el capitalista. La tarea primordial y fundamental del proletariado consiste en garantizar y afianzar su triunfo. Y no puede haber afianzamiento del poder proletario sin neutralizar a los campesinos medios y sin asegurarse el apoyo de una parte bastante considerable de los pequeños campesinos, si no de su totalidad.

En segundo lugar, no sólo el aumento, sino incluso el mantenimiento de la gran producción agrícola, supone la existencia de un proletariado rural completamente desarrollado, con conciencia revolucionaria, que haya pasado por una buena escuela de organización profesional y política. Donde falta esta condición o donde no existe la posibilidad de confiar con provecho esta misión a obreros industriales conscientes y competentes, los intentos de un paso prematuro a la dirección de las grandes explotaciones por el estado no pueden sino comprometer el poder proletario, y se requiere

sumo cuidado y la más sólida preparación en la creación de “haciendas soviéticas”.

En tercer lugar, en todos los países capitalistas, aun en los más avanzados, subsisten todavía restos de explotación medieval. semifeudal, de los pequeños campesinos por los grandes terratenientes, como, por ejemplo, los *Instleute* en Alemania, los *métayers* en Francia, los aparceros arrendatarios en Estados Unidos (no sólo los negros, los cuales son explotados en la mayoría de los casos en los estados del Sur precisamente de este modo, sino a veces hasta los blancos). En casos como estos, el estado proletario tiene el deber de entregar las tierras en usufructo gratuito a los pequeños campesinos que las arrendaban, porque no existe otra base económica y técnica, ni hay posibilidad de crearla de golpe.

El material de las grandes explotaciones debe ser obligatoriamente confiscado y convertido en patrimonio del estado, con la condición expresa que, después de que las grandes haciendas del estado hayan sido provistas del material necesario, los pequeños campesinos de los alrededores podrán utilizarlos en forma gratuita y en las condiciones que fije el estado proletario.

Si en los primeros momentos, después de llevarse a cabo la revolución proletaria, resulta imperioso, no sólo expropiar sin dilación a los grandes terratenientes, sino incluso desterrarlos o encerrarlos, como dirigentes de la contrarrevolución y como opresores despiadados de toda la población rural, a medida que se afiance el poder proletario, no sólo en la ciudad, sino también en el campo, es preciso realizar de modo sistemático todos los esfuerzos para que las fuerzas con que cuenta esta clase, poseedoras de una gran experiencia, de conocimientos y de capacidad de organización, sean aprovechadas (bajo un control especial de obreros comunistas segurísimos) en la creación de la gran agricultura socialista.

7.- La victoria del socialismo sobre el capitalismo y el afianzamiento del primero no podrán ser considerados como seguros sino cuando el poder estatal proletario, una vez aplastada definitivamente toda resistencia de los explotadores, garantizada la absoluta estabilidad y la subordinación completa a su régimen, reorganice toda la industria sobre la base de la gran producción colectiva y de la técnica más moderna (basada en la electrificación de toda la economía). Esto es lo único que permitirá a la ciudad prestar a la aldea atrasada y dispersa una ayuda técnica y social decisiva, con miras a crear la base material para elevar en vasta escala la productividad del cultivo de la tierra y de la actividad agrícola en general, estimulando así, con el ejemplo, a los pequeños labradores a pasar, en su

propio beneficio, a la gran agricultura colectiva y mecanizada. Esta verdad teórica incontestable, que todos los socialistas reconocen nominalmente, en la práctica es deformada por el oportunismo, que predomina tanto en la II Internacional amarilla como entre los líderes de los “independientes” alemanes e ingleses, lo mismo que entre los longuetistas franceses, etc. Su procedimiento consiste en fijar la atención en un futuro hermoso, de color de rosa, relativamente lejano, y en apartarla de las tareas inmediatas que son impuestas por el paso y el acercamiento concreto y difícil a ese futuro. En la práctica, esto se reduce a preconizar la conciliación con la burguesía y la “paz social”, es decir, a la traición completa al proletariado, el cual lucha hoy entre las ruinas y miserias sin precedentes, creadas en todas partes por la guerra, en tanto que un puñado de millonarios de una arrogancia ilimitada se ha enriquecido como nunca gracias a la guerra.

Justamente en el campo, la posibilidad efectiva de una lucha victoriosa por el socialismo reclama: primero, que todos los partidos comunistas eduquen en el proletariado industrial la conciencia de que son indispensables sacrificios en aras del derrocamiento de la burguesía y de la consolidación del poder proletario, pues la dictadura del proletariado significa tanto la capacidad de éste para organizar y conducir a todas las masas trabajadoras y explotadas, como la capacidad de la vanguardia de hacer los mayores sacrificios y demostrar el mayor heroísmo para conseguir este objetivo; en segundo lugar, para lograr el éxito, se requiere que la masa trabajadora y más explotada del campo obtenga del triunfo de los obreros inmediatas y sensibles mejoras en su situación a expensas de los explotadores, pues sin ello el proletariado industrial no tiene asegurado el apoyo del campo y, de modo particular, no podrá asegurar el abastecimiento de las ciudades.

8.- La enorme dificultad de organizar y educar para la lucha revolucionaria a las masas trabajadores del campo, colocadas por el capitalismo en condiciones de particular postración, de dispersión y, a menudo, de dependencia semimiedieval, impone a los partidos comunistas el deber de prestar una atención especial a la lucha huelguística en el campo, al apoyo intenso y al desarrollo múltiple de las huelgas de masas entre los proletarios y semiproletarios agrícolas. La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917, confirmada y ampliada ahora por la experiencia de Alemania de otros países avanzados, demuestra que sólo el desarrollo de la lucha huelguística de masas (a la cual, en ciertas condiciones, pueden y deben ser incorporados también los pequeños campesinos) es capaz de sacar al campo de su letargo, despertar entre las masas explotadas del agro la conciencia de clase, así como la conciencia de la necesidad de organizarse como clase, y demostrarles, en la práctica y de un modo evidente, la importancia de su alianza con los obreros de la ciudad.

El Congreso de la Internacional Comunista estigmatiza como traidores y felones a los socialistas (con los que cuenta, desgraciadamente, no sólo la II Internacional amarilla, sino también los tres partidos más importantes de Europa que se han retirado de ella) que no sólo son capaces de mostrarse indiferentes ante la lucha de la misma (como lo ha hecho K. Kautsky), sino también alegar que entraña el peligro de una disminución de la producción de artículos de consumo. Todo programa y toda declaración solemne carecen de valor si en la práctica, en los hechos, no se demuestra que los comunistas y los dirigentes obreros saben colocar por encima de todas las cosas el desarrollo y el triunfo de la revolución proletaria y saben hacer en su nombre los más grandes sacrificios, porque de lo contrario no hay salida ni salvación del hambre, de la ruina económica y de nuevas guerras imperialistas.

En particular, es preciso señalar que los dirigentes del viejo socialismo y los representantes de la “aristocracia obrera”, que en el presente hacen a menudo concesiones verbales al comunismo e incluso pasan nominalmente a su lado, con tal de conservar su prestigio entre las masas obreras que se hacen cada vez más revolucionarias, deben probar su lealtad a la causa del proletariado y su capacidad de ocupar cargos de responsabilidad, precisamente en las ramas del trabajo en que el desarrollo de la conciencia y de la lucha revolucionarias es más acentuado; en que la resistencia de los terratenientes y de la burguesía (campesinos ricos, kulaks) es más encarnizada; en que la diferencia entre el socialista conciliador y el comunista revolucionario se manifiesta con mayor evidencia.

9.- Los partidos comunistas deben empeñar todos los esfuerzos para empezar lo más pronto posible a crear en el campo soviets de diputados, en primer término, de los obreros asalariados y de los semiproletarios. Únicamente a condición de estar vinculados a la lucha huelguística de masas y a la clase más oprimida, los soviets serán capaces de cumplir su cometido y de afianzarse lo bastante para someter a su influencia (y después incorporar en su seno) a los pequeños campesinos. Pero si la lucha huelguística no está desarrollada aún y es débil la capacidad de organización del proletariado rural, debido al peso de la opresión de los terratenientes y campesinos ricos y a la falta de apoyo por parte de los obreros industriales y de sus sindicatos, la creación de soviets de diputados en el campo reclama una prolongada preparación: habrá que crear células comunistas, aunque sean pequeñas, desarrollar una intensa agitación exponiendo las reivindicaciones del comunismo del modo más popular posible y explicándolas con el ejemplo de las manifestaciones más notables

de explotación y de opresión, organizar visitas sistemáticas de los obreros industriales al campo, etc.

EL PARTIDO COMUNISTA Y EL PARLAMENTARISMO

I

LA NUEVA ÉPOCA Y EL NUEVO PARLAMENTARISMO

La actitud de los partidos socialistas con respecto al parlamentarismo consistía en un comienzo, en la época de la I Internacional, en utilizar los parlamentos burgueses para fines agitativos. Se consideraba la participación en la acción parlamentaria desde el punto de vista del desarrollo de la conciencia de clase, es decir del despertar de la hostilidad de las clases proletarias contra las clases dirigentes. Esta actitud se modificó no por la influencia de una teoría sino por la del progreso político. A consecuencia del incesante aumento de las fuerzas productivas y de la ampliación del dominio de la explotación capitalista, el capitalismo, y con él los estados parlamentarios, adquirieron una mayor estabilidad.

De allí la adaptación de la táctica parlamentaria de los partidos socialistas a la acción legislativa “orgánica” de los parlamentos burgueses y la importancia, siempre creciente, de la lucha por la introducción de reformas dentro de los marcos del capitalismo, el predominio del programa mínimo de los partidos socialistas, la transformación del programa máximo en una plataforma destinada a las discusiones sobre un lejano “objetivo final”. Sobre esta base se desarrolló el arribismo parlamentario, la corrupción, la traición abierta o solapada de los intereses primordiales de la clase obrera.

La actitud de la III Internacional con respecto al parlamentarismo no está determinada por una nueva doctrina sino por la modificación del papel del propio parlamentarismo. En la época precedente, el parlamento, instrumento del capitalismo en vías de desarrollo, trabajó en un cierto sentido, por el progreso histórico. Bajo las condiciones actuales, caracterizadas por el desencadenamiento del imperialismo, el parlamento se ha convertido en un instrumento de la mentira, del fraude, de la violencia, de la destrucción, de los actos de bandolerismo. Obras del imperialismo, las reformas parlamentarias, desprovistas de espíritu de continuidad y de

estabilidad y concebidas sin un plan de conjunto, han perdido toda importancia práctica para las masas trabajadoras.

El parlamentarismo, así como toda la sociedad burguesa, ha perdido su estabilidad. La transición del período orgánico al período crítico crea una nueva base para la táctica del proletariado en el dominio parlamentario. Así es como el partido obrero ruso (el partido bolchevique) determinó ya las bases del parlamentarismo revolucionario en una época anterior, al perder Rusia desde 1905 su equilibrio político y social y entrar desde ese momento en un período de tormentas y cambios violentos.

Cuando algunos socialistas que aspiran al comunismo afirman que en sus países aún no ha llegado la hora de la revolución y se niegan a separarse de los oportunistas parlamentarios, consideran, en el fondo, consciente o inconscientemente, al período que se inicia como un período de estabilidad relativa de la sociedad imperialista y piensan, por esta razón, que una colaboración con los Turati y los Longuet puede lograr, sobre esa base, resultados prácticos en la lucha por las reformas.

El comunismo debe tomar como punto de partida el estudio teórico de nuestra época (apogeo del capitalismo, tendencias del imperialismo a su propia negación y a su propia destrucción, agudización continua de la guerra civil, etc...). Las formas de las relaciones políticas y de las agrupaciones pueden diferir en los diversos países, pero la esencia de las cosas sigue siendo la misma en todas partes: para nosotros se trata de la preparación inmediata, política y técnica, de la sublevación proletaria que debe destruir el poder burgués y establecer el nuevo poder proletario.

Para los comunistas, el parlamento no puede ser actualmente, en ningún caso, el teatro de una lucha por reformas y por el mejoramiento de la situación de la clase obrera, como sucedió en ciertos momentos en la época anterior. El centro de gravedad de la vida política actual está definitivamente fuera del marco del parlamento. Por otra parte, la burguesía está obligada, por sus relaciones con las masas trabajadoras y también a raíz de las relaciones complejas existentes en el seno de las clases burguesas, a hacer aprobar de diversas formas algunas de sus acciones por el parlamento, donde las camarillas se disputan el poder, ponen de manifiesto sus fuerzas y sus debilidades, se comprometen, etc.

Por eso el deber histórico inmediato de la clase obrera consiste en arrancar esos aparatos a las clases dirigentes, en romperlos, destruirlos y sustituirlos por los nuevos órganos del poder proletario. Por otra parte el estado mayor revolucionario de la clase obrera está, profundamente interesado en contar,

en las instituciones parlamentarias de la burguesía, con exploradores que facilitarán su obra de destrucción. Inmediatamente se hace evidente la diferencia esencial entre la táctica de los comunistas que van al parlamento con fines revolucionarios y la del parlamentarismo socialista que comienza por reconocer la estabilidad relativa, la duración indefinida del régimen. El parlamentarismo socialista se plantea como tarea obtener reformas a cualquier precio. Está interesado en que cada conquista sea considerada por las masas como logros del parlamentarismo socialista (Turati, Longuet y Compañía).

El viejo parlamentarismo de adaptación es reemplazado por un nuevo parlamentarismo, que es una de las formas de destruir el parlamentarismo en general. Pero las tradiciones deshonestas de la antigua táctica parlamentaria acercan a ciertos elementos revolucionarios con los antiparlamentarios por principio (los IWW, los sindicalistas revolucionarios, el Partido Obrero Comunista de Alemania).

Considerando esta situación, el 2º Congreso de la Internacional Comunista llega a las siguientes conclusiones:

II

EL COMUNISMO, LA LUCHA POR LA DICTADURA DEL PROLETARIADO Y “POR LA UTILIZACIÓN” DEL PARLAMENTO BURGUÉS

1

1.- El parlamentarismo de gobierno se ha convertido en la forma “democrática” de la dominación de la burguesía, a la que le es necesaria, en un momento dado de su desarrollo, una ficción de representación popular que exprese en apariencia la “voluntad del pueblo” y no la de las clases pero en realidad, constituye en manos del capital reinante, un instrumento de coerción y opresión;

2.- El parlamentarismo es una forma determinada del estado. Por eso no es conveniente de ninguna manera para la sociedad comunista, que no conoce ni clases, ni lucha de clases, ni poder gubernamental de ningún tipo;

3.- El parlamentarismo tampoco puede ser la forma de gobierno “proletario” en el período de transición de la dictadura de la burguesía a la dictadura del proletariado. En el momento más grave de la lucha de clases, cuando ésta se transforma en guerra civil, el proletariado debe construir inevitablemente su propia organización gubernamental, considerada como una organización *de combate* en la cual los representantes de las antiguas

clases dominantes no serán admitidos. Toda ficción de *voluntad popular* en el transcurso de este estadio es perjudicial para el proletariado. Éste no tiene ninguna necesidad de la separación parlamentaria de los poderes que inevitablemente le sería nefasta. La república de los soviets es la forma de la dictadura del proletariado;

4.- Los parlamentos burgueses, que constituyen uno de los principales aparatos de la maquinaria gubernamental de la burguesía, no pueden ser conquistados por el proletariado en mayor medida que el estado burgués en general. La tarea del proletariado consiste en romper la maquinaria gubernamental de la burguesía, en destruirla, incluidas las instituciones parlamentarias, ya sea las de las repúblicas o las de las monarquías constitucionales;

5.- Lo mismo ocurre con las instituciones municipales o comunales de la burguesía, a las que es teóricamente falso oponer a los organismos gubernamentales. En realidad también forman parte del mecanismo gubernamental de la burguesía. Deben ser destruidas por el proletariado revolucionario y reemplazadas por los soviets de diputados obreros;

6.- El comunismo se niega a considerar al parlamentarismo como una de las formas de la sociedad futura; se niega a considerarla como la forma de la dictadura de clase del proletariado, rechaza la posibilidad de una conquista permanente de los parlamentos, se da como objetivo la *abolición* del parlamentarismo. *Por ello, sólo debe utilizarse a las instituciones gubernamentales burguesas a los fines de su destrucción.* En ese sentido, y únicamente en ese sentido, debe ser planteada la cuestión;

2

7.- Toda lucha de clases es una lucha política pues es, al fin de cuentas, una lucha por el poder. Toda huelga, cuando se extiende al conjunto del país, se convierte en una amenaza para el estado burgués y adquiere, por ello mismo, un carácter político. Esforzarse en liquidar a la burguesía y *destruir* el estado burgués significa sostener una lucha política. Formar un aparato de gobierno y de coerción *proletario, de clase*, contra la burguesía refractaria significa, cualquiera que sea ese aparato, conquistar el poder político.

8.- La lucha política no se reduce, por lo tanto, a un problema de actitud frente al parlamentarismo, abarca toda la lucha de la clase proletaria, en la medida en que esta lucha deje de ser local y parcial y apunte a la destrucción del régimen capitalista en general.

9.- El método fundamental de la lucha del proletariado contra la burguesía, es decir contra su poder gubernamental, es ante todo el de las acciones de masas. Estas últimas están organizadas y dirigidas por las organizaciones de masas del proletariado (sindicatos, partidos, soviets), bajo la conducción general del Partido Comunista, sólidamente unido, disciplinado y centralizado. La guerra civil es una guerra. En ella, el proletariado debe contar con buenos cuadros políticos y un efectivo estado mayor político que dirija todas las operaciones en el conjunto del campo de acción.

10.- La lucha de las masas constituye todo un sistema de acciones en vías de desarrollo, que se avivan por su forma misma y conducen lógicamente a la insurrección contra el estado capitalista. En esta lucha de masas, llamada a transformarse en guerra civil, el partido dirigente del proletariado debe, por regla general, fortalecer todas sus posiciones legales, transformarlas en puntos de apoyo secundarios de su acción revolucionaria y subordinarlas al plan de la campaña principal, es decir a la lucha de masas.

11.- La tribuna del parlamento burgués es uno de esos puntos de apoyo secundarios. No es posible invocar contra la acción parlamentaria la condición burguesa de esa institución. El Partido Comunista entra en ella no para dedicarse a una acción orgánica sino para sabotear desde adentro la maquinaria gubernamental y el parlamento. Ejemplo de ello son la acción de Liebknecht en Alemania, la de los bolcheviques en la Duma del zar, en la “Conferencia Democrática” y en el “pre-parlamento” de Kerensky, en la Asamblea Constituyente, en las municipalidades y también la acción de los comunistas búlgaros.

12.- Esta acción parlamentaria, que consiste sobre todo en usar la tribuna parlamentaria con fines de agitación revolucionaria, en denunciar las maniobras del adversario, en agrupar alrededor ciertas ideas a las masas que, sobre todo en los países atrasados, consideran a la tribuna parlamentaria con grandes ilusiones democráticas, debe ser totalmente subordinada a los objetivos y a las tareas de la lucha extraparlamentaria de las masas.

La participación en las campañas electorales y la propaganda revolucionaria desde la tribuna parlamentaria tienen una significación particular para la conquista política de los medios obreros que, al igual que las masas trabajadoras rurales, permanecieron hasta ahora al margen del movimiento revolucionario y de la política.

13.- Los comunistas, si obtienen mayoría en los municipios, deben:

- a) formar una oposición revolucionaria en relación al poder central de la burguesía;
- b) esforzarse por todos los medios en prestar servicios al sector más pobre de la población (medidas económicas, creación o tentativa de creación de una milicia obrera armada, etc...);
- c) denunciar en toda ocasión los obstáculos puestos por el estado burgués contra toda reforma radical;
- d) desarrollar sobre esta base una propaganda revolucionaria enérgica, sin temer el conflicto con el poder burgués;
- e) reemplazar, bajo determinadas circunstancias, a los municipios por soviets de diputados obreros. Toda acción de los comunistas en los municipios debe, por lo tanto, integrarse en la obra general por la destrucción del sistema capitalista;

14.- La campaña electoral debe ser llevada a cabo no en el sentido de la obtención del máximo de mandatos parlamentarios sino en el de la movilización de las masas bajo las consignas de la revolución proletaria. La lucha electoral no debe ser realizada solamente por los dirigentes del partido sino que en ella debe tomar parte el conjunto de sus miembros. Todo movimiento de masas debe ser utilizado (huelgas, manifestaciones, efervescencia en el ejército y en la flota, etc.). Se establecerá un contacto estrecho con ese movimiento y la actividad de las organizaciones proletarias de masas será incesantemente estimulada.

15.- Si son observadas esas condiciones y las indicadas en una instrucción especial, la acción parlamentaria será totalmente distinta de la repugnante y menuda política de los partidos socialistas de todos los países, cuyos diputados van al parlamento para apoyar a esa institución “democrática” y, en el mejor de los casos, para “conquistarla”. El Partido Comunista sólo puede admitir la utilización exclusivamente *revolucionaria* del parlamentarismo, a la manera de Karl Liebknecht, de Hoeglund y de los bolcheviques.

EN EL PARLAMENTO

3

16.- El “antiparlamentarismo” de principio, concebido como el rechazo absoluto y categórico a participar en las elecciones y en la acción parlamentaria revolucionaria, es una doctrina infantil e ingenua que no resiste a la crítica, resultado muchas veces de una sana aversión hacia los políticos parlamentarios pero que no percibe, por otra parte, la posibilidad del parlamentarismo revolucionario. Además, esta opinión se basa en una noción totalmente errónea del papel del partido, considerado no como la

vanguardia obrera centralizada y organizada para el combate sino como un sistema descentralizado de grupos mal unidos entre sí.

17.- Por otra parte, la necesidad de una participación efectiva en elecciones y en asambleas parlamentarias de ningún modo deriva del reconocimiento en principio de la acción revolucionaria en el parlamento, sino que todo depende de una serie de condiciones específicas. La salida de los comunistas del parlamento puede convertirse en necesaria en un momento determinado. Eso ocurrió cuando los bolcheviques se retiraron del preparlamento de Kerensky con el objetivo de boicotearlo, de convertirlo en impotente y de oponerlo más claramente al soviet de Petrogrado en vísperas de dirigir la insurrección. También ese fue el caso cuando los bolcheviques abandonaron la Asamblea Constituyente, desplazando el centro de gravedad de los acontecimientos políticos al III Congreso de los Soviets. En otras circunstancias, puede ser necesario el boicot a las elecciones o el aniquilamiento inmediato, por la fuerza, del estado burgués y de la camarilla burguesa, o también la participación en elecciones simultáneamente con el boicot al parlamento, etc.

18.- Reconociendo de este modo, por regla general, la necesidad de participar en las elecciones parlamentarias y municipales y de trabajar en los parlamentos y en las municipalidades, el Partido Comunista debe resolver el problema según el caso concreto, inspirándose en las particularidades específicas de la situación. El boicot de las elecciones o del parlamento, así como el alejamiento del parlamento, son sobre todo admisibles en presencia de condiciones que permitan el pasaje inmediato a la lucha armada por la conquista del poder;

19.- Es indispensable considerar siempre el carácter relativamente secundario de este problema. Al estar el centro de gravedad en la lucha *extraparlamentaria* por el poder político, es evidente que el problema general de la dictadura del proletariado y de la lucha *de las masas* por esa dictadura no puede compararse con el problema particular de la utilización del parlamentarismo.

20.- Por eso la Internacional Comunista afirma de la manera más categórica que considera como una falta grave hacia el movimiento obrero toda escisión o tentativa de escisión provocada en el seno del Partido Comunista únicamente a raíz de *esta* cuestión. El Congreso invita a todos los partidarios de la lucha de masas por la dictadura del proletariado, bajo la dirección de un partido que centralice a todas las organizaciones de la clase obrera, a realizar la unidad total de los elementos comunistas, pese a las

posibles divergencias de opiniones con respecto a la utilización de los parlamentos burgueses.

III LA TÁCTICA REVOLUCIONARIA

Se impone la adopción de las siguientes medidas con el fin de garantizar la efectiva aplicación de una táctica revolucionaria en el parlamento:

1.- El Partido Comunista en su conjunto y su Comité Central deben estar seguros, *desde el período preparatorio* anterior a las elecciones, de la sinceridad y el valor comunista de los miembros del grupo parlamentario comunista. Tiene el derecho indiscutible de rechazar a todo candidato designado por una organización, si no tiene el convencimiento de que ese candidato hará una política verdaderamente comunista.

Los partidos comunistas deben renunciar al viejo hábito socialdemócrata de hacer elegir exclusivamente a parlamentarios “experimentados” y sobre todo a abogados. En general, los candidatos serán elegidos entre los *obreros*. No debe temerse la designación de simples miembros del partido sin gran experiencia parlamentaria.

Los partidos comunistas deben rechazar con implacable desprecio a los arribistas que se acercan a ellos con el único objetivo de entrar en el parlamento. Los comités centrales sólo deben aprobar las candidaturas de hombres que durante largos años hayan dado pruebas indiscutibles de su abnegación por la clase obrera.

2.- Una vez finalizadas las elecciones, le corresponde exclusivamente al Comité Central del Partido Comunista la organización del grupo parlamentario, esté o no en ese momento el partido en la legalidad. La elección del presidente y de los miembros del secretariado del grupo parlamentario debe ser aprobada por el Comité Central. El Comité Central del partido contará en el grupo parlamentario con un representante permanente que goce del derecho de veto. En todos los problemas políticos importantes, el grupo parlamentario está obligado a solicitar las directivas previas del comité central.

El Comité Central tiene el derecho y el deber de designar o de rechazar a los oradores del grupo que deben intervenir en la discusión de problemas importantes y exigir que las tesis o el texto completo de sus discursos, etc., sean sometidos a su aprobación. Todo candidato inscrito en la lista comunista firmará un compromiso oficial de ceder su mandato ante la

primera orden del Comité Central, a fin de que el partido tenga la posibilidad de reemplazarlo.

3.- En los países donde algunos reformistas o semireformistas, es decir simplemente arribistas, hayan logrado introducirse en el grupo parlamentario comunista (eso ya ha ocurrido en varios países), los comités centrales de los partidos comunistas deberán proceder a una depuración radical de esos grupos, inspirándose en el principio de que un grupo parlamentario poco numeroso pero realmente comunista sirve mucho mejor a los intereses de la clase obrera que un grupo numeroso pero carente de una firme política comunista.

4.- Todo diputado comunista está obligado, por una decisión del Comité Central, a unir el trabajo *ilegal* con el trabajo legal. En los países donde los diputados comunistas todavía se benefician, en virtud de las leyes burguesas, con una cierta inmunidad parlamentaria, esta inmunidad deberá servir a la organización y a la propaganda ilegal del partido.

5.- Los diputados comunistas están obligados a subordinar toda su actividad parlamentaria a la acción extraparlamentaria del partido. La presentación regular de proyectos de ley puramente demostrativos concebidos no de cara a su adopción por la mayoría burguesa sino para la propaganda, la agitación y la organización, deberá hacerse bajo las indicaciones del partido y de su Comité Central.

6.- El diputado comunista está obligado a colocarse a la cabeza de las masas proletarias, en primera fila, bien a la vista, en las manifestaciones y en las acciones revolucionarias.

7.- Los diputados comunistas están obligados a entablar por todos los medios (y bajo el control del partido) relaciones epistolares y de otro tipo con los obreros, los campesinos y los trabajadores revolucionarios de toda clase, sin imitar en ningún caso a los diputados socialistas que se esfuerzan por mantener con sus electores relaciones de “negocios”. *En todo momento, estarán a disposición de las organizaciones comunistas para el trabajo de propaganda en el país.*

8.- Todo diputado comunista al parlamento está obligado a recordar que no es un “legislador” que busca un lenguaje común con otros legisladores, sino un agitador del partido enviado a actuar junto al enemigo para aplicar las decisiones del partido. El diputado comunista es responsable no ante la masa anónima de los electores sino ante el Partido Comunista, sea o no ilegal.

9.- Los diputados comunistas deben utilizar en el parlamento un lenguaje inteligible al obrero, al campesino, a la lavandera, al pastor, de manera que el partido pueda editar sus discursos en forma de folletos y distribuirlos en los rincones más alejados del país.

10.- Los obreros comunistas deben abordar, aún cuando se trate de sus comienzos parlamentarios, la tribuna de los parlamentos burgueses sin temor y no ceder el lugar a oradores más “experimentados”. En caso de necesidad, los diputados obreros leerán simplemente sus discursos, destinados a ser reproducidos en la prensa y en panfletos.

11.- Los diputados comunistas están obligados a utilizar la tribuna parlamentaria para desenmascarar no solamente a la burguesía y sus lacayos oficiales, sino también a los socialpatriotas, a los reformistas, a los políticos centristas y, de manera general, a los adversarios del comunismo, y también para propagar ampliamente las ideas de la III Internacional.

12.- Los diputados comunistas, así se trate de uno o dos, están obligados a desafiar en todas sus actitudes al capitalismo y no olvidar nunca que sólo es digno del nombre de comunista quien se revela (no verbalmente sino mediante actos) como el enemigo de la sociedad burguesa y de sus servidores socialpatriotas.

MANIFIESTO DEL SEGUNDO CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

EL MUNDO CAPITALISTA Y LA INTERNACIONAL COMUNISTA

I

LAS RELACIONES INTERNACIONALES POSTERIORES A VERSALLES

La burguesía de todo el mundo recuerda con melancolía y pesar los días de antaño. Todos los fundamentos de la política internacional o interna están subvertidos o cuestionados. Para el mundo de los explotadores, el mañana es tormentoso. La guerra imperialista terminó de destruir el viejo sistema de las alianzas y promesas mutuas sobre el que estaban basados el

equilibrio internacional y la paz armada. Ningún nuevo equilibrio resulta de la paz de Versalles.

Primeramente *Rusia*, luego Austria-Hungría y Alemania han sido arrojadas fuera de la liza. Esas potencias de primer orden, que habían ocupado el primer lugar entre los piratas del imperialismo mundial, se convirtieron en las víctimas del pillaje y han sido libradas al desmembramiento. Ante el imperialismo vencedor de la Entente se ha abierto un campo ilimitado de explotación colonial, que comienza en el Rin y abarca toda la Europa central y oriental, para terminar en el Océano Pacífico. ¿Acaso el Congo, Siria, Egipto y México pueden ser comparados con las estepas, los bosques y las montañas de Rusia, con las fuerzas obreras, con los obreros calificados de Alemania? El nuevo programa colonial de los vencedores era muy simple: derrotar a la república proletaria en Rusia, apropiarse de nuestras materias primas, acaparar la mano de obra alemana, el carbón alemán, imponer al empresariado alemán el papel de guardián de cárcel y tener a su disposición las mercancías así obtenidas y las ganancias de las empresas. El proyecto de “organizar Europa” que había sido concebido por el imperialismo alemán en la época de sus éxitos militares fue retomado por la Entente victoriosa. Mientras conducen a la barra de los acusados a los canallas del imperio alemán, los gobiernos de la Entente los consideran como sus pares.

Pero incluso en el campo de los vencedores hay vencidos.

Embriagada por su chovinismo y sus victorias, la burguesía francesa se considera ya dueña de Europa. En realidad, Francia nunca estuvo, desde todo punto de vista, en una situación de dependencia más servil con respecto a sus rivales más poderosos, Inglaterra y EEUU. Francia impone a Bélgica un programa económico y militar, y transforma a su débil aliada en provincia vasalla, pero frente a Inglaterra desempeña, en mayor dimensión, el papel de Bélgica. Por el momento, los imperialistas ingleses dejan a los usureros franceses la tarea de hacerse justicia en los límites continentales que les son asignados, logrando de ese modo que recaiga sobre Francia la indignación de los trabajadores de Europa y de la propia Inglaterra. El poder de Francia, despojada y arruinada, sólo es aparente y ficticio. Algún día los socialpatriotas franceses se verán obligados a admitirlo. Italia ha perdido más influencia que Francia en las relaciones internacionales. Carente de carbón, de pan, de materias primas, absolutamente desequilibrada por la guerra, la burguesía italiana, pese a toda su mala voluntad, es incapaz de poner en práctica, en la medida de sus deseos, los derechos que cree tener al pillaje y a la violencia, incluso en las colonias que Inglaterra se avino a cederle.

El Japón, presa de las contradicciones inherentes al régimen capitalista en una sociedad que sigue siendo feudal, se halla en vísperas de una crisis revolucionaria muy profunda. Pese a las circunstancias más bien favorables que lo amparan en el plano de la política internacional, esta crisis ya ha paralizado su ímpetu imperialista.

Quedan solamente dos verdaderas grandes potencias mundiales *Gran Bretaña y EEUU*.

El imperialismo inglés se ha desembarazado de su rival asiático, el zarismo, y de la amenazadora competencia alemana. El poder de Gran Bretaña sobre los mares está en su apogeo. Rodea a los continentes con una cadena de pueblos que le están sometidos. Ha puesto sus manos en Finlandia, Estonia y Letonia, ha quitado a Suecia y Noruega los últimos vestigios de su independencia y transformado al mar Báltico en un golfo perteneciente a las aguas británicas. Nadie puede resistirle la zona del mar del Norte. Al poseer El Cabo, Egipto, India, Persia, Afganistán, hace del Océano Índico un mar interno totalmente sometido a su poder. Al ser dueña de los océanos, Inglaterra controla los continentes. Soberana del mundo, encuentra límites a su poder en la república norteamericana del dólar y en la república rusa de los soviets.

La guerra mundial obligó a los EEUU a renunciar definitivamente a su conservadurismo continental. Ampliando su influencia, el programa de su capitalismo nacional (“América para los americanos”, doctrina Monroe) ha sido remplazada por el programa del imperialismo: “Todo el mundo para los norteamericanos”. No contentándose ya con explotar la guerra mediante el comercio, la industria y las operaciones bursátiles, buscando otras fuentes de riqueza distintas de las que extraía de la sangre europea cuando era neutral, EEUU entró en guerra, desempeñó un papel decisivo en la derrota de Alemania y se inmiscuyó en la resolución de todos los problemas de política europea y mundial.

Bajo la bandera de la Sociedad de las Naciones, los EEUU intentaron reproducir del otro lado del océano la experiencia que ya habían llevado a cabo entre ellos de una asociación federativa de grandes pueblos pertenecientes a diversas razas. Quisieron encadenar a su carro triunfal a los pueblos de Europa y de otras partes del mundo, sometiéndolos al gobierno de Washington. La Liga de las Naciones sólo debía ser una sociedad que gozase de un monopolio mundial, bajo la firma “Yanqui y Compañía”.

El presidente de los EEUU, el gran profeta de los lugares comunes, descendió de su Sinaí para conquistar Europa, llevando consigo sus catorce artículos. Los especuladores, los ministros, los hombres de negocios de la burguesía no se engañaron ni un solo momento respecto al verdadero sentido de la nueva revelación. En cambio, los “socialistas” europeos, trabajados por el fermento de Kautsky, se sintieron embargados por un éxtasis religioso y danzaron como el rey David, acompañando al arca santa de Wilson.

Cuando hubo que resolver cuestiones prácticas, el apóstol norteamericano se dio cuenta que, pese al alza extraordinaria del dólar, la primacía sobre todas las rutas marítimas que unen y separan a las naciones seguía perteneciendo a Gran Bretaña. Inglaterra dispone de la flota más poderosa, del mayor calado y posee una antigua experiencia de piratería mundial. Además, Wilson debió enfrentarse con la república de los soviets y con el comunismo. Profundamente herido, el Mesías norteamericano desautorizó a la Liga de las Naciones, a la que Inglaterra había convertido en una de sus cancillerías diplomáticas y volvió la espalda a Europa.

Sin embargo, sería muy infantil pensar que luego de haber sufrido un primer fracaso infligido por Inglaterra, el imperialismo norteamericano se encerrará en su caparazón, es decir, se conformará nuevamente con la doctrina Monroe. De ningún modo. Mientras continúa sometiendo por medios cada vez más violentos al continente americano, transformando en colonias a los países de América central y meridional, los EEUU, representados por sus dos partidos dirigentes, los demócratas y los republicanos, se preparan para liquidar a la Liga de las Naciones creada por Inglaterra y constituir su propia Liga en la que ellos desempeñarán el papel de centro mundial. En otras palabras, tienen intención de hacer de su flota, en los próximos tres a cinco años, un instrumento de lucha más poderoso de lo que lo es actualmente la flota británica. Ello obliga a la Inglaterra imperialista a plantearse la siguiente cuestión: ¿ser o no ser?

A la rivalidad furiosa de esos dos gigantes en el dominio de las construcciones navales se agrega una lucha no menos despiadada por la posesión del petróleo.

Francia, que contaba con desempeñar el papel de árbitro entre Inglaterra y los EEUU, se vio arrastrada a la órbita de Gran Bretaña como satélite de segunda magnitud. La Liga de las Naciones le significa un peso intolerable y trata de deshacerse de ella fomentando un antagonismo entre Inglaterra y los EEUU.

De este modo trabajan las fuerzas más poderosas, preparando un nuevo flagelo mundial.

El programa de emancipación de las naciones pequeñas, que había surgido durante la guerra, condujo a la derrota total y al sometimiento absoluto de los pueblos de los Balcanes, vencedores y vencidos, y a la balcanización de una parte considerable de Europa. Los intereses imperialistas de los vencedores los llevaron a separar de las grandes potencias vencidas algunos pequeños estados que representaban a nacionalidades distintas. En este caso no se trataba de lo que se denomina el principio de las nacionalidades: el imperialismo consiste en romper los marcos nacionales, incluso los de las grandes potencias. Los pequeños estados burgueses recientemente creados sólo son los subproductos del imperialismo. Al crear, para contar con un apoyo provisorio, toda una serie de pequeñas naciones, abiertamente oprimidas u oficialmente protegidas, pero en realidad vasallos (Austria, Hungría, Polonia, Yugoslavia, Bohemia, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Armenia, Georgia, etc.) dominándolas mediante los bancos, los ferrocarriles, el monopolio del carbón, el imperialismo los condena a sufrir dificultades económicas y nacionales intolerables, conflictos interminables, sangrientas querellas.

¡Qué monstruosa broma representa en la historia el hecho de que la restauración de Polonia, luego de haber formado parte del programa de la democracia revolucionaria y de las primeras manifestaciones del proletariado, haya sido realizada por el imperialismo con el objeto de obstaculizar a la revolución! La Polonia “democrática”, cuyos precursores murieron en las barricadas de toda Europa, es en este momento un instrumento impropio y sangriento en manos de los bandidos anglo-franceses que atacan la primera república proletaria que ha surgido en el mundo.

Al lado de Polonia, la Checoslovaquia “democrática”, vendida al capital francés, proporciona una guardia blanca contra la Rusia soviética, contra la Hungría soviética.

La heroica tentativa realizada por el proletariado húngaro para salir del caos político y económico que impera en la Europa central y entrar en los cauces de la federación soviética (que es verdaderamente la única vía de salvación) fue ahogada por la reacción capitalista coaligada, en momentos en que, engañado por los partidos que lo dirigen, el proletariado de las grandes potencias europeas no se halla en condiciones de cumplir su deber con la Hungría socialista y consigo mismo.

El gobierno soviético de Budapest fue derrotado con la ayuda de los socialtraidores que, después de haberse mantenido en el poder durante tres años y medio, fueron vencidos por la canalla contrarrevolucionaria desencadenada, cuyos sangrientos crímenes han superado a los de Koltchak, Denikin, Wrangel y otros agentes de la Entente... Pero, aunque abatida por un tiempo, la Hungría soviética continúa iluminando, cual espléndido faro, a los trabajadores de Europa central.

El pueblo turco no quiere someterse a la vergonzosa paz que le imponen los tiranos de Londres. Para hacer ejecutar las cláusulas del tratado, Inglaterra armó y lanzó a Grecia contra Turquía. De este modo, la península balcánica y Asia Menor, turcos y griegos, están condenados a una devastación total, a masacres mutuas.

En la lucha de la Entente contra Turquía, Armenia fue inscrita en el programa, así como Bélgica lo fue en la lucha contra Alemania y Serbia en la lucha contra Austria-Hungría. Después que Armenia fue constituida (sin fronteras definidas, sin posibilidad de existencia) Wilson se negó a aceptar el mandato armenio que le proponía la Liga de las Naciones, pues el suelo de Armenia no posee ni petróleo ni platino. La Armenia “emancipada” se halla ahora más indefensa que nunca.

Casi todos los nuevos estados “nacionales” tiene una *irredenta* propia, es decir: su propia úlcera interna.

Al mismo tiempo, la lucha nacional en los dominios de los países victoriosos alcanzó su más alto grado de tensión. La burguesía inglesa, que querría adoptar bajo su tutela a los pueblos de todo el mundo, es incapaz de resolver en forma satisfactoria el problema irlandés que se plantea a su lado.

La cuestión nacional en las colonias es más amenazante. Egipto, India, Persia se ven sacudidos por las insurrecciones. Los proletarios avanzados de Europa y América transmiten a los trabajadores de las colonias la consigna de la Federación Soviética.

La Europa oficial, gubernamental, nacional, civilizada, burguesa, tal como surgió de la paz de Versalles, sugiere la idea de una casa de locos. Los pequeños estados creados artificialmente, divididos, ahogados desde el punto de vista económico en los límites que le han sido prescriptos combaten entre sí para tratar de ganar puertos, provincias, pequeñas ciudades, cualquier cosa. Buscan la protección de los estados más fuertes, cuyo antagonismo crece día a día. Italia mantiene una actitud hostil con

respecto a Francia y estaría dispuesta a sostener contra ella a Alemania si ésta fuese capaz de levantar cabeza. Francia está envenenada por la envidia que le provoca Inglaterra y, para lograr que se le paguen sus rentas, está dispuesta a encender nuevamente el fuego en los cuatro rincones de Europa. Inglaterra mantiene a Europa, con ayuda de Francia, en un estado de caos e impotencia que le deja las manos libres para efectuar sus operaciones mundiales dirigidas contra EEUU. Los EEUU dejan que Japón se atasque en la Siberia oriental para asegurar durante ese tiempo a su flota la superioridad sobre la de Gran Bretaña, a alcanzar antes de 1925, a menos que Inglaterra se decida a medirse con ellos antes de esa fecha.

Para completar convenientemente este cuadro, el oráculo militar de la burguesía francesa, el mariscal Foch, nos previene que la guerra futura tendrá como punto de partida el punto en que la guerra precedente se detuvo: se verá aparecer, ante todo, los aviones y los tanques, el fusil automático y las ametralladoras en lugar del fusil portátil, la granada en lugar de la bayoneta.

Obreros y campesinos de Europa, América, Asia, África y Australia. ¡Habéis sacrificado diez millones de vidas, veinte millones de heridos e inválidos. Ahora sabéis al menos lo que se obtuvo a ese precio!

II LA SITUACIÓN ECONÓMICA

Mientras tanto, la pauperización de la humanidad se desarrolla a todo vapor.

Mediante sus mecanismos, la guerra ha destruido los vínculos económicos cuyo desarrollo constituía una de las más importantes conquistas del capitalismo mundial. Desde 1914, Inglaterra, Francia e Italia, estuvieron completamente separadas de Europa central y del Cercano Oriente, y desde 1917 de Rusia.

Durante varios años de una guerra que destruyó lo que había sido la obra de muchas generaciones, el trabajo humano, reducido al mínimo. En todos estos años, el esfuerzo de elaboración de materias primas se destinó fundamentalmente a la producción de medios de destrucción.

En los dominios económicos donde el hombre entra en lucha inmediata con la naturaleza avara e inerte, extrayendo de sus entrañas el combustible y las materias primas, el trabajo fue progresivamente reducido a la nada. La victoria, de la Entente y de la paz de Versalles no detuvieron la destrucción económica y la decadencia general sino que solamente modificaron sus

vías y sus formas. El bloqueo a la Rusia soviética y la guerra civil provocada artificialmente a lo largo de sus fértiles fronteras causaron y causan todavía daños incalculables para el bienestar de la humanidad. Si bien la economía de Rusia está sostenida, desde el punto de vista técnico, aún muy modestamente, la Internacional afirma ante todo el mundo que ella podría, gracias a las formas soviéticas de economía, dar dos y hasta tres veces más productos alimenticios y materias primas a Europa de lo que daba antes la Rusia del zar. En lugar de ello, imperialismo anglo-francés obliga a la República de los trabajadores a emplear toda su energía y sus recursos en su defensa. Para privar a los obreros rusos de combustible, Inglaterra retuvo entre sus garras a Bakú, cuyo petróleo permanece de ese modo inutilizado pues sólo se ha logrado importar una ínfima parte. La riquísima fuente hullera del Don ha sido devastada por los bandidos blancos a sueldo de la Entente cada vez que han logrado tomar la ofensiva en ese sector. Los ingenieros y los zapadores franceses se dedicaron más de una vez a destruir nuestros puentes y vías férreas. Y Japón no ha cesado hasta ahora de saquear y arruinar a la Siberia oriental.

La ciencia industrial alemana y la tasa de producción muy elevada de la mano de obra alemana, esos dos factores de gran importancia para el resurgimiento de la vida económica europea, están paralizados por las cláusulas de la paz de Versalles, incluso más de lo que lo habían estado a causa de la guerra. La Entente se halla ante un dilema: para poder exigir el pago, hay que proporcionar los medios para trabajar; para dejar trabajar hay que dejar vivir. Y dar a la Alemania arruinada, desmembrada, exangüe, los medios para rehacerse, significa también darle la posibilidad de un estallido de protesta. Foch teme una revancha alemana, y este temor se evidencia en todos sus actos, por ejemplo en el modo de ajustar cada día más la tenaza militar que debe impedir que Alemania se levante.

A todos les falta algo, todos tienen alguna necesidad. No solamente el balance de Alemania sino también los de Francia e Inglaterra se distinguen exclusivamente por su pasivo. La deuda francesa se eleva a trescientos mil millones de francos, de los cuales dos tercios, según palabras del senador reaccionario Gaudin de Villaine, son los resultados de toda clase de depredaciones, abusos y desórdenes.

Francia necesita oro, carbón. El burgués francés apela a las tumbas innumerables de los soldados caídos durante la guerra para reclamar los intereses de sus capitales. Alemania debe pagar. ¿Acaso el general Foch no cuenta con suficientes senegaleses como para ocupar las ciudades alemanas? Rusia también debe pagar. Para persuadirnos de ello, el

gobierno francés gasta en devastar a Rusia los miles de millones arrancados a los contribuyentes para la reconstrucción de los departamentos franceses.

La entente financiera internacional que debía aligerar el peso de los impuestos franceses anulando las deudas de guerra, no pudo realizarse. Los EEUU se mostraron muy poco dispuestos a regalar a Europa diez mil millones de libras esterlinas.

La emisión de papel moneda continúa, alcanzando cada día una cifra más monumental. En Rusia, donde existe una organización económica unificada, un reparto sistemático de los productos y donde el salario en moneda tiende cada vez más a ser remplazado por el pago en especie, la continua emisión de papel moneda y la rápida caída de sus tasas no hacen sino confirmar el resquebrajamiento del viejo sistema financiero y comercial. Pero en los países capitalistas la masa creciente de papel moneda significa la profundización del caos económico y el crac inevitable.

Las conferencias convocadas por la Entente se trasladan de un lugar a otro, tratando de inspirarse en alguna playa de moda. Cada uno reclama los intereses de la sangre derramada durante la guerra, una indemnización proporcional según el número de sus muertos. Esta especie de Bolsa ambulante debate cada quince días el mismo tema: si Francia debe recibir el 50 o el 55% de una contribución que Alemania no está en condiciones de pagar. Esas conferencias fantasmagóricas son realizadas para refrendar la famosa “organización” de Europa de la que tanto se jactan.

El capitalismo ha degenerado en el curso de la guerra. La extracción sistemática de la plusvalía del proceso de producción (base de la economía cuyo objetivo es la ganancia) se ha vuelto un trabajo demasiado aburrido para los señores burgueses, que se han acostumbrado a duplicar y decuplicar su capital en pocos días mediante la especulación, apoyándose en el robo internacional.

El burgués se ha desprendido de algunos prejuicios que le molestaban y ha adquirido, por el contrario, una cierta “habilidad” de la que carecía hasta ahora. La guerra lo acostumbró, como si se tratase de actos sin importancia, a reducir al hambre mediante el bloqueo a países enemigos, a bombardear e incendiar ciudades y pueblos pacíficos, a infectar las fuentes y los ríos arrojando cultivos de cólera, a transportar dinamita en valijas diplomáticas, a emitir billetes de banco falsos imitando a los del enemigo, a emplear la corrupción, el espionaje y el contrabando en proporciones hasta ahora inusitadas. Los medios de acción aplicados en la guerra siguieron en vigor en el mundo comercial después de firmarse la paz. Las operaciones

comerciales de cierta importancia se efectúan bajo la égida del estado. Éste se ha convertido en algo semejante a una asociación de malhechores armados hasta los dientes. El campo de la producción mundial se retrae cada día más y el control sobre la producción deviene mucho más frenético y resulta más caro.

¡Robar! He aquí la última palabra de la política capitalista, la divisa que reemplaza al proteccionismo y el libre intercambio! La agresión de que fue víctima Hungría por parte de los bandidos rumanos que saquearon todo lo que encontraron, ya fuesen locomotoras o alhajas, caracteriza a la filosofía económica de Lloyd- George y Millerand.

En su política económica interna, la burguesía no sabe a qué atenerse, entre un sistema de nacionalización, de reglamentación y de control por parte del estado que podría ser muy eficaz y, por otra parte, las protestas que se escuchan contra el control efectuado por el estado sobre los asuntos económicos. El parlamento francés trata de hallar un camino que le permita concentrar la dirección de todas las vías férreas de la república en manos únicas sin por eso lesionar los intereses de los capitalistas accionistas de las compañías ferroviarias privadas. Al mismo tiempo, la prensa capitalista lleva a cabo una campaña furiosa contra el “estatismo”, que es el primer paso de la intervención del estado y que pone un freno a la iniciativa privada.

Los ferrocarriles norteamericanos, que mientras fueron dirigidos por el estado durante la guerra se encontraban desorganizados, entraron en una situación aún más difícil cuando el control del gobierno fue suprimido. Sin embargo, el partido republicano promete en su programa liberar la vida económica del arbitraje gubernamental. El jefe de las tradeuniones norteamericanas Samuel Gompers, ese viejo guardián del capital, lucha contra la nacionalización de los ferrocarriles que a su vez los adeptos ingenuos y los charlatanes del reformismo proponen a Francia a modo de panacea universal. En realidad, la intervención desordenada del estado sólo sería realizada para secundar la actividad perniciosa de los especuladores, para introducir el desarrollo más completo en la economía del capitalismo, en momentos en que éste se halla en su período de decadencia. Quitar a los trusts los medios de producción y de transporte para transmitirlos a la “nación”, es decir al estado burgués, al más poderoso y ávido de los trusts capitalistas, no significa acabar con el mal sino hacer causa común con él.

La caída de los precios y al aumento de la tasa de cambio sólo son indicios engañosos que no pueden ocultar una ruina inminente. El hecho de que los

precios bajen no quiere decir que haya un aumento de materias primas ni que el trabajo sea ahora más productivo.

Después de la experiencia sangrienta de la guerra, la masa obrera ya no es capaz de trabajar con la misma fuerza bajo idénticas condiciones. La destrucción en el curso de algunas horas de valores cuya creación había exigido años, la desvergonzada especulación de una pandilla financiera con apuestas de varios miles de millones y, al lado de esto montones de osamentas y ruinas, esas lecciones de la historia no ayudan a mantener en la clase obrera la disciplina automática inherente al trabajo asalariado. Los economistas burgueses y los fabricantes de folletines nos hablan de una “ola de pereza” que según ellos afluye sobre Europa amenazando su futuro económico. Los administradores tratan de ganar tiempo concediendo ciertos privilegios a los obreros calificados. Pero pierden su tiempo. Para la reconstitución y el desarrollo de la productividad del trabajo es necesario que la clase obrera sepa pertinentemente que cada golpe de martillo tendrá como resultado un mejoramiento de su suerte, le ayudará a educarse y lo acercará a una paz universal. Ahora bien, esta seguridad sólo puede dársela una revolución social.

El aumento de precios en los productos alimenticios siembra el descontento y la rebelión en todos los países. La burguesía de Francia, Italia, Alemania y otros países sólo puede ofrecer paliativos a la carestía de la vida y a la amenazadora ola de huelgas. Para estar en condiciones de pagar a los agricultores, aunque sólo sea una parte de sus gastos de producción, el estado, cubierto de deudas, se empeña en especulaciones turbias, se desvalija a sí mismo para postergar la hora de las definiciones. Si bien es cierto que algunas categorías de obreros viven actualmente en mejores condiciones que antes de la guerra, eso en realidad no significa nada en lo que concierne al estado económico de los países capitalistas. Se obtienen resultados efímeros apelando al futuro para lanzar empréstitos de charlatanes. Pero el futuro llevará a la miseria y a todo tipo de calamidades.

¿Qué decir de los EEUU? “¡América es esperanza de la humanidad”; por boca de Millerand, el burgués francés repite esta frase de Turgot y espera que se le refinancien sus deudas, justamente él, que no las refinancia a nadie. Pero los EEUU no son capaces de sacar a Europa del impasse económico en que se halla. Durante los seis últimos años, han agotado su stock de materias primas. La adaptación del capitalismo norteamericano a las exigencias de la guerra mundial ha reducido su base industrial. Los europeos cesaron de emigrar a América. Una ola de retornos privó a la industria norteamericana de centenares de millares de alemanes, italianos, polacos, serbios, checos que buscaban en Europa sea la movilización o el

milagro de una patria recobrada. La carencia de materias primas y de fuerzas obreras pesa en gran medida sobre la república trasatlántica y origina una profunda crisis económica, a consecuencia de la cual el proletariado norteamericano entra en una nueva fase de lucha revolucionaria. Los EEUU se europeizan rápidamente.

Los países neutrales no han escapado a las consecuencias de la guerra y del bloqueo. Semejante a un líquido encerrado en vasos comunicantes, la economía de los estados capitalistas estrechamente vinculados entre sí, grandes o pequeños, beligerantes o neutrales, vencedores o vencidos, tiende a adoptar un único nivel: el de la miseria, el hambre y la decadencia.

Suiza vive al día. Cada eventualidad amenaza con desequilibrarla totalmente. En Escandinavia, el abundante flujo de oro no puede resolver el problema del aprovisionamiento y se ven obligados a pedir carbón a Inglaterra en pequeñas cantidades y en medio de grandes zalamerías. Pese al hambre que padece Europa, la pesca en Noruega también sufre una crisis inusitada.

España, de donde Francia sacó hombres, caballos y víveres, no puede sustraerse a numerosas dificultades desde el punto de vista del aprovisionamiento, las que a su vez provocan huelgas violentas y manifestaciones de las masas a las que el hambre obliga a salir a la calle.

La burguesía cuenta firmemente con el campo. Sus economistas afirman que el bienestar de los campesinos aumentó extraordinariamente, lo que sólo es una ilusión. Es cierto que los campesinos que llevan sus productos al mercado en mayor o menor medida han hecho fortuna durante la guerra. Vendieron sus productos a muy altos precios y pagaron con una moneda que les redujo las deudas que habían contraído cuando el dinero valía mucho. Para ellos, esta es una ventaja evidente. Pero durante la guerra sus explotaciones fueron ganadas por el desorden y su rendimiento se debilitó. Ahora tienen necesidad de objetos fabricados, y el precio de esos objetos ha aumentado simultáneamente con la moneda. Las exigencias del fisco se han tornado monstruosas y amenazan con devorar al campesino junto a sus productos y tierras. Así, después de un período de crecimiento momentáneo del bienestar, los campesinos de la pequeña burguesía se enfrentan cada vez en mayor medida con dificultades irreductibles. Su descontento en relación a los resultados de la guerra aumentará y, representado por un ejército permanente, el campesino prepara a la burguesía no pocas sorpresas desagradables.

La restauración económica de Europa, de la que hablan los ministros que la gobiernan, es una mentira. Europa se encamina a la ruina y el mundo entero con ella.

Sobre la base del capitalismo no hay salvación. La política del imperialismo no podrá eliminar la necesidad, sólo logrará tornarla más dolorosa al favorecer la dilapidación de las reservas de que se dispone todavía.

El problema del combustible y de las materias primas es un problema internacional que únicamente puede resolverse sobre la base de una producción reglamentada de acuerdo con un plan, realizada en común, socializada.

Es preciso anular las deudas de estado. Es preciso emancipar al trabajo y sus frutos del tributo monstruoso que paga a la plutocracia mundial. Es preciso acabar con la plutocracia. Es preciso echar abajo las barreras gubernamentales que fraccionan la economía mundial. Es preciso sustituir el Consejo Supremo económico de los imperialistas de la Entente por un Consejo Supremo Económico del proletariado mundial para la explotación centralizada de todos los recursos de la humanidad.

Debemos acabar con el imperialismo para que el género humano pueda continuar subsistiendo.

III

EL RÉGIMEN BURGUÉS DESPUÉS DE LA GUERRA

Toda la energía de las clases poseedoras está concentrada en estos dos problemas: mantenerse en el poder en el campo de la lucha internacional e impedir que el proletariado se convierta en el amo del país. De acuerdo con ese programa, los viejos grupos políticos de la burguesía rusa, convirtieron al estandarte del partido constitucional demócrata (Kadete), durante el período decisivo de la lucha, en el estandarte de todos los ricos unidos contra la revolución de los obreros y de los campesinos. Pero también en los países cuya cultura política es más antigua y posee raíces más profundas, los programas que separaban a las diversas fracciones de la burguesía desaparecieron, casi sin dejar huellas, mucho antes del ataque abierto llevado a cabo por el proletariado revolucionario.

Lloyd George aparece como el heraldo de la unidad de los conservadores, de los unionistas y de los liberales para la lucha en común contra la dominación amenazadora de la clase obrera. Este viejo demagogo establece en la base de su sistema a la santa iglesia, a la que compara con una central

eléctrica que proporciona idéntica corriente a todos los partidos de las clases poseedoras. En Francia, la época tan cercana aún y tan ruidosa del anticlericalismo parece ser sólo una visión de otro mundo: los radicales, los realistas y los católicos constituyen en la actualidad un bloque nacional contra el proletariado en acción. Al tender la mano a todas las fuerzas de la reacción, el gobierno francés apoya al centuria negro Wrangel y reanuda sus relaciones diplomáticas con el Vaticano.

Un neutralista convencido, el germanófilo Giolitti, se apodera del gobierno del estado italiano en calidad de jefe común de los intervencionistas, neutralistas, clericales, mazinistas. Está dispuesto a soslayar los problemas secundarios de la política interna y exterior para rechazar con mayor energía la ofensiva de los proletariados revolucionarios en las ciudades y los pueblos. El gobierno de Giolitti se considera, con toda razón, el último bastión de la burguesía italiana.

La política de todos los gobiernos alemanes y de los partidos gubernamentales, después de la derrota de los Hohenzollern, trató de establecer, de acuerdo con las clases dirigentes de los países de la Entente, un frente común de odio contra el bolchevismo, es decir contra la revolución proletaria.

En momentos en que el Shylock anglo-francés ahoga con creciente ferocidad al pueblo alemán, la burguesía alemana, sin distinción de partidos, exige que el enemigo afloje el lazo que la estrangula lo suficiente como para poder liquidar con sus propias manos a la vanguardia del proletariado alemán. Este tema es tratado en todas las conferencias periódicas que se llevan a cabo y en las convenciones que se firman respecto al desarme y al reparto de las armas de guerra.

En EEUU ya no se hace ninguna diferencia entre republicanos y demócratas. Esas poderosas organizaciones políticas de explotadores, adaptadas al círculo restringido de los intereses norteamericanos demostraron fehacientemente hasta qué punto estaban desprovistas de consistencia cuando la burguesía norteamericana entró en el campo del bandolerismo mundial.

Nunca como hasta ahora las intrigas de los jefes y de sus bandas (tanto en la oposición como en los ministerios) habían dado prueba de semejante cinismo, habían actuado tan abiertamente. Pero simultáneamente todos los jefes y sus pandillas, los partidos burgueses de todos los países, constituyen un frente común contra el proletariado revolucionario.

En momentos en que los imbéciles de la socialdemocracia continúan oponiendo al camino de la democracia las violencias de la vía dictatorial, los últimos vestigios de la democracia son liquidados en todos los estados del mundo.

Después de una guerra durante la cual las cámaras de representantes, aunque no dispusiesen del poder, servían para cubrir con sus gritos patrióticos la acción de los grupos dirigentes imperialistas, los parlamentos han caído en una total postración. Todos los problemas serios se resuelven fuera del parlamento. La ampliación ilusoria de las prerrogativas parlamentarias, solemnemente proclamada por los saltimbanquis del imperialismo en Italia y en los demás países, no modifica nada. Los verdaderos amos de la situación, que disponen del estado, tales como lord Rothschild, lord Weir, Morgan y Rockefeller, Schneider y Loucheur, Rugo Stinnes y Félix Deutsch, Rizzelo y Agnelli, es decir los reyes del oro, del carbón, del petróleo y del metal, actúan detrás de los bastidores enviando a los parlamentos a sus agentes para ejecutar sus trabajos.

El parlamento francés, que se entretiene todavía con el procedimiento de tres lecturas de proyectos de leyes insignificantes, el parlamento francés desacreditado más que ningún otro por el abuso de la retórica, por la mentira, por el cinismo con el cual se deja comprar, se entera de pronto que los cuatro mil millones que había destinado a las reparaciones en las regiones devastadas de Francia han sido usados por Clemenceau con otros objetivos, y principalmente para proseguir la obra de destrucción emprendida en las provincias rusas.

La aplastante mayoría de los diputados del parlamento inglés, llamado el todopoderoso, sabe tanto de las verdaderas intenciones de Lloyd George y de Kerson en lo que respecta a la Rusia soviética y hasta a Francia, como las ancianas de los villorrios bengalíes.

En los EEUU, el parlamento es un coro obediente o que refunfuña algunas veces bajo la batuta del presidente. Este no es sino el agente de la maquinaria electoral que sirve de aparato político a los trusts, ahora, después de la guerra, en mayor medida que antes.

El parlamentarismo tardío de los alemanes, aborto de la revolución burguesa, que a su vez sólo es un aborto de la historia, está sujeto desde la infancia a todas las enfermedades que afectan a los perros viejos. El Reichstag de la República de Ebert, “el más democrático del mundo”, es impotente no sólo ante el bastón de mariscal que agita Foch sino también ante las maquinaciones de sus especuladores, de sus Stinnes así como ante

los complots militares de una camarilla de oficiales. La democracia parlamentaria alemana es sólo un vacío entre dos dictaduras.

Durante la guerra se han producido profundas modificaciones en la composición de la burguesía. Frente al empobrecimiento general de todo el mundo, la concentración de capitales ha dado un gran paso adelante. Han pasado a primer plano casas de comercio que antes no se conocían. La solidez, el equilibrio, la propensión a los compromisos “razonables”, la observación de un cierto decoro en la explotación y en la utilización de los productos desapareció bajo el torrente del imperialismo.

Los nuevos ricos han ocupado el proscenio: proveedores del ejército, especuladores de baja estofa, advenedizos, vividores, merodeadores, ex convictos cubiertos de diamantes, canalla sin ningún tipo de fe ni ley, ávida de lujo, dispuesta a cualquier atrocidad para obstaculizar la revolución proletaria de la que sólo pueden esperar un nudo corredizo.

El régimen actual en cuanto que dominación de los ricos, se yergue ante las masas con toda su desvergüenza. En EEUU, en Francia, en Inglaterra, el lujo de posguerra ha adquirido un carácter frenético. París, atestada de parásitos del patriotismo internacional, se asemeja, según una confesión de *Le Temps*, a una Babilonia en vísperas de una catástrofe.

A merced de esta burguesía se alinean la política, la justicia, la prensa, el arte, la Iglesia. Todos los frenos, todos los principios son dejados de lado. Wilson, Clemenceau, Millerand, Lloyd George, Churchill no se detienen ante las más desvergonzadas acciones, ante las mentiras más groseras y, cuando se les sorprende realizando actos deshonestos, prosiguen tranquilamente sus proezas, que deberían llevarlos a una corte de justicia. Las reglas clásicas de la perversidad política, tal como las redactó el viejo Maquiavelo, sólo son inocentes aforismos de un tonto provinciano en comparación con los principios con los que se rigen los actuales gobiernos burgueses. Los tribunales, que antes cubrían con un oropel democrático su esencia burguesa, engañan abiertamente a los proletarios y realizan un trabajo de provocación contrarrevolucionario. Los jueces de la III República absuelven sin vacilar al asesino de Jaurès. Los tribunales de Alemania, que había sido proclamada república socialista, alientan a los asesinos de Liebkecht, de Rosa Luxemburgo y de muchos otros mártires del proletariado. Los tribunales de las democracias burguesas sirven para legalizar solemnemente todos los crímenes del terror blanco.

La prensa burguesa se deja comprar abiertamente, lleva el signo de los vendidos en la frente, como una marca de fábrica. Los diarios dirigentes de

la burguesía mundial son fábricas monstruosas de mentiras, calumnias y prisiones espirituales.

Las disposiciones y los sentimientos de la burguesía están sujetos a alzas y bajas intempestivas, como el precio de sus mercados. Durante los primeros meses que siguieron al fin de la guerra, la burguesía internacional, sobre todo la burguesía francesa, temblaba ante la amenaza del comunismo. De la inminencia del peligro se hacía una idea relacionada con los crímenes sangrientos que había cometido. Pero supo rechazar el primer ataque. Unidos a ella por los lazos de una responsabilidad común, los partidos socialistas y los sindicatos de la II Internacional le prestaron un último servicio, ayudándola ante los primeros golpes asestados por la cólera de los trabajadores. Al precio del total naufragio de la II Internacional, la burguesía logró algún respiro. Fue suficiente la obtención por parte de Clemenceau de cierto número de votos contrarrevolucionarios en las elecciones parlamentarias, algunos meses de equilibrio inestable, el fracaso de la huelga de mayo para que la burguesía francesa proclamase con seguridad la solidez inquebrantable de su régimen. El orgullo de esta clase alcanzó el mismo nivel al que antes habían llegado sus temores.

La amenaza se ha convertido en el único argumento de la burguesía. No cree en las frases y exige actos: que se detenga, que se dispersen las manifestaciones, que se confisque, que se fusile. Los ministros burgueses y los parlamentarios tratan de imponerse ante la burguesía representando el papel de hombres enérgicos, de hombres de acero. Lloyd George aconseja directamente a los ministros alemanes que fusilen a sus comuneros, como se hizo en Francia en 1871. Un funcionario de tercera categoría puede contar con los aplausos tumultuosos de la Cámara si sabe insertar al final de un insignificante informe algunas amenazas contra los obreros.

Mientras la administración se transforma en una organización cada vez más desvergonzada, destinada a realizar sangrientas represiones contra las clases trabajadoras, otras organizaciones contrarrevolucionarias privadas, formadas bajo su control y puestas a su disposición, trabajan para impedir por la fuerza las huelgas, para cometer provocaciones, prestar falsos testimonios, destruir las organizaciones revolucionarias, tomar por asalto los locales comunistas, masacrar e incendiar, asesinar a los dirigentes revolucionarios, y adoptan otras medidas tendientes a defender la propiedad privada y la democracia.

Los hijos de los grandes propietarios, de los grandes burgueses, los pequeños burgueses que no saben a qué atenerse y en general los elementos desclasados, en primer lugar los miembros de diversas categorías

emigradas de Rusia, forman inagotables cuadros de reserva para los ejércitos irregulares de la contrarrevolución. A la cabeza se hallan altos oficiales de la escuela de la guerra imperialista.

Los veinte mil oficiales del ejército de Hohenzollern constituyen, sobretudo después de la rebelión de Kapp-Luettwitz, un núcleo contrarrevolucionario al que la democracia alemana sólo podrá liquidar con el auxilio del martillo de la dictadura del proletariado. Esta organización centralizada de los terroristas del antiguo régimen se completa con los destacamentos de partisanos formados por los grandes verdugos prusianos.

En EEUU, uniones tales como la National Security League o el Knights of Liberty son los regimientos de vanguardia del capital y a su lado actúan esas bandas de malvivientes que son las Detective Agencies de espionaje privado.

En Francia, la Liga Cívica no es sino una organización perfeccionada de los “renards” y la Confederación del Trabajo, reformista por otra parte, es puesta fuera de la ley.

La mafia de los oficiales blancos húngaros, que sigue teniendo una existencia clandestina aunque su gobierno de verdugos contrarrevolucionarios subsista con el beneplácito de Inglaterra, ha demostrado al proletariado de todo el mundo cómo se pone en práctica esta civilización y esta humanidad que preconizan Wilson y Lloyd George, luego de haber criticado el poder de los soviets y las violencias revolucionarias.

Los gobiernos “democráticos” de Finlandia, Georgia, Letonia y Estonia realizan grandes esfuerzos para poder alcanzar el nivel de perfección de su prototipo húngaro. En Barcelona, la policía tiene bajo sus órdenes a una banda de asesinos. Y lo mismo ocurre en todas partes.

Incluso en un país vencido y arruinado como Bulgaria, los oficiales sin empleo se reúnen en sociedades secretas dispuestas, ante la primera señal a dar prueba de su patriotismo en detrimento de los obreros búlgaros.

Tal como es practicado en el régimen burgués de posguerra, el programa de una conciliación de intereses contradictorios, de una colaboración de las clases, de un reformismo parlamentario, de un socialismo gradual y de un acuerdo mutuo en el seno de cada nación, sólo es una siniestra payasada.

La burguesía se ha negado definitivamente a conciliar sus propios intereses y los del proletariado mediante simples reformas. Corrompe a una aristocracia obrera insignificante con unas cuantas migajas y somete a las grandes masas a sangre y fuego.

Ni un solo problema importante es decidido por mayoría de votos. Del principio democrático sólo queda un fugaz recuerdo en los confundidos cerebros de los reformistas. Cada vez más, el estado se limita a organizar lo que constituye el núcleo esencial de los gobiernos: los regimientos de soldados. La burguesía ya no pierde su tiempo “contando las peras en el árbol”, ahora cuenta los fusiles, las ametralladoras y los cañones que tendrá a su disposición cuando llegue el momento en que deba decidirse la cuestión del poder y de la propiedad.

¿Quién viene a hablarnos de colaboración o de mediación? Nuestro triunfo sólo es posible con la derrota de la burguesía y únicamente la revolución proletaria puede provocar esa derrota.

IV LA RUSIA SOVIÉTICA

El chovinismo, la codicia, la discordia se entremezclan en una danza desenfadada y únicamente el principio del comunismo permanece vigente y creador ante el mundo. Si bien el poder de los soviets se estableció primeramente en un país atrasado, devastado por la guerra, rodeado de poderosos enemigos, demostró no solamente una tenacidad poco común sino también una actividad insospechada. Probó, en los hechos, la fuerza potencial del comunismo. El desarrollo y el fortalecimiento del poder soviético constituyen el punto culminante de la historia mundial desde la creación de la Internacional Comunista.

La capacidad para formar un ejército hasta ahora siempre ha sido considerada como el criterio de toda actividad económica o política. La fuerza o la debilidad del ejército son el indicio que sirve para evaluar la fuerza o la debilidad del estado desde el punto de vista económico. El poder de los soviets creó una fuerza militar de primer orden, y gracias a ella combatió con indiscutible superioridad no sólo a los campeones de la vieja Rusia monárquica y burguesa, los ejércitos de Koltchak, Denikin, Yudenich, Wrangel y otros, sino también a los ejércitos nacionales de las repúblicas “democráticas” que participan en combate para complacer al imperialismo mundial (Finlandia, Estonia, Letonia, Polonia).

Desde el punto de vista económico, ya es un gran milagro que la Rusia soviética se haya mantenido durante estos tres primeros años. Más aún, pudo desarrollarse porque, al haber tenido la fuerza suficiente como para arrancar de manos de la burguesía los instrumentos de explotación, los convirtió en instrumentos de producción industrial y los puso metódicamente en acción. El estruendo de las piezas de artillería a lo largo del inmenso frente que rodea a Rusia por todas partes no le impidió adoptar las medidas necesarias para restablecer la vida económica e intelectual perturbada.

La monopolización por parte del estado socialista de los principales productos alimenticios y la lucha sin cuartel contra los especuladores salvaron a las ciudades rusas de un hambre mortal y posibilitaron el reabastecimiento del Ejército Rojo. La reunión de todas las fábricas de los ferrocarriles y de la navegación bajo la égida del estado permitió la regularización de la producción y la organización del transporte. La concentración de la industria y del transporte en manos del gobierno simplifica los métodos técnicos creando modelos únicos para las diversas piezas, modelos que sirven de prototipo a toda producción ulterior. Sólo el socialismo posibilita una evaluación precisa de la cantidad de bulones para locomotoras, vagones y vapores que es preciso producir y reparar.

Igualmente, es posible prever periódicamente la producción al por mayor necesaria de las piezas de máquinas adaptadas al prototipo, lo que presenta incalculables ventajas para la elevación de la productividad del trabajo.

El progreso económico, la organización científica de la industria, la puesta en práctica del sistema Taylor (desprovisto de sus rasgos de superexplotación) no encuentran en la Rusia soviética otros obstáculos que los que tratan de suscitar los imperialistas extranjeros.

Mientras que los intereses de las nacionalidades, enfrentándose a las pretensiones imperialistas, son una fuente continua de conflictos universales, de rebeliones y de guerras, la Rusia socialista ha demostrado que un gobierno obrero es capaz de conciliar las necesidades nacionales con las necesidades económicas, depurando a las primeras de todo chovinismo y a las segundas de todo imperialismo. El socialismo tiene por objeto unir a todas las regiones, todas las provincias, todas las nacionalidades mediante un mismo sistema económico. El centralismo económico, al no admitir la explotación de una clase por otra, de una nación por otra y al ser igualmente ventajoso para todas, no paraliza en absoluto el libre desarrollo de la economía nacional.

El ejemplo de la Rusia de los soviets demuestra a los pueblos de Europa Central, del sudeste de los Balcanes, de las posesiones coloniales de Gran Bretaña, a todas las naciones, a todas las poblaciones oprimidas, a los egipcios y a los turcos, a los hindúes y a los persas, a los irlandeses y a los búlgaros que la solidaridad de todas las nacionalidades del mundo sólo es realizable mediante una federación de repúblicas soviéticas.

La revolución hizo de Rusia la primera potencia proletaria. En sus tres años de existencia, sus fronteras se han modificado incesantemente. Estrechadas bajo los golpes del imperialismo mundial, recuperaban sus anteriores dimensiones cuando la presión disminuía. Para los soviets, la lucha se convirtió en la lucha contra el capitalismo mundial. El problema de la Rusia de los soviets se transformó en una piedra de toque para todas las organizaciones obreras. La segunda e infame traición de la socialdemocracia alemana después de la del 4 de agosto de 1914 residió en que, al formar parte del gobierno, recurrió a imperialismo occidental en lugar de aliarse a la revolución de Oriente, Una Alemania soviética aliada a la Rusia soviética habrían sido más fuertes que todos los estados capitalistas juntos.

La Internacional comunista ha hecho suya la causa de la Rusia soviética. El proletariado internacional sólo guardará sus armas cuando la Rusia soviética se convierta en uno de los eslabones de una Federación de Repúblicas Soviéticas que abarque a todo el mundo.

V LA REVOLUCIÓN PROLETARIA Y LA INTERNACIONAL COMUNISTA

La guerra civil está vigente en todo el mundo. Su divisa es: “El poder a los soviets”.

El capitalismo ha transformado en proletariado a la inmensa mayoría de la humanidad. El imperialismo ha sacado a las masas de su inercia y las ha empujado al movimiento revolucionario. Lo que entendemos en la actualidad por la palabra “masa” no es lo que entendíamos por ella hace algunos años. Lo que constituía la masa en la época del parlamentarismo y del tradeunionismo ahora se ha convertido en la elite. Millones y decenas de millones de hombres que hasta ahora vivieron al margen de toda política están transformándose en una masa revolucionaria. La guerra movilizó a todo el mundo, despertó el sentido político de los medios más atrasados, les dio ilusiones y esperanzas y los defraudó. Los rasgos característicos de las viejas formas del movimiento obrero (estrecha disciplina corporativa y, en suma, inercia de los proletarios más conscientes por una parte, apatía

incurable de las masas por la otra) cayeron en el olvido para siempre. Millones de nuevos reclutas acaban de incorporarse. Las mujeres que perdieron a sus maridos y a sus padres y que debieron ocupar su lugar de trabajo participan ampliamente en el movimiento revolucionario. Los obreros de la nueva generación, habituados desde la infancia al fragor y a los estallidos de la guerra mundial, acogieron a la revolución como su elemento natural. La lucha pasa por fases diferentes según los países, pero esta lucha es la última. Sucede que las olas revolucionarias, estrellándose contra el edificio de una organización caduca, le prestan una nueva vida. Viejas enseñas, divisas semiborradas flotan aquí y allí sobre la superficie de las olas. En los cerebros existen perturbaciones, tinieblas, prejuicios, ilusiones. Pero el movimiento en su conjunto tiene un carácter profundamente revolucionario. No es posible ni extinguirlo ni detenerlo. Se extiende, se fortalece, se purifica, rechaza todo lo caduco. No se detendrá hasta que el proletariado mundial haya llegado al poder.

La huelga es el medio de acción más habitual en el movimiento revolucionario. Su causa más frecuente es el alza de los precios sobre los productos de primera necesidad. La huelga surge frecuentemente de conflictos regionales. Es el grito de protesta de las masas impacientadas por los manejos parlamentarios de los socialistas. Expresa la solidaridad entre los explotados de un mismo país o de países diferentes. Sus divisas son de naturaleza económica a la vez que política. Frecuentemente, fragmentos de reformismo se entremezclan con consignas de revolución social. La huelga se calma, parece terminar, luego prosigue con más fuerza, trastrocando la producción, amenazando al aparato gubernamental. Despierta la furia de la burguesía porque aprovecha toda ocasión para expresar su simpatía por la Rusia soviética. Los presentimientos de los explotadores no los engañan. Esta huelga desordenada no es sino una compulsión de las fuerzas revolucionarias, un llamado a las armas del proletariado revolucionario.

La estrecha interdependencia en la que se encuentran todos los países y que se puso en evidencia de manera tan catastrófica durante la guerra, da una importancia particular a los sectores del trabajo que vinculan a los países entre sí y coloca en primer plano a los ferroviarios y a los obreros del transporte en general. El proletariado del transporte tuvo ocasión de demostrar su fuerza en el boicot a la Hungría y a la Polonia blancas. La huelga y el boicot, métodos que la clase obrera empleaba al comienzo de su lucha tradeunionista, es decir cuando aún no había comenzado a utilizar el parlamentarismo, tienen en nuestros días la misma importancia y el mismo temible significado que la preparación de la artillería antes del último ataque.

La impotencia a la que se encuentra reducido el individuo ante el ciego avance de los acontecimientos históricos obliga no solamente a nuevos estratos de obreros y obreras sino también a los empleados, los funcionarios, los intelectuales pequeñoburgueses, a entrar en las filas de las organizaciones sindicales. Antes de que la marcha de la revolución proletaria obligue a crear soviets que predominarán sobre todas las viejas organizaciones obreras, los trabajadores se agrupan en sindicatos, toleran, mientras esperan, la vieja constitución de esos sindicatos, su programa oficial, su elite dirigente, pero aportan a esas organizaciones la creciente energía revolucionaria de las masas que no habían actuado hasta ahora.

Los más humildes entre los humildes, los proletarios rurales, los trabajadores agrícolas, están levantando cabeza. En Italia, Alemania y otros países observamos un magnífico crecimiento del movimiento revolucionario entre ellos, y su acercamiento fraternal al proletariado urbano.

Los estratos campesinos más pobres cambian su actitud con respecto al socialismo. Mientras las intrigas de los reformistas parlamentarios, que partían de los prejuicios del mujik con respecto a la propiedad, no han rendido frutos; el verdadero movimiento revolucionario del proletariado, con su lucha implacable contra los opresores, ha dado lugar a un rayo de esperanza en el corazón de los propietarios campesinos más atrasados, ignorantes y arruinados.

El océano de la escasez y la ignorancia humanas no tiene fondo. Cada capa social que sale a la superficie deja otra a punto de salir. Pero la vanguardia no debe esperar que la pesada retaguardia salga para entrar en batalla. Una vez en el poder, recién entonces, la clase obrera realizará el trabajo de despertar, elevar y educar a sus sectores más atrasados.

Los trabajadores de los países coloniales y semicoloniales han despertado. En las regiones inconmensurables de la India, Egipto, Persia, sobre las que yace el pulpo gigantesco del imperialismo británico, en este océano humano inexplorado, se mueven constantemente fuerzas tremendas, levantando poderosas marejadas que causan temblores en las acciones y los corazones de la City.

En los movimientos de los pueblos coloniales el elemento social se combina con el nacional, pero ambos se dirigen contra el imperialismo. Los países coloniales y atrasados, en general, recorren a marcha redoblada el camino que va desde los primeros tropiezos infantiles a las formas más

maduras de lucha, bajo la presión del imperialismo moderno y la dirección del proletariado revolucionario.

El fructífero acercamiento entre los pueblos mahometano y no mahometanos esclavizados por la dominación británica y extranjera; la purificación interna del movimiento mediante la liquidación del clero y la reacción chovinista; la lucha simultánea contra la opresión extranjera y sus aliados nativos (los señores feudales, los sacerdotes y los usureros); todo esto transforma al ejército creciente de la insurrección colonila en una gran fuerza histórica, en una reserva poderosa para el proletariado mundial.

Los parias se levantan. Acaban de despertar, gravitan y se vuelven ávidos hacia la Rusia Soviética, hacia las luchas con barricadas en las calles de las ciudades alemanas, a las huelgas en constante aumento de Inglaterra, hacia la Internacional Comunista.

El socialismo que, directa o indirectamente, defiende la situación privilegiada de ciertas naciones en detrimento de otras, que se aviene a la esclavitud colonial, que admite diferencias de derechos entre los hombres de distintas razas y color, que ayuda a la burguesía de la metrópoli a mantener su dominación sobre las colonias en lugar de favorecer la insurrección armada de esas colonias, el socialismo inglés que no apoya con toda su fuerza la insurrección en Irlanda, Egipto y la India contra la plutocracia londinense, ese “socialismo”, lejos de pretender obtener el mandato y la confianza del proletariado, merece si no balas al menos la marca del oprobio.

Ahora bien, en sus esfuerzos por lograr el triunfo de la revolución mundial, el proletariado se enfrenta no sólo con las alambradas semiderruidas que dividen aún los países desde la época de guerra, sino sobretodo con el egoísmo, el conservadurismo, la ceguera y la traición de las viejas organizaciones partidarias y de los sindicatos que vivieron de él anteriormente.

La traición a que se acostumbró la socialdemocracia internacional no tiene parangón en la historia de la lucha contra la servidumbre. Por eso en Alemania sus consecuencias son más terribles. La derrota del imperialismo alemán fue, al mismo tiempo, la del sistema de economía capitalista. Fuera del proletariado no había ninguna clase que pudiese pretender el poder de estado. El perfeccionamiento de la técnica, el número y el nivel intelectual de la clase obrera alemana eran una segura garantía del éxito de la revolución social. Desgraciadamente, la socialdemocracia alemana se convirtió en un obstáculo. Gracias a complicadas maniobras en las que la

astucia se mezcló con la estupidez, paralizó la energía del proletariado para desviarlo del camino hacia la conquista del poder, que era su objetivo natural y necesario.

La socialdemocracia se dedicó durante decenas de años a conquistar la confianza de los obreros para luego, llegado el momento decisivo, cuando la suerte de la sociedad burguesa estaba en juego, poner toda su autoridad al servicio de los explotadores.

La traición del liberalismo y la derrota de la democracia burguesa son episodios insignificantes en comparación con la monstruosa traición de los partidos socialistas. El papel de la propia iglesia, esa fábrica central del conservadurismo como la definió Lloyd George, es insignificante al lado del papel antisocialista de la II Internacional.

La socialdemocracia quiso justificar su traición hacia la revolución durante la guerra mediante la fórmula de la defensa nacional, y encubre su política contrarrevolucionaria, luego de la firma de la paz, con la fórmula de la democracia. Defensa nacional y democracia, he aquí las solemnes fórmulas de capitulación del proletariado ante la voluntad de la burguesía.

Pero la caída no se detiene aquí. Continuando su política de defensa del régimen capitalista, la socialdemocracia está obligada, a remolque de la burguesía, a pisotear la “defensa nacional” y la “democracia”. Scheidemann y Ebert besan la mano del imperialismo francés cuyo apoyo reclaman contra la revolución soviética. Noske encarna el terror blanco y la contrarrevolución burguesa.

Albert Thomas se transforma en comisionado de la Liga de las Naciones, esa vergonzosa agencia del imperialismo. Vandervelde, elocuente imagen de la fragilidad de la II Internacional de la que era jefe, se convierte en ministro del rey, colega del beato Delacroix, defensor de los sacerdotes católicos belgas y abogado de las atrocidades capitalistas cometidas contra los negros del Congo.

Henderson, que imita a los grandes hombres de la burguesía, que figura por turno como ministro del rey y representante de la oposición obrera de Su Majestad; Tom Shaw, que reclama del gobierno soviético pruebas irrefutables tales como que el gobierno de Londres está compuesto de estafadores, de bandidos y de perjuros. ¿Qué son estos señores sino los enemigos jurados de la clase obrera?

Renner y Sietz, Niemets y Tousar, Troelstra y Branting, Daszinsky y Tchkeidze, cada uno de ellos traduce, en la lengua de su pequeña burguesía deshonestas, la derrota de la II Internacional.

Karl Kautsky, ex-teórico de la II Internacional y ex-marxista, se convierte en el consejero balbuceante designado por la prensa amarilla de todos los países.

Bajo el impulso de las masas, los elementos más flexibles del viejo socialismo, sin por ello cambiar de naturaleza, cambian de carácter y de color, rompen o se disponen a romper con la II Internacional, batiéndose, como siempre en retirada, ante toda acción de masas y revolucionaria y también ante todo prelude serio de acción.

Para caracterizar y a la vez desenmascarar a los actores de esta farsa, basta decir que el partido socialista polaco que tiene como jefe a Daszinsky y por patrón a Pilsudsky, el partido del cinismo burgués y del fanatismo chovinista, declara retirarse de la II Internacional.

La elite parlamentaria dirigente del partido socialista francés, que vota actualmente contra el presupuesto y contra el tratado de Versalles, sigue siendo en el fondo uno de los pilares de la república burguesa. Sus gestos de oposición son lo suficientemente aislados como para no perturbar la semiconfianza que les tienen los medios más conservadores dentro del proletariado.

En los problemas capitales de la lucha de clases, el socialismo parlamentario francés continúa engañando la voluntad de la clase obrera, sugiriéndole que el momento actual no es propicio para la conquista del poder porque Francia está demasiado empobrecida, del mismo modo como antes era desfavorable a causa de la guerra, o como en vísperas de la guerra el obstáculo era la prosperidad industrial y antes la crisis industrial. Al lado del socialismo parlamentario y en el mismo plano se halla el sindicalismo charlatán y engañoso de los Jouhaux y Compañía.

La creación de un partido comunista fuerte y templado por el espíritu de unidad y de disciplina en Francia es una cuestión de vida o muerte para el proletariado francés.

La nueva generación de obreros alemanes hace su educación y extrae su fuerza de las huelgas y las insurrecciones. Su experiencia le seguirá costando tantas víctimas mientras el Partido Socialista Independiente continúe sufriendo la influencia de los conservadores socialdemócratas y de

los rutinarios que rememoran la socialdemocracia de los tiempos de Bebel, que no comprenden el carácter revolucionario de la época actual y tiemblan ante la guerra civil y el terror revolucionario, dejándose llevar por los acontecimientos, a la espera del milagro que debe venir en ayuda de su incapacidad. Es en el fuego de la lucha donde el partido de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht enseña a los obreros alemanes cuál es el buen camino.

En el movimiento obrero inglés la rutina es tal que en Inglaterra aún no se ha sentido la necesidad de cambiar: los dirigentes del Partido Laborista británico se obstinan en permanecer dentro de los marcos de la II Internacional.

Mientras que el curso de los acontecimientos de los últimos años, al romper la estabilidad de la vida económica en la Inglaterra conservadora ha vuelto a las masas trabajadoras totalmente aptas para asimilar el programa revolucionario, la mecánica oficial de la nación burguesa con su poder real, su Cámara de los Lores, su Cámara de los Comunes, su Iglesia, sus tradeunions, su Partido Laborista, Jorge V, el arzobispo de Canterbury y Henderson, permanece intacta como un poderoso freno automático contra el desarrollo. Sólo un partido comunista liberado de la rutina y del espíritu de secta, íntimamente ligado a las grandes organizaciones obreras, puede oponer el elemento proletario a esta elite oficial.

En Italia, donde la burguesía reconoce francamente que la suerte del país se halla, al fin de cuentas, en manos del partido socialista, la política del ala derecha representada por Turati se esfuerza por encauzar el torrente de la revolución proletaria por el carril de las reformas parlamentarias.

¡Proletarios de Italia, pensad en Hungría cuyo ejemplo está escrito en la historia para recordar que en la lucha por el poder, así como durante el ejercicio del poder, el proletariado debe permanecer firme, rechazar a todos los elementos equívocos y hacer despiadadamente justicia ante todas las tentativas de traición!

Las catástrofes militares, seguidas de una temible crisis económica, inauguran un nuevo capítulo en el movimiento obrero de los EEUU y en los otros países del continente norteamericano. La liquidación del charlatanismo y de la desvergüenza del wilsonismo significa la liquidación de ese socialismo norteamericano mezcla de ilusiones pacifistas y de actividad mercantil cuya coronación es el tradeunionismo de izquierda de los Gompers y Compañía. La estrecha unión de los partidos obreros revolucionarios y de las organizaciones proletarias del continente

americano, desde la casi isla de Alaska hasta el Cabo de Hornos, en forma de una compacta sección norteamericana de la Internacional, frente al imperialismo todopoderoso amenazante de los EEUU, debe ser realizado en la lucha contra todas las fuerzas movilizadas por el dólar para su defensa.

Los socialistas de gobierno y sus consortes de todos los países tuvieron muchas razones para acusar a los comunistas de provocar, mediante su táctica intransigente, la actividad de la contrarrevolución cuyas filas ellos contribuyen a afianzar. Esta inculpación política no es sino una reedición tardía de los lamentos del liberalismo. Precisamente este último afirmaba que la lucha espontánea del proletariado impulsa a los privilegiados hacia el campo de la reacción. Esa es una verdad incuestionable. Si la clase obrera no atacase los fundamentos de la dominación de la burguesía, ésta no tendría ninguna necesidad de reprimirla. La idea misma de contrarrevolución no existiría si la historia no conociera revoluciones. Si las insurrecciones del proletariado implican fatalmente la unión de la burguesía para la defensa y el contraataque, ello prueba una sola cosa: que la revolución es la lucha de dos clases irreconciliables que sólo puede culminar en el triunfo definitivo de una sobre la otra.

El comunismo rechaza con desprecio la política consistente en mantener a las masas en el estancamiento, ante el temor a las represalias de la contrarrevolución.

A la incoherencia y al caos del mundo capitalista, cuyos últimos esfuerzos amenazan con destruir toda la civilización humana, la Internacional Comunista opone la lucha combinada del proletariado mundial para la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y por la reconstrucción de una economía nacional y mundial basada en un plan económico único, establecido y realizado por la sociedad solidaria de los productores. Al agrupar bajo la bandera de la dictadura del proletariado y del sistema soviético de estado a los millones de trabajadores de todas partes del mundo, la Internacional comunista lucha obstinadamente para organizar y purificar sus propios elementos.

La Internacional Comunista es el partido de la insurrección del proletariado mundial en rebelión. Rechaza todas las organizaciones y los partidos que, bajo una forma abierta o velada, adormecen, desmoralizan y perturban al proletariado, exhortándolo a inclinarse ante los fetiches con los que se protege la dictadura de la burguesía: la legalidad, la democracia, la defensa nacional, etc..

La Internacional Comunista tampoco puede tolerar en sus filas a las organizaciones que mientras incluyen en su programa la dictadura del proletariado, persisten en llevar a cabo una política empeñada en buscar una solución pacífica a la crisis histórica. La única forma de resolver el problema es reconocer el sistema de los soviets. La organización soviética no encierra una virtud milagrosa. Esta virtud revolucionaria reside en el propio proletariado. Es preciso que éste no vacile en sublevarse y conquistar el poder y solamente entonces la organización soviética pondrá de manifiesto sus cualidades y seguirá siendo para él su arma más eficaz.

La Internacional Comunista pretende expulsar de las filas del movimiento obrero a todos los jefes que están directa o indirectamente vinculados por medio de una colaboración política con la burguesía. Lo que necesitamos son jefes que sientan por la sociedad burguesa un odio mortal, que organicen al proletariado en vistas de una lucha despiadada, que estén dispuestos a conducir al combate al ejército de los insurrectos, que no se detengan a mitad de camino suceda lo que suceda y que no teman recurrir a medidas de represión despiadadas contra todos aquellos que intenten detenerlos por la fuerza.

La Internacional Comunista es el partido internacional de la insurrección proletaria y de la dictadura proletaria. Para ella no existen otros objetivos ni otros problemas que los de la clase obrera. Las pretensiones de las pequeñas sectas, cada una de las cuales quiere salvar a la clase obrera a su modo, son extrañas y contrarias al espíritu de la Internacional Comunista. Esta no posee la panacea universal, el remedio infalible para todos los males, sino que saca lecciones de la experiencia de la clase obrera en el pasado y en el presente, y esta experiencia le sirve para reparar sus errores y desviaciones. De allí extrae un plan general y sólo reconoce y adopta las fórmulas revolucionarias de la acción de masas.

Organización sindical, huelga económica y política, boicot, elecciones parlamentarias y municipales, tribuna parlamentaria, propaganda legal e ilegal, organizaciones secretas en el seno del ejército, trabajo cooperativo, barricadas, la Internacional Comunista no rechaza ninguna de las formas organizativas o de lucha creadas en el transcurso del desarrollo del movimiento obrero, pero tampoco consagra a ninguna en calidad de panacea universal.

El sistema de los soviets no es únicamente un principio abstracto que los comunistas quieren oponer al sistema parlamentario. Los soviets son un aparato del poder proletario que, luego de la lucha y sólo mediante esta lucha, deben remplazar al parlamentarismo. A la vez que combate de la

manera más decidida el reformismo de los sindicatos, el arribismo y el cretinismo de los parlamentos, la Internacional Comunista no deja de condenar el fanatismo de aquellos que invitan a los proletarios a abandonar las filas de organizaciones sindicales que cuentan con millones de miembros y a ignorar a las instituciones parlamentarias y municipales. Los comunistas de ningún modo se alejan de las masas engañadas y vendidas por los reformistas y los patriotas sino que aceptan luchar con ellos, dentro de las organizaciones de masas y de las instituciones creadas por la sociedad burguesa, de manera de poder acabar con esta última rápidamente. Mientras que, bajo la égida de la II Internacional, los sistemas de organización de clase y los medios de lucha casi exclusivamente legales se encontraban sometidos al control y a la dirección de la burguesía y la clase revolucionaria estaba amordazada por los agentes reformistas, la Internacional Comunista, por el contrario, arranca de manos de la burguesía las riendas que ésta había acaparado, asume la organización del movimiento obrero, lo reúne bajo las órdenes de un mando revolucionario y, ayudado por él, propone al proletariado un objetivo único: la toma del poder para destruir al estado burgués y organizar una sociedad comunista.

En el curso de toda su actividad, ya sea como instigador de una huelga de protesta, jefe de una organización clandestina, secretario de un sindicato, propagandista en los mítines o diputado en el parlamento, pionero de la cooperación o soldado en la barricada, el comunista debe permanecer fiel, es decir debe estar sometido a la disciplina del partido, luchador infatigable, enemigo mortal de la sociedad capitalista, de sus bases económicas, de sus formas administrativas, de su mentira democrática, de su religión y de su moral; debe ser el defensor abnegado de la revolución proletaria y el infatigable campeón de la nueva sociedad.

¡Obreros y obreras! ¡Sólo hay sobre la tierra una sola bandera merecedora de que se combata y se muera bajo sus pliegues: la bandera de la Internacional Comunista!

El Segundo Congreso Mundial de la Internacional Comunista (firmado)

RUSIA: N. Lenin, G. Zinoviev, N. Bujarin, L. Trotsky

ALEMANIA: P Levi, E Meyer Y. Walcher, E. Wolfstein

AUSTRIA: Steinhardt, Toman, Stroemer

FRANCIA: Rosmer, Jacques Sadoul, Henri Guilbeaux

INGLATERRA: Tom Quelch, Gallacher, E. Sylvia Pankhurst, MacLaine

EEUU: Fleen, A. Frayna, A. Bilan, J. Reed

ITALIA: D. M. Serrati, N. Bombacci, Graziadei, A. Bordiga.

NORUEGA: Frys, Shefflo, A. Madsen
SUECIA: K. Dalstraem, Samuelson, Winberg
DINAMARCA: O. Jorgenson, M. Nilsen
HOLANDA: Wijncup, Jansen, Van Leuve
BÉLGICA: Van Overstraaten
ESPAÑA: Pestaña
SUIZA: Herzog, J. Hurnbert-Droz
HUNGRÍA: Racoczy, A. Roudnyansky, Varga.
GALITZIA: Levitsky
POLONIA: J. Marchlevsky
LATVIA: Stutchka, Krastyn
LITUANIA: Mitzkévitch-Kapsukas
CHECOSLOVAQUIA: Vanek, Gula, Zapototsky
ESTONIA: E. Wakman, G. Poegelman
FINLANDIA: L Rakhia, Letonmiaky, K. Manner
BULGARIA; Kabaktchiev, Maximov, Chablin
YUGOSLAVIA: Milkitch
GEORGIA: M. Tsakiah
ARMENIA: Nazaritian
TURQUÍA: Nichad
PERSIA; Sultán Zadá
INDIA: Atcharia, Sheffik
INDIAS-NEERLANDESAS: Maring
CHINA: Lau-Siu-Tchéu
COREA: Pak Djinchoun, Him Houlin

Edita: GRUPO GERMINAL (EN DEFENSA DEL MARXISMO)



VISITA NUESTRA PÁGINA: <http://grup-germinal.org/>

Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es